



www.traditio-op.org

BEATO ENRIQUE SUSON

OBRAS SELECTAS

Traducción del P. Messeguer, O.P.

Serie
Grandes Maestros
N.º 2

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Con licencia eclesiástica
Depósito Legal: B-23.638-91
ISBN: 84-7770-218
Printed in Spain
Impreso en España

Serie «GRANDES MAESTROS»

1. EXPERIENCIA DE DIOS AMOR, Santa Angela de Foligno.
2. OBRAS SELECTAS, del Beato Enrique Susón.
3. LA VIDA Y EL REINADO DE JESUS EN LAS ALMAS, de San Juan Eudes.
4. OBRAS SELECTAS, de San Alonso Rodríguez.
5. OBRAS SELECTAS, de San Lorenzo Justiniano.
6. OBRAS SELECTAS, del V. Ludovico Blosio.
7. HOMILIAS EUCARISTICAS Y SACERDOTALES, de San Carlos Borromeo.
8. MANUAL DE ALMAS INTERIORES, de J. N. Grou.
9. TRATADO DE LA ORACION, de San Pedro de Alcántara.
10. LA ORACION EN LA SAGRADA ESCRITURA Y EN LOS SANTOS PADRES (Antología de textos).
11. LA ORACION DESDE LA EDAD MEDIA HASTA NUESTROS DIAS (Antología de textos).
12. CARACTERES DE LA VERDADERA DEVOCION, J. N. Grou
13. HOMILIAS SELECTAS, del Santo Cura de Ars.
14. HOMILIAS SELECTAS, de San Antonio de Padua.
15. HOMILIAS SELECTAS, de San Bernardino de Sena.
16. DOCTRINA ESPIRITUAL, de San Maximiliano Kolbe.

Prólogo

Te presento, lector cristiano, un librito de oro, sólido, luminoso, hermoso como hay pocos.

En mí está el decírtelo de antemano, y en ti el comprobarlo por ti mismo, leyendo con sosiego sus frases calidas de espíritu enamorado y repitiendo de corazón sus acentos de acendrada piedad.

Te aseguro que, al leer estas pequeñas páginas, tu espíritu se conmoverá, llorará, se alegrará, bendecirá y se renovará con el espíritu del autor, que no es otro que el Bto. Enrique Susón, famosísimo predicador y más famoso escritor de la Orden de Santo Domingo, cuya vida toda se compendia en aquel glorioso nombre con que le distingué la historia de los Santos, cuando le llama **Cantor de la Divina Sabiduría**, y a las veces y con más propiedad, **Trovador de la Eterna Sabiduría**.

*El temple fogoso y ardiente de su alma te explicará la estupenda y perdurable eficacia de este pequeño libro sólo comparable con la preciosa **Imitación de Cristo**, el impetu y fuerza de sus pensamientos, y de sus sentimientos, el atrevimiento de su frase, y a las veces la valiente y simpática crudeza con que revela su loco enamoramiento por el objeto de sus amores y expresa la unión del alma con su Dios.*

Las almas fervorosas han acogido este libro con tal ansia de espiritual aprovechamiento, que en poco tiempo nos han obligado a hacer de él tres ediciones numerosas, y esperamos que nuestra pequeño trabajo ha de hacer aún mucho bien.

Fr. S. Messeguer, O.P.

"Tratado de la Eterna Sabiduría"

CAPITULO I

Descúbrese la Eterna Sabiduría

Discípulo.— ¡Oh, mi Dios, que sois la dulzura misma!; Vos sabéis que desde mis años primeros siento en mi corazón un deseo, una sed de amar muy grande, sin que pueda adivinar su causa.

Hace mucho tiempo que mi corazón suspira por un bien que no puede descubrir ni alcanzar; y ahora mismo siento en mí que deseo, que amo, y que no sé qué es lo que deseo ni lo que amo. Debe ser algo muy grande lo que con tal vehemencia atrae mi corazón; y desde luego, comprendo que no podré vivir tranquilo mientras no llegue a conseguirlo.

En los días de mi infancia fijé mi afecto en las criaturas, pensando encontrar en ellas alguna satisfacción; pero me equivoqué. Cuanto más me pegaba a ellas, tanto más se alejaba de mi corazón el bien ansiado; y todas las criaturas que me habían seducido me decían a coro: Nosotras no somos el bien que tú buscas: si quieres encontrarlo, tienes que buscarlo e otra parte.

Y ahora más que nunca, quiero el bien que deseo. Sé lo que no es; pero ignoro lo que es. Decidme, pues, ¡oh

Dios omnipotente!, qué es lo que con tanta fuerza me encanta, me atrae y me cautiva.

La Sabiduría.— ¡No le conoces!, y sin embargo él te ha movido siempre dulcemente, te ha refrenado en tus desvaríos, te ha iluminado y te ha llevado al punto de desprenderse de todas las cosas criadas y unirse a él con los lazos del amor.

Discíp.— ¿Qué tiene de extraño que no lo conozca, si nunca lo he visto, ni jamás he tenido la dicha de encontrarme con él?

Sabid.— Tú tienes la culpa de haber vivido en esta ignorancia. Por familiarizarte con las criaturas, te has vuelto remiso y negligente en averiguar lo que debías saber. Abre ahora los ojos del alma, y mírame: Yo soy. Yo soy el Bien supremo, Dios, la Verdad, la Sabiduría Eterna. Yo soy el que te ha elegido por amor desde mi eternidad, y el que ahora te llama como predestinado que has sido por mi Providencia.

Discíp.— ¡Oh!; ¿sois Vos, dulcísima Sabiduría, sois Vos el bien, el bien que he buscado tanto tiempo, el bien a quien día y noche llamaba yo con suspiros y lágrimas? ¿Por qué habéis retardado tanto la gran merced de vuestra luz?; ¿por qué no os habéis manifestado antes a mi corazón? ¡Oh, cuántos caminos ásperos y dificultosos he andado sin encontraros!

Sabid.— Si me hubiese mostrado a ti desde el principio, no hubieras gustado ni comprendido mi bondad, como ahora puedes gustarla y comprenderla; porque el deseo es el principio de la alegría, y nadie puede llegar a conseguir mis luces sino después de grandes y penosos esfuerzos.

Discíp.— ¡Oh Bondad inmensa!; ¡con cuánta ternura me habéis siempre tratado! Cuando yo era nada, Vos me criásteis; cuando os abandono, me buscáis; cuando huyo, me detenéis y me, atáis con vuestro amor. ¡Qué feliz sería

si pudiera multiplicar mi corazón para poder amaros cien mil veces más de lo que os amo, para poder alabaros sin cesar! ¡Qué dichosa es el alma a quien miráis con misericordia, a quien de tal modo ganáis con vuestro amor que no pueda más encontrar descanso sino en Vos!

Ya que Vos sois la Sabiduría eterna a quien amo y a quien adoro, no despreciéis a vuestra criatura; compadeceós más bien de este pobre corazón, helado y yerto por las vanidades del mundo. Sacadlo de sus lazos y de sus tinieblas, iluminadlo, y otorgadme la gracia de poder acercarme a Vos.

¿Será posible amarnos y no decirnos nada? Ya lo sabéis; mi corazón no descansa más que pensando en Vos, y suspirando por vuestra presencia. El verdadero amante no desea otra cosa que gozar de la presencia del amado: y si queréis que a Vos solamente ame, y que os ame cada vez más, es preciso que se me os mostréis con una luz más viva, y que me concedáis un conocimiento todavía mayor de vuestra Bondad.

Sabid.— Cuando las criaturas se apartan de Dios, naturalmente, y como por un plano inclinado, descienden de las criaturas superiores a las inferiores; y cuando quieren volver a su principio han de hacer lo contrario, han de ir de las más bajas a las más elevadas. Si tú quieres conocer y contemplar mi divinidad, has de empezar por conocerme y amarme en los sufrimientos y tormentos de mi humanidad atribulada. Este es para ti el camino más breve de la bienaventuranza.

Discíp.— ¡Gracias, Señor! Por el amor que os hizo bajar a este destierro, dejando el trono de vuestro Padre; por el amor que os puso en las angustias de una muerte horrible, mostrad a mi alma las formas admirables de que vuestro amor quiso revestirse en el árbol sangriento de la Cruz.

Sabid.— Cuanto tuvo de fuerte el amor que me venció,

tanto tuvo de afrentosa la muerte que padecí; y el uno y la otra son la justa medida de lo que me deben amar las almas rectas y puras. La intensidad y el poder de mi amor resplandecen más que nada en los horrores de mi Pasión. El sol se conoce por sus resplandores, las rosas por su perfume, el fuego por el calor.

Atiende, pues, y escucha con qué amor y con qué angustias he sufrido por amor de tí.

CAPITULO II

A la Divinidad por la Humanidad

La Sabiduría. Medita mi Pasión, hijo mío, para que puedas grabar bien en tu corazón los crueles tormentos que padecí.

Ya sabes que después de la cena última, en el Huerto de los Olivos, acepté de mano de mi Padre y por obedecerle, la más horrorosa de todas las muertes. Aquella Cruz que me esperaba, ponía tal espanto en mi corazón, que por todos mis miembros llegó a correr un sudor de sangre. Fui preso, maniatado, arrastrado a la ciudad, cubierto de golpes y salivazos, injuriado, calumniado, juzgado merecedor de la muerte, y llevado a casa de Pilato, ante quien me conduje como un cordero mansísimo en medio de lobos hambrientos.

Acuérdate de aquella vestidura blanca que por burla Herodes mandó poner sobre mí, mira mis carnes azotadas, mi cabeza coronada de espinas, y aquel madero de infamia bajo el cual salí de Jerusalén mientras el pueblo gritaba: ¡Crucifícalo, crucifícalo!

Haz que tu alma me contemple en esta figura, tan hu-

millado, tan despreciado, y en concepto de todos como un impío, como un miserable digno de la muerte más cruel.

Discípulo.— ¡Oh, Jesús mío!; si tan afrentosa fue vuestra Pasión en sus principios, ¿qué sería en su remate? Si yo viese a un pobre animal tratado de esta suerte, no podría sufrirlo: ¡Oh!, ¡y cuánto más debe despedazarse mi alma al contemplar el espectáculo de vuestra Pasión!

Pero, ¿por qué, Sabiduría eterna, me presentáis las angustias de vuestra humanidad, cuando lo que yo deseo contemplar son más bien los gozos y gloria de vuestra divinidad? Tengo sed de vuestras dulzuras inefables, y me ofrecéis vuestras inefables amargas. ¿Qué pretendéis con ésto? Suspiro por la leche de vuestras ternuras, y Vos me ponéis en la línea de combate. Dad de una vez la señal para que empiecen las heridas y los dolores.

Sabid.— Sólo por la amargura se puede llegar a las dulzuras y por las humillaciones de mi humanidad, a las grandezas de mi divinidad. Todo el que pretenda elevarse sin el auxilio de mi sangre, caerá miserablemente en las tinieblas de la ignorancia. Mi humanidad derramando sangre es la puerta luminosa por donde se llega a donde tú deseas. Despójate, pues, de la flaqueza de tu corazón, y toma las armas para venir a mis filas, junto a mí; porque no está bien que el esclavo viva regalado, mientras el señor combate valientemente rodeado de espadas enemigas.

Sígueme y no temas. Te investiré de mi armadura, y serás participante de mis fatigas y de mis heridas. Haz que tu alma sea valiente y generosa, pensando que para subordinar la naturaleza al yugo de la perfección, deberás sufrir en tu corazón muchas cruces y muchas muertes.

Haré que sientas vivamente mis sudores del huerto de Getsemaní, y tu jardín, producirá flores rojas y sanguinosas. No faltará quien te saque de tu apacible retiro, quien te insulte y eche sobre ti todas las intrigas de los perversos.

sos. Tus enemigos te vejarán con calumnias ocultas, y la confusión pública vendrá sobre ti. Sobre ti se cebarán también los juicios temerarios, sobresaliendo entre los detractores de tu vida santa precisamente tus parientes y personas más allegadas. Las malas lenguas serán tus azotes, y los desprecios tu corona, para que así puedas sufrir con amor en tu corazón los tormentos de mi Pasión. Empezarás conmigo el camino del Calvario, y conmigo, finalmente, caerás bajo el peso de la Cruz, luego que hayas renunciado a tu voluntad propia, cuando te hayas apartado por entero de ti mismo, y vivas desembarazado y libre de todo lo terreno, como aquel que está a punto de morir, que al serle cortada la vida, la es también cortado para siempre todo comercio con el mundo.

Discíp.— ¡Qué duro es todo esto, Jesús mío, y qué caminos más dificultosos son los que me proponéis! El espanto invade mi alma, todos los miembros de mi cuerpo tiemblan de pavor. Nunca pude creer que tendré valor para sufrir todos estos trabajos.

CAPITULO III

El por qué de la Encarnación y de la Pasión

Discípulo.— Me permitiréis, Señor, una pregunta. ¿No hubierais podido encontrar, ¡oh Sabiduría Eterna!, otro plan que fuese más llevadero y más dulce para Vos y para mí? ¿Por qué no habéis adoptado otro procedimiento para salvarme y demostrarme vuestro amor, sin condenaros Vos mismo al sufrimiento, y sin obligarme a mí a haceros compañía en él?

Sabid.— Ni tú ni ninguna criatura sois capaces de pe-

netrar el abismo insondable de los designios de mi Providencia sobre el gobierno del mundo. De mil maneras distintas pude salvar al género humano; pero dado como estaban las cosas, no era posible dar con otro medio que fuese más conveniente y provechoso. El autor de la naturaleza no tanto repara en lo que puede hacer, cuanto en lo que conviene hacer; y cuanto ha hecho más es para satisfacer las necesidades de sus criaturas que para hacer ostentación de sus omnipotencia. ¿De qué otra manera podrían conocer mejor los hombres los secretos de Dios, que viéndome a mí vestido de su humanidad?

El hombre se había privado de la eterna ventura por dejarse ir tras un amor desordenado, y en este estado le era de todo punto imposible volver al principio de toda felicidad, a no ser por el camino del dolor y del sufrimiento. Y ¿cómo había de dar con este camino desconocido y dificultoso, si Dios en persona no iba delante de él para guiarle sus pasos?

Imagínate que estando tú condenado a muerte, un amigo se ofrece a sufrir la sentencia y morir por ti. Dirías: en verdad que este mi amigo no ha podido darme muestra mayor de la sinceridad y grandeza de su amistad, y no encuentro de qué otra manera hubiera podido merecer mejor el cariño de mi alma.

Esto, pues, es lo que ha hecho mi amor infinito, mi misericordia infinita, mi divinidad, mi humanidad, mi amor para contigo; y todo por ver de llamarte, por atraerte, para llegar a convencerte de que debes amarme como yo te he amado. ¿Qué corazón habrá tan de piedra que se resista a semejante amor?

No tienes más que pensar y ver si en toda la creación pude yo encontrar otro modo más magnífico de satisfacer a la divina Justicia, de hacer alarde de mi misericordia, ensalzar la naturaleza y mostrarte a ti los tesoros de mi bondad. No lo encontrarás, porque nada mejor para re-

conciliar la tierra con el cielo, que la sabiduría de la Cruz y los tormentos de mi muerte.

Discíp.— ¡Oh Sabiduría Eterna!; ahora se abren mis ojos, y empiezo a ver los destellos de vuestra Verdad. Comprendo que vuestra Pasión y vuestra muerte son las más elocuentes demostraciones de vuestro amor; pero, ¡Jesús mío!, a un cuerpo tan flaco y endeble como el mío creo que le será muy difícil seguimos hasta el Calvario.

Sabid.— No temas desfallecer en este camino de mi Cruz, pues todo, la Cruz misma, se hace tan fácil, tan ligera, tan llevadera, a los que de verdad aman a Dios con todo su corazón, que ni les ocurre siquiera pronunciar una queja o prorrumper en lamentos. Nadie en este mundo disfruta de más consuelos que aquellos que me ayudan a llevar la Cruz, pues todas mis dulzuras se derraman abundantes sobre el alma que bebe hasta las heces el cáliz de mis amarguras. Si bien la corteza es muy amarga, el fruto es de exquisita suavidad y dulzura; y toda pena parece pequeña teniendo ante los ojos la recompensa a que conduce.

Armame, pues, de luces, piensa en mis promesas, y de cuando en cuando levanta los ojos y mira tu corona. Sígueme con confianza, que quien conmigo comienza esta lucha ya casi tiene la victoria al alcance de sus manos.

CAPITULO IV

Jesús quiere ser imitado en sus sufrimientos

Discípulo.— Os doy gracias, Jesús dulcísimo, porque me habéis consolado y animado con vuestras palabras. Paréceme que con vuestra ayuda, y yendo siempre en

vuestra compañía, todo lo podré, aún los mayores dolores. Continuada, pues, enseñándome los tesoros de vuestra Pasión.

Sabid.— Estaba yo clavado en el árbol de la Cruz, sobre el cual me había puesto el amor, con todo mi cuerpo maltratado y desfigurado, perdida toda mi hermosura, los ojos sangrientos y lívidos, los oídos taponados de injurias y blasfemias, el olfato atormentado por inmundos olores, el paladar anegado de amargura, y toda mi delicadísima carne cubierta de llagas afrentosas y horribles.

En vano buscaba un alivio que no podría encontrar en todo el mundo. Mi cabeza, agravada por el dolor, colgaba sobre mi pecho; mi cuello estaba plagado de heridas; mi rostro cubierto de salivas; todo mi ser revestido de una horrible palidez de muerte; y tal había quedado toda la majestad de mi cuerpo, que no parecía sino un leproso desgraciado. ¡Y con todo, Yo era la Sabiduría Eterna, más hermosa que el sol que alumbra el universo!!!

Discíp.— ¡Oh espejo resplandeciente de todas las gracias, en cuyo rostro desean mirarse los ángeles del cielo!; ¡oh Verbo de la Luz, delicia del paraíso y gloria de los cielos! ¡Ah...! si hubiera yo podido en aquellos momentos tener reclinada sobre mi pecho aquella cara tan amable, tan pálida, tan ensangrentada, tan desfigurada..., la hubiera lavado con lágrimas de mi Corazón, y mi alma se hubiera desahogado con aquellos gemidos. ¡Ay...!, ¿por qué no tendré yo todo el llanto y todas las lágrimas de todos los santos?

Sabid.— El mejor modo de compartir mis dolores consiste en que los grabes por medio de actos en tu alma y en tu cuerpo. Prefiero el desprendimiento de todo lo terreno, el estudio e imitación de mis ejemplos, la transformación de una alma que imita mi Pasión, más que todos los gemidos del mundo juntos, y más que todas las lágrimas de todos los hombres, aunque sumasen más que todas las go-

tas de lluvia que han caído del cielo. Y esto porque yo quise sufrir, sobre todo, para ser después imitado e imprimir en mis escogidos la imagen dolorosa que tuve sobre la Cruz.

Sin embargo, no puedo en manera alguna rechazar las lágrimas que nacen de una compasión santa.

Discíp.— En adelante, Señor, me dedicaré a imitar vuestra vida y vuestra Pasión, más bien que a llorarla y lamentarla. Pero necesito que me enseñéis, Sabiduría Eterna, cómo he de asemejarme a Vos en los sufrimientos.

Sabid.— Empieza por rechazar todo placer y toda satisfacción del sentido; evita la curiosidad de la vista y del oído, haz siempre aquello por que sientas más repugnancia, que mi amor te lo hará dulce y agradable. No concedes a tu cuerpo blandura ni satisfacción alguna; no busques el placer ni el descanso sino en mí; sufre con mansedumbre y humildad los defectos de tus prójimos; ama a quien te desprecia; ten a raya todos tus apetitos; pisotea y mata todos tus deseos.

Estas son las primeras lecciones que se reciben en la escuela de la Sabiduría, lecciones que se encuentran y se leen en el gran libro, siempre abierto, de mi cuerpo crucificado.

Y luego que hayas llegado a cumplir todo esto, aun entonces mira si eres conmigo lo que yo soy para ti, y todavía encontrarás que nos separa una diferencia infinita.

Discíp.— Es muy verdad, Señor, cuanto decís. Pero yo soy muy insensible a vuestros dolores, y tan olvidadizo de los tesoros y bondades de vuestra Pasión, que os suplico me expliquéis todavía más vuestro amor, para que nunca jamás deje de amaros, glorificaros e imitaros.

Sabid.— Si quieres comprender mi amor, piensa la constancia con que padecí. Sabes que lo que más avalora un beneficio es el afecto del corazón que lo hace. Pues

mira; no solamente sufrí por vosotros, sino que, por un exceso de amor, quise sufrir cuanto era posible. Quise poder hablar a los hombres de esta manera: «Ved si en todo el universo encontráis un corazón tan amoroso como el mío.» Quise que todos los miembros de mi cuerpo fuesen heridos, rasgados, destrozados, como destrozado estaba mi corazón, para que nada hubiese en Mí que no padeciese por vosotros, y todo contribuyese a demostraros las infinitas ternuras de mi amor.

Discíp.— ¡Jesús mío dulcísimo!; ¡Qué deseos, qué ansias más ardientes de padecer!; ¡qué inmensa caridad! Y ¿no hubierais podido rescatar al hombre y salvar su alma sin necesidad de llegar a estos excesos de amor? ¿No hubierais podido elegir otros sufrimientos más llevaderos y otras demostraciones de vuestro amor no tan deslumbradoras?

Sabid.— Acuérdate que soy Dios, y que mi amor no puede dejar de ser infinito. Ni el enfermo consumido por la sed de la fiebre apetece la bebida refrescante, ni el moribundo desea continuar en la vida con más ansia, de la que yo he deseado salvar a los pecadores y hacer patente a todas las almas el amor con que las he amado, y cómo merezco de ellas ser amado. Más fácil sería que se tornasen los días ya pasados, o que recobrasen su hermosura las flores ya marchitas y secas, que medir la profundidad de mi amor para contigo y para con todos los hombres.

Repara bien, y verás cómo no hay una sola parte de mi cuerpo que no tenga su propio dolor, o que no lleve en sí el estigma del amor. Mis pies y manos atravesados por clavos, mis piernas rendidas de cansancio, todos mis miembros inmóviles, extendidos sobre la cruz. Mis espaldas, rasgadas por las heridas de los azotes, no tenían más apoyo que un madero duro y nudoso; todo mi cuerpo, doblado sobre sí mismo, inclinándose hacia la tierra, sobre la que se encharcaba la sangre de mis venas que caía en abundancia.

Mi vida y mi juventud se desvanecían y se me iban por todas mis heridas, y con todo, mi alma estaba con tranquilidad suma, y mi corazón saltaba de gozo, porque sufría todo esto por ti.

Discíp.— ¡Oh dolor inefable!, ¡amor admirable, incomprendible! Jesús mío, ¿cuánto podré amaros cuánto debo y cuánto deseo?

CAPITULO V

El llanto del alma

Entra dentro de ti, alma mía, echa lejos de ti todas las cosas exteriores, y recógete en el secreto de tu corazón. Todos tus esfuerzos serán pocos para sufrir este dolor inmenso y para sondear el abismo de miserias en que has caído.

Broten de mi pecho, arroyado en lágrimas, gritos y lamentos aterradores que repercutan a través de los valles hondos, de las montañas gigantes, de las aguas inmensas, y no se detengan hasta llegar al cielo y a oídos de todos los santos del paraíso. Sí; exclamaré; ¡oh, vosotros los que sois del todo insensibles, ojalá pudiera yo enterneceros con los gemidos de mi corazón, con las ondas de mis lágrimas!, ¡ojalá pudiera haceros sentir algo de mi dolor, mostrándoos las penas que me despedazan y me consumen!

¡Desventurado de mí! El Padre celestial creó mi alma superior a todas las cosas sensibles, la adornó con sus más ricos dones, la escogió por esposa querida..., y yo me he huído de El y lo he perdido. ¡Padre mío!, ¡amor mío! ¡Ay, ay, desgraciado de mí! ¿Qué he hecho?, ¿qué es lo que me

he perdido? Perdiéndoos a Vos me he perdido a mí mismo, he perdido la amistad de los ángeles del cielo, se ha desvanecido como el humo toda mi felicidad, mi alma ha quedado sola y desnuda de todo bien.

Todos los que me hacían alarde de su amistad me han engañado indignamente y se han convertido para mí en verdaderos verdugos, y me han arrebatado todo mi tesoro, al despojarme de la gracia y amistad de mi úni y verdadero amigo. ¿No tengo sobrado motivo para llorar? ¿Dónde podré encontrar consuelo para mi dolor? Todas las criaturas me han abandonado, y yo me he apartado de mi Dios y Señor. ¡Oh día triste el día de mi caída!

¡Oh, vosotras, rosas de amor, lirios de pureza!; oíd mi llanto, y al contemplar mi hermosura marchita y estéril, entender cuán presto se marchitan las flores sobre las que el mundo ha puesto su mano.

En adelante, mi vida será una muerte continua, mi alegría una continua tristeza, mi juventud un eterno languidecer..., y con todo, mis dolores nunca serán proporcionados a la gravedad de mi culpa. ¡Oh!, sí: el mayor de mis tormentos, el verdadero infierno de mi pobre corazón, será el haber ofendido a Dios. ¡Ay, ay, desgraciado de mí!, que he podido despreciar vuestras gracias y olvidaros, Dios mío; yo, a quien habéis advertido a tiempo con tal dulzura, a quien con tal familiaridad habéis tratado!

¡Oh dureza del corazón humano, que tales pecados es capaz de cometer!; ¡oh corazón más duro que el bronce, que no te quiebras de dolor! En otros tiempos más felices, mi alma era la esposa amada del Rey de la Gloria; ahora no merece ser su vil esclava. ¡Ay!, temo levantar mis ojos al cielo; mi lengua enmudece en presencia de mi Dios.

El mundo me pesa y me molesta; deseara estar más bien en un bosque espesísimo, donde ni los pasos ni las miradas del hombre pudieran penetrar, y allí descansaría

mi corazón deshaciéndose en gritos y lamentos. Sí, en lamentos, porque el llanto es mi único consuelo. ¡Oh pecado, pecado!, ¡a qué estado de miseria me has reducido! ¡Maldito sea quien te sirve, oh mundo engañador! A mí ya me has dado lo que me debías, el precio de mi esclavitud; ya todo el mundo me aborrece, y hasta yo desearía huir de mí mismo.

¡Almas que todavía estáis enriquecidas con los dones de vuestro real Esposo!, ¡almas puras y santas que sabéis huir a tiempo del pecado y conservar vuestra primera inocencia!, vosotras sois dichosas, sumamente dichosas; y si no conocéis vuestra felicidad, es porque la conciencia pura y limpia no puede sentir nunca las angustias que matan a un corazón manchado por el pecado. Yo, en cambio, lloro amargamente, y mis gemidos no tienen consuelo. ¡Qué delicias experimenté cuando estaba con Vos, Jesús mío, Jesús amadísimo!; ¡qué contento estaba entonces y qué tranquilo!; y con todo, no conocía mi propia felicidad.

Ahora, ¡oh, si pudiese declarar toda la intensidad de mi dolor!, ¡quién tuviera el poderío de la inmensidad de los cielos, de las aguas de la mar, de todas las plantas y seres de la tierra, para expresar por ellas los sufrimientos de mi pobre corazón, y las desgracias irreparables que me acarrea el haber ofendido al Esposo amantísimo de mi alma! ¿Por qué nací yo a esta vida?; ¿qué me queda ya que esperar sino los abismos de una eterna desesperación?

CAPITULO VI

Los consuelos de la Sabiduría

La Sabiduría.— No hay para qué desesperarte. Yo vine al mundo porque te amo, para reconciliarte con el Padre, y para concederte una gloria aun más estimable que la inocencia cuya pérdida lloras.

Discípulo.— ¿Qué voz es esta que tan dulcemente habla a mi corazón, y consuela mi alma desterrada del cielo y de la tierra?

Sabid.— ¿No me conoces? ¿Por qué te abates de esa manera? Ya veo, hijo mío muy querido, que te ciega el exceso del dolor; pero, ¿no sabes que yo soy la Sabiduría del Padre, llena de ternuras y de bondad? Sí, mira: yo soy un abismo de misericordia tan grande, que ni los mismos santos lo pueden comprender, y que está siempre abierto para recibir a todos los corazones humillados y contritos.

Yo sufrí por ti la pobreza, el destierro, la muerte de cruz. Todavía me puedes ver pálido, chorreando sangre, lleno del mismo amor que me interpuso entre tu alma y los justos castigos de mi Padre. Soy tuyo, soy tu hermano, tu esposo. He olvidado tus ofensas como si nunca me las hubieras hecho. Date a mí, y en adelante procura no separarte jamás del cumplimiento de mi voluntad.

Levanta la cabeza, mírame lleno de valor, y purifícate en mi sangre. En prenda de nuestra reconciliación, toma este anillo, este vestido; este calzado; gocémonos ahora, porque tu alma ha de ser mi esposa muy amada. Me ha cautivado tu dolor, y no he podido resistir a tus gemidos. ¡Siento tanta compasión por los corazones entristecidos...! Si el universo entero ardiese en vivas llamas, su fuego no abrasaría un simple puñado de paja con más ímpetu que

el que mueve a mi insaciable misericordia a recibir a un alma penitente.

Discíp.— ¡Oh Padre de misericordia, mi dulce hermano, mi amable esposo, única alegría de mi corazón!; ¿de modo que habéis querido escucharme y concederme el perdón, a pesar de mis ruindades y de mi ingratitud? ¡Qué favor, qué clemencia, qué misericordia más grande! Os adoro, os bendigo, os doy infinitas gracias, me postro a vuestros pies..., y os ofrezco a vuestro Hijo Unigénito, que por mí expiró en una cruz: sea El el iris de paz que os haga olvidar todas mis iniquidades.

Ahora vuelvo a nacer en los brazos de Jesús crucificado; me sumerjo en sus llagas, uno mi alma a su alma, mi corazón a su corazón, para que nunca, ni en vida ni en muerte, pueda separarme más de sus tiernos abrazos. En adelante, antes morir, antes el purgatorio, antes el infierno, que ofender a mi Señor y mi Redentor. ¡Qué no pueda yo hacer llegar hasta el cielo gemidos tan hondos que me rompan el corazón!

Quisiera morirme en un exceso de dolor, porque cuanto ha sido mayor vuestra bondad en perdonarme mis pecados, tanto más cruelmente me atormenta el haberos ofendido y haber sido tan ingrato a vuestra infinita misericordia.

¿Cómo he de agradecerlos, ¡oh Sabiduría Eterna, mi dulzura, mi consuelo!, el que me hayáis cerrado con vuestras propias llagas las llagas mías que ninguna criatura del mundo podía remediar? Enseñadme ahora cómo he de llevar en mi cuerpo el estigma de vuestro amor, para que el mundo entero, los ángeles y los santos sepan de una vez que no soy del todo insensible a la caridad infinita con que habéis atendido a este desgraciado desposeído de toda esperanza.

Sabid.— Si es que estás conmigo espiritualmente crucificado, llevarás en tu cuerpo los estigmas de mi amor.

Hazme entrega generosa de todo tu ser y de todo cuanto te pertenece, y esto para no reclamarlo jamás.

No tengas más que lo estrictamente necesario, y de este modo tus manos estarán ya clavadas en la cruz.

Afianza en mí, y sólo en mí, tu alma inconstante, tu corazón voluble, tus pensamientos inciertos, y entonces también tu pie derecho estará crucificado.

Cuida de que no se debiliten con el tiempo las energías de tu alma ni las energías de tu cuerpo, para que nunca caigas en la negligencia y el abandono, y entonces tus brazos, como los míos, estarán extendidos en la Cruz siempre dispuestos a cumplir mi voluntad.

Rinde a tu cuerpo en los ejercicios y prácticas espirituales en obsequio del desfallecimiento de mis piernas, y no le permitas jamás satisfacer sus apetitos.

Los disgustos, las tentaciones, las penalidades que con frecuencia te asaltarán y te agobiarán, serán precisamente las que más te han de unir conmigo, con los abrazos de la Pasión, y por amor mío llevarás sobre ti la imagen de mis dolores.

Tu privación de todo consuelo, y tus luchas contra la naturaleza, me devolverán mis energías primeras.

Tu cuerpo será un lecho blando, para que en él descansen mis miembros fatigados.

Tu aversión al pecado será la alegría de mi alma; tus ternuras endulzarán mis sufrimientos, y tu fervor acrecentará más y más el amor mío.

Discíp.— Espero de Vos estos favores, ¡oh Eterna Sabiduría!, y pongo a vuestro servicio mi voluntad con todo lo que ella es. Ahora comprendo cuán fácil es servirlos, y cómo es ligero el yugo de vuestra obediencia. Esto lo saben mejor que nadie los que han tenido la desgracia de llevar el yugo aplastante de la iniquidad.

CAPITULO VII

De la tibieza espiritual

Discípulo.— ¡Oh, dulcísimo Señor!, ¡qué feliz soy cuando vivo en vuestra compañía, y qué desgraciado cuando de Vos me aparto y convivo con las criaturas, aunque no sea más que por unos instantes!

Soy como un pequeño cervato que ha perdido a su madre, y al verse acosado por los cazadores huye presuroso, temblando de miedo, y no cesa en su carrera hasta que llega al lugar seguro y secreto que le vió nacer. Así yo huyo precipitadamente, y corro hacia Vos, y suspiro con gran ardor por las aguas vivas en que Vos regalais. Una sola hora lejos de Vos me parece un año; un día sin poder disfrutar de vuestra dulce intimidad, me parecería una eternidad; porque Vos, Jesús mío, sois para mí una sombra hermosa y agradable, un árbol florido, un rosal cargado de rosas deliciosísimas.

¡Oh Jesús!, extended hacia mí las ramas de vuestra divinidad y de vuestra humanidad. Vuestro rostro, Señor, es un destello de gracias, vuestra boca tiene palabras de vida, vuestro trato es un espejo de perfección, de humildad, de mansedumbre... ¡Dichosa contemplación la de los santos!, dichoso aquel a quien favorezcáis con vuestras ternuras!

La Sabiduría. — ¡Ay...! Son muchos los llamados, pero son pocos los escogidos.

Discíp.— ¿Es que los desecháis Vos, Señor, o son ellos los que por sí mismos os abandonan?

Sabid.— Fíjate en esta visión que voy a presentarte, y repara bien en su significado.

Mira: ahí tienes una ciudad antigua, toda fortificada, que está desmoronándose y convirtiéndose en un montón

de ruinas. Sus torres se tambalean, y al fin se desploman; las casas se hunden. Sus moradores, en inmensa multitud, agitándose sin cesar, más bien parecen bestias que hombres. Pero ve ahí ese peregrino venerable, que avanza apoyado en su bastón. Es pobre, extranjero, está rendido de cansancio. Ahora pide una limosna, y busca quien le dé comida y albergue, y no encuentra por ninguna parte más que repulsas groseras e inhumanas. Ya se queja al cielo diciendo: ¡Oh cielos, oh tierra!, enmudeced de compasión y llorad conmigo, pues me veo tratado de este modo y rechazado por este pueblo por cuya salvación tanto y con tan grande amor he sufrido.

Esta ciudad es la vida cristiana en otro tiempo tan pura, tan santa, tan floreciente, y ahora casi del todo decaída y hecha una perdición. Los fosos y murallas son las fortificaciones de la obediencia, pobreza y castidad, las cuales están resquebrajadas y ruinosas, sin que nos quede de ellas más que un vestigio en algunas ceremonias, usos, y algunos actos exteriores. Sus moradores son despreciables; son cristianos, que con apariencia de santidad, tienen el corazón pegado al mundo y a las cosas temporales. El peregrino venerable soy yo, que llego apoyado en el bastón de mi Cruz; y donde antes era muy estimado y honrado, ahora me desprecian y me insultan por todas partes. Y la voz de mi Pasión se levanta al cielo contra estos hombres olvidados de su vocación, tibios y relajados; pero no puedo conseguir nada, aun a costa de mi dolorosa muerte y de mi infinita caridad.

Hay algunos, sin embargo, que viven santamente; y a éstos los consuelo en vida, y en su muerte los recibo en mi seno, los ensalzo y los glorifico en presencia de todos los ángeles del paraíso.

CAPITULO VIII

Dios o las criaturas

Discípulo.— ¡Señor!, estoy desconcertado desde que pienso cómo, siendo Vos tan digno de ser amado, los hombres no se acuerdan, o huyen de Vos, y os desprecian, después de haberles concedido tantos beneficios. Y aun entre los que parecen amaros, ¿cuántos hay que no os aman de verdad, porque pretenden hermanar vuestro servicio con su amor culpable a las criaturas?

La Sabiduría.— Esos edifican en el vacío, o sobre el viento, porque tan imposible es amarme a mí amando a las criaturas, como encerrar en una pequeña vasija toda la inmensidad de los cielos. ¿Cómo mezclar lo perecedero con lo que siempre dura? ¿No sería una locura el querer alojar al Rey de reyes en un mezquino hospedaje de pobres mendigos, o en la misera choza de un esclavo? Quien desee alojar en su corazón a huésped tan excelso, lo primero que ha de hacer es despedir de él todo amor a las criaturas.

Discíp.— ¡Ay, qué equivocados andan los desgraciados que no quieren entender la verdad de lo que acabáis de decir!

Sabid.— Sumidos en una profundísima obscuridad, los pobres sudan y luchan lo indecible para conseguir los placeres del mundo, los cuales no siempre pueden lograr, y nunca pueden gozarlos según la medida de sus deseos. Antes de llegar a satisfacer una sola vez sus malas inclinaciones, salen a su paso gran número de contrariedades, con las que tienen que sufrir. Su corazón, apartado de Dios y puesto contra El, necesariamente tiene que ser víctima de continuas pesadumbres; pues aun sus más insignificantes alegrías van siempre mezcladas de mil contratiempos y llenas de amargura.

El mundo es engañoso, infiel, traidor. Cuando hace nacer una esperanza en el corazón, es para destruirla en seguida; y por eso nunca un alma ha podido ni podrá encontrar en las criaturas una alegría del todo pura, un amor verdadero, una paz inalterable que llegue a constituir su descanso y su felicidad.

Discíp.— Es muy triste, Jesús mío, ver que hay tantos corazones muy amables y muy amantes, tantas almas hermosas adornadas con vuestra imagen, que hubieran podido participar de vuestro trono y de vuestro poderío, y dominar en el cielo y en la tierra, y que viven miserablemente privadas de vuestras luces, hundiéndose cada día más en una bochornosa degradación. ¿No les sería mejor morir con la más cruel de las muertes antes que perderos a Vos, que sois el camino verdadero y eterno? ¡Ay, desgraciados, insensatos!; ¡cuántas desgracias amontonais sobre vuestras cabezas, y cuántas ruinas sobre vuestras almas! ¡cómo dejáis perder en vano un tiempo que nunca más volverá! Y con todo, vivís en medio de tantos desastres como si tan triste situación no rezase con vosotros.

CAPITULO IX

El engaño de los mundanos

Discípulo.— Os suplico, Sabiduría llena de misericordia, que ilumineis a estos pobres ignorantes.

La Sabiduría.— No, no son ignorantes, puesto caso que a cada momento sienten y comprenden sus miserias. Lo que ellos quieren es distraerse para gozar de los placeres a sus anchas. No se disculpen sus errores, que cuando

lleguen a confesar su engaño, será ya tarde. Es una desgracia muy grande, que nunca será tan lamentada como se merece.

Discíp.— ¡Oh, dulcísima Sabiduría!, ¿cómo se explica este desvarío?

Sabid.— Pues sencillamente, fijándose en que ellos rehuyen del todo las fatigas y la cruz de mi humanidad. Piensan que así podrán vivir una vida más dulce y más placentera, y luego se encuentran sumidos en nuevas angustias y tormentos. Rechazan mi yugo suave, me abandonan a mí, que soy el soberano Bien, y a la postre se encuentran con el soberano mal. Temen la niebla, y al huir de ella caen en plena tempestad. Y además de esto, por justo juicio de mi justicia, viven de continuo agobiados por el peso de mil géneros de miserias.

Discíp.— Y, ¿qué podrá ser de estos pobres extraviados, si no vuelven a Vos, Sabiduría misericordiosa; si no vuelven a Vos gimiendo y suspirando?

Sabid.— Yo siempre estoy pronto a darles la luz, con tal que ellos quieran sinceramente recibirla. Mis auxilios a nadie faltan, sino a aquellos que empiezan por faltarse ellos a sí propios; ni abandono sino a aquellos que antes se abandonan a sí mismos.

Discíp.— ¡Es tan penoso separarse del objeto amado!

Sabid.— Es cierto, pero yo reemplazo con creces a todo lo que se puede amar.

Discíp.— Con todo, es muy difícil dejar de una vez las afecciones y placeres a que uno está acostumbrado.

Sabid.— Más difícil será sufrir algún día las penas del infierno.

Discíp.— ¿Y aún están los pobres tan tranquilos, sin poder convencerse de la condenación que les amenaza?

Sabid.— Tú bien sabes que el pecado, por su propia condición y naturaleza, turba el corazón, inquieta el espíritu, destruye la paz, la gracia, el pudor, y arrastra a una

gran ceguera que hace al alma del todo desgraciada, apartándola de Dios y destituyéndola de sus auxilios.

Discíp.— Todo es muy cierto, Señor; pero las almas de que hablamos son almas tibias, que piensan que en nada faltan, y que nada malo les puede sobrevenir. Viven con apariencias de religiosidad, y juzgan que su amor es del cielo y no de la tierra.

Sabid.— Una mota de polvo, aunque sea blanco, obscurece la vista tanto como otra mota de ceniza. ¿Dónde piensas que podrás hallar más santidad y abnegación que en los Apóstoles? Y sin embargo, me fue preciso separarme de ellos para mejor prepararlos a recibir el Espíritu Santo. Y ¿cuánto más perjudicial será la presencia de los hombres que no la mía, pues ni uno sólo hay que pueda llevar las almas al cielo? Las heladas de la primavera no destruyen los brotes de las flores primeras con más crueldad que los amores y conversaciones mundanas destruyen el fervor de la vida religiosa.

¿Dónde están ahora aquellos antiguos conventos, que como viñedos floridos repartían por doquier el buen olor de las virtudes? ¿Dónde se encuentran aquellos verjeles amenos, aquellos paraísos de la tierra en los que Dios deseaba morar? Ahora están desprovistos de todos sus encantos, llenos solamente de abrojos y ortigas. ¿Qué se ha hecho de los buenos ejemplos de los santos, de sus lágrimas, de sus penitencias, de su contemplación, silencio, pobreza, obediencia y pureza de vida?

Pero lo más triste y sin remedio es que la tibieza es así como un estado natural. Cífrase toda religión y santidad en algunas apariencias exteriores y en algunas ceremonias, siendo así que no es esto exterior lo que constituye la interior hermosura de las almas.

¡Ay, ay!, ¡cuánto tiempo perdido en vanos pensamientos, en conversaciones inútiles, en lecturas frívolas, en fiestas y diversiones!

Discíp.— ¡Oh, Sabiduría divina!; vuestras palabras son terribles y capaces de quebrar los más endurecidos corazones. Estoy lleno de espanto.

CAPITULO X

Amores y dulzuras de la Eterna Sabiduría

Discípulo.— Estoy recordando, Sabiduría amabilísima, el dulce lenguaje de que habéis usado en los Libros Santos para cautivar a las almas y conquistarlas a vuestro amor.

Venid conmigo todos los que me deseáis, y os veréis llenos de mis frutos.

Yo soy la madre del amor hermoso.

Mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más rica que la miel y el panal.

El vino y la música regocijan el corazón, pero mucho más el amor de la Sabiduría.

Tan amable y tan encantador os mostráis al corazón del hombre, que todo el mundo debiera entregarse a Vos, y sólo a Vos; todo el mundo debiera amaros y suspirar incesantemente por vuestra luz. Vuestras palabras son luz y calor. Salen de vuestra boca divina con tan inefable suavidad, con tal dulzura, que cautivan al niño inocente que yace en su cuna, y matan todos los afectos terrenos en los hombres que están en lo más florido de su vida, Por eso, yo deseo ardientemente que me digáis algo acerca de vuestra inefable dulzura. ¡Oh, Sabiduría, mi esposa queridísima, mi única amiga!; consolad a mi alma, a vuestra pobre esclava. Me he dormido a vuestra sombra: mi espíritu vela, y mi corazón espera.

Sabid.— Atiende, hijo mío, y recoge cuidadosamente todas mis palabras.

Yo soy el Bien sumo, incomprensible, que siempre ha sido y siempre será, Bien infinito, incommunicable, que jamás será comprendido ni explicado por nadie. Y con todo, yo me comunico a las almas santas bajo formas sensibles para mejor acomodarme a su pequeñez. Me dejo ver bajo el velo de las palabras y de las imágenes, como se ve el sol en su resplandor, que atraviesa las nubes. De este modo ilumino tu corazón sumido como está en las tinieblas de tu cuerpo, y te comunico un conocimiento superior acerca de mí y de mi amor.

Revístete, pues, de mí; acumula en tu alma toda la perfección posible, para que puedas dispensarme una acogida honrosa y amorosa, cual yo me merezco, pues todo cuanto hay en ti y en todas las almas del cielo y de la tierra, todo cuanto sea belleza, santidad, pureza, todo está en mí de una manera excelentísima, y con una intensidad tan grande, que no hay inteligencia humana que pueda comprenderlo.

Mi nacimiento es muy ilustre, y mi parentesco muy glorioso: soy el Verbo amadísimo del corazón de mi Padre, infinito como El, pues que me engendró de su purísima substancia, y gozo de sus miradas en la inefable caridad del Espíritu Santo.

Yo soy el trono de la perfecta felicidad, y la corona de todas las almas.

Mis ojos son tan brillantes, mi boca tan delicada, mi rostro tan blanco y tan colorado, mi hermosa figura tan llena de gloria y de majestad, que si para verme te arrojas a las llamas de un horno encendido, y allí estuvieses ardiendo hasta el día del juicio, no hubieras todavía hecho lo bastante para compensar la inefable felicidad de contemplarme un solo momento.

Mi vestido es de una blancura deslumbradora, ador-

nado con las flores más encantadoras que abre la aurora de cada día.

El mes de mayo más espléndido y florido es un miserable erial cubierto de maleza, si se le compara conmigo.

Yo soy la fuente de toda felicidad, y por mi divinidad concedo a los ángeles alegrías amorosas, tan puras y tan intensas, que mil años les parecen un breve instante.

Todos los ejércitos celestiales me contemplan sin cesar con admiración siempre nueva; en mi descansan los coros de los santos, y todas las almas del cielo en mí se contemplan extasiadas.

Con un solo gesto hago resonar a todos los conciertos angélicos, y pueblo del cielo de las más inefables melodías.

Soy tan digno de ser amado y deseado, que todos los corazones deberían inflamarse en mi amor, y seguirme siempre, suspirando por mi hermosura y por mi resplandor.

Yo soy la misma pureza, siempre presente a las almas castas, a las cuales hablo; y ellas me escuchan en todas partes, en la mesa, en el descanso, en los viajes...

En mí se encuentra cuanto se puede desear, y nada hay en mí que pueda temerse, porque soy el Bien infinito, sin mezcla de imperfección. Bien de una dulzura tan grande que una sola partecita suya hace aparecer amargas todas las alegrías de este mundo, y despreciables todos sus honores.

Los que de verdad me aman en el silencio de su espíritu, ajenos a la turbación que consigo llevan las imágenes y palabras sensibles, se transforman en mí, se identifican con mi soberana voluntad, en ella encuentran su principio, y saborean una libertad santa, una pureza perfecta y firme, una conciencia inocente y tranquila. ¿Hay dicha más grande que vivir con alegría y morir sin temor?

CAPITULO XI

Amor singular de Dios a las almas

Discípulo.— ¡Oh, Bien del todo incomprensible!, ¡oh, amor único de mi corazón! ¡Bendito sea el momento en que comience a disfrutar de vuestra luz y de vuestra presencia!

Os suplico que os dignéis acallar un temor que turba mi felicidad. Para el amor, un rival es lo mismo que el agua para el fuego, un enemigo formidable, porque el corazón no admite partes. ¿Cómo podéis amarme tanto si es verdad que amáis también a otros muchos, y que ellos os corresponden con el mismo amor? Necesito que me digáis qué será de mí, qué lugar he de ocupar yo entre vuestros amantes.

Sabiduría.— Yo soy el amor infinito, a quien ni la unidad limita ni la multiplicidad agota; y por eso amo, en particular y únicamente, a cada una de las almas. Mira, te amo, en ti pienso, y de ti me ocupo, como si fueses solo, como si nadie más que tú estuviera en el mundo.

Discíp.— ¿Qué es lo que decís, Jesús mío?; ¿dónde estoy?; ¿Quién me roba mi corazón? Mi alma se derrite porque le ha hablado su Bien. «Aparta de mí tus ojos, porque ellos me han hecho perder el juicio». ¿Qué corazón habrá tan de hielo que no se inflame al oír este lenguaje lleno de delicias? ¡Feliz el alma que es esposa vuestra, querida vuestra! ¡Qué de consuelos celestiales, qué de espirituales dulzuras no le concedéis!; ¡con qué favores y caricias íntimas no le atestiguáis vuestro amor! Ya lo dijo Santa Inés cuando exclamaba con aquella su ingenuidad virginal: *Su sangre hermosea mis mejillas.*

¡Adelante corazón mío!; no desmayes. Es necesario que contemples, que llores, que suspires, que procures

gustar este amor, al menos una vez antes de morir. ¡Cuidado que eres loco, al mostrarte tan perezoso y tan indiferente para con el Bien soberanamente amable, que satisface todas tus necesidades y calma todos tus deseos! ¿Qué es lo que esperas de este mundo falaz y frívolo? ¿Te atreverás a poner en parangón el amor rastrero de las criaturas con el amor purísimo de Dios?

¡Lejos de mí, locos amadores del mundo!; no os acerquéis a mí, ni me miréis siquiera, porque he escogido a la Sabiduría por esposa querida de mi corazón, y le he dado mi alma y mis potencias, mis pensamientos, mis afectos, mis sentidos, mi cuerpo, mi corazón y todo mi ser. ¡Oh, si yo pudiese, Jesús mío, escribir vuestro nombre con letras de oro en el fondo de mi corazón!; ¡si me fuera posible introducirlos en todas las fibras de mi alma de tal modo que ni el tiempo ni la eternidad fueran capaces de echaros de mí! Jesús mío, haced que muera de amor, que nunca me separe de Vos, que sois todo mi bien.

CAPITULO XII

Del amor y temor de la Eterna Sabiduría

Discípulo.— ¡Oh, Eterna Sabiduría! Vos que sois tan dulce y tan amable, ¿cómo sois a la vez tan severa y tan terrible?; ¿de dónde procede esa luz que a un mismo tiempo cautiva y llena de espanto?

Cuando observo los rigores de vuestra justicia divina, todos mis miembros tiemblan de miedo, y exclamo suspirando: ¡Desgraciado quien os ofende!; porque he conocido que secretamente hacéis cumplir vuestra justicia aún con vuestros mejores amigos, y que vuestros juicios no admi-

ten apelación. ¡Qué terrorífico es vuestro rostro airado! No parece sino que sea un cielo obscuro, lleno de tormentas, cuyos truenos y rayos van a destruir el mundo. ¿Qué ha sido de vuestra antigua misericordia? Vuestra cólera es más temible que las mismas llamas del infierno. ¿Cómo he de decir de aquí adelante que sois muy amable cuando vuestros rigores aterran y hielan el alma?

Sabiduría.— Yo soy fiel, y jamás cambio en mis designios. Vosotros sois los que os mudáis, pues tan pronto aparecéis con una conciencia pura, como con una conciencia manchada por el pecado. Por lo que a mí toca, siempre soy el amigo de las almas; pero soy justo, y sé imponerme por el temor, y castigar severamente los pecados. El objeto de mi sabiduría al exigir a los que amo un temor casto y filial, y un amor sincero y tierno, es siempre inspirarles horror al pecado y unirlos a mí con vínculos indisolubles.

Discíp.— Es muy cierto, Señor; y con eso me explicáis los planes de vuestra Providencia. Pero todavía hay una cosa que me admira, y es que no logre dar con Vos ni oír de vuestros labios una sola palabra, un alma que arde en vuestro amor y que no suspira sino por vuestra presencia. ¿Por qué, cuando un alma os ama, os le huís y os calláis de ese modo?

Sabid.— ¿No hablan y responden por mí todas las criaturas del universo?

Discíp.— Y ¿basta esto a vuestro amor?

Sabid.— Las almas que de verdad me buscan, deben darse por contentas con las palabras de ternura y amor que yo hablé en esta vida: ¿no bastan las Escrituras Santas para dar a conocer todo mi amor?

Discíp.— Pero, ¿qué son, Señor, vuestras palabras y vuestras Escrituras para el alma que desea precisamente vuestra presencia? El leer las cartas de un amigo y saber de él, no es precisamente poseerlo; y Vos, Jesús mío, sois

un amigo tan dulce, tan hermoso, tan divino, tan incomprendible, que aunque todos los ángeles me hablasen de vos, no darian a mi corazón la satisfacción que ansía, ni le quitarían el que continuase suspirando por vuestra presencia. ¿Acaso no os amo más que a todo el cielo junto? La esposa, cuyo corazón habéis cautivado, os espera, os desea, llora, suspira, gime, se muere, por vuestra presencia, grita desde lo íntimo de su corazón: *Volved, volved*. Y luego ha dicho a sus compañeras: *Decidme, os conjuro, ¿lo habéis visto?, ¿volverá o no volverá? ¿Llegaré a poseerlo en mi corazón o estará siempre lejos de mí para que muera de dolor?* ¡Señor, Señor, escucháis los gritos y gemidos del alma que os ama, y sin embargo permanecéis callado...!

Sabid.— Ya lo oigo, ya, y con gran placer. Pero tú que te extrañas de mi silencio, dime ¿Cuál es la alegría mayor que puede sentir el más encumbrado de los ángeles del cielo?

Discíp.— No lo sé, Señor; decídmelo.

Sabid.— Pues la mayor alegría que puede gozar el ángel más encumbrado del cielo, es someterse en todo a mi voluntad. Y si mi voluntad es que esté arrancando ortigas y malas hierbas de un campo, así lo hará con entera satisfacción y con un placer infinito.

Discíp.— Ya comprendo, Jesús mío. Queréis enseñarme cómo el amor verdadero debe abandonarse del todo a la voluntad del amado, y con tal que a éste le agrade, lo mismo debe satisfacerle lo dulce, que lo amargo, el fervor y los consuelos, que la sequedad y el abandono.

Sabid.— Eso es lo cierto. La mayor sumisión de un alma es la que se revela en la ausencia de los favores y en la más completa abnegación de sí misma.

Discíp.— Pero esto es muy difícil.

Sabid.— ¡Mas, en qué se conoce la virtud sino en el tiempo de la adversidad Debes saber que frecuentemente

cuando visito a las almas, me reciben indignamente, y me tratan como a un extraño y que a la vez, hay otras muchas que me aman. A estas no solamente me acerco con la más efusiva ternura, sino que me quedo con ellas, en ellas vivo, en ellas fijo una morada secreta; y nadie se apercibe de todo esto, excepto unas cuantas almas que viven solitarias, separadas de las cosas del mundo, con su corazón siempre alerta a conocer mis deseos para cumplirlos.

CAPITULO XIII

Los indicios de la presencia de Dios

Discípulo.— Sois, Señor, un amigo secreto y misterioso; pero yo quisiera saber cuáles son las señales de vuestra presencia, para que pueda reconocerla.

Sabiduría.— Nunca podrás conocer mi presencia sino en el momento mismo en que me oculto o me retiro del alma que se ha dado a mí. Entonces conocerás por experiencia lo que yo soy y lo que eres tú, pues al sol solamente se le conoce por sus destellos, toda vez que no puede verse directamente en su intensa luminosidad.

Yo soy el Bien supremo, eterno, sin el cual tú no existirías ni existiría nada bueno. Me comunico a las criaturas, y las revisto de bondad y estas comunicaciones son las que manifiestan mi presencia: pero yo nunca me dejo ver directamente y cara a cara.

Entra dentro de ti mismo, separa las rosas de las espinas, las flores de las malas hierbas. Ama la virtud, abomina el vicio. Conóceme a mí y conócete a ti, y entonces poseerás indicios ciertos de mi presencia oculta.

Discíp.— Noto en mí un cambio grandísimo, dulcísimo Jesús. Cuando me abandonáis, me siento como un enfermo a quien todo le desagrada y todo le repugna. Mi cuerpo se debilita y entorpece, mi alma se apesadumbra, siento en mi interior una sequedad grande y en mi exterior una profunda tristeza. Todo cuanto veo u oigo me molesta, sin tener ni saber por qué. Me siento arrastrado hacia el mal, sin fuerzas para resistir al enemigo, sin decisión para lo bueno; soy como una casa a la que la ausencia de un padre de familia ha llevado el desorden y el desbarajuste más espantoso.

Pero desde el momento que en mi alma brilla vuestra luz como una estrella divina, desaparece toda oscuridad, húyese el dolor, sonríe el corazón, elévase el espíritu, el alma encuentra en todo alegría y satisfacción, todo cuanto sucede dentro y fuera de mí se convierte en gratitud y acción de gracias. Lo que antes era penoso y difícil, ahora se me hace fácil y agradable. Los ayunos, las vigiliass, las penalidades de la vida, me parecen verdaderos placeres desde que os tengo a Vos presente. En este estado experimento una confianza tan grande y un ardor tan generoso, que ya no siento cuánto estoy solo y desamparado del mundo.

Mi alma rebosa en luces y verdades divinas. Mi corazón está saturado de dulcísimos pensamientos. Mi lengua habla con calor. Mi cuerpo no teme las fatigas; y todos cuantos a mí se acercan y me hablan, luego se van muy ilustrados y satisfechos. Paréceme que he triunfado del espacio y del tiempo, y que vivo ya en los atrios de la celestial Jerusalén. ¡Oh, si esto durase para siempre, qué dichoso sería! pero toda esta felicidad desaparece de repente.

Vuelvo a mi primera desnudez, a mi primera sequedad. Mi tristeza se acrecienta con el recuerdo de mi felicidad perdida, y ha de pasar mucho tiempo, he de derra-

mar muchas lágrimas y muchos suspiros antes de que vuelvan de nuevo aquellas delicias y aquella felicidad. ¡Qué alternativas, Señor! ¿Cuál es su causa?; ¿está en Vos o está en mí?

Sabid.— Tú no tienes más que defectos y pecados. Yo soy todo, y tú no eres nada; y esto es lo que sostiene nuestro amor. Nadie puede apreciar las delicias del amado cuando lo posee; solamente cuando se ausenta es cuando se comprende bien todo el encanto de su presencia.

CAPITULO XIV

La presencia del Señor no puede durar siempre

Discípulo.— Me parece muy dura, Señor, esta ley de vuestro amor. ¿Es que entre vuestros fieles siervos no hay algunos que vivan libres de estas alternativas, de idas y venidas, de vuestra presencia y de vuestra ausencia?

La Sabiduría.— Son muy pocos, porque el gozar sin interrupción alguna de mi presencia, no es vida del destierro, sino vida de la patria.

Discíp.— ¿Y quiénes son esos pocos?

Sabid.— Son las almas puras que pertenecen ya a la eternidad, y viven con Dios, desligadas de toda criatura, y transformadas en El.

Discíp.— Enseñadme, dulcísimo Jesús, cómo he de portarme con Vos para llegar, en cuanto mi debilidad lo consienta, a este estado de pureza y de unión.

Sabid.— Acuérdate de mis consuelos siempre que te llegue el tiempo de la tribulación: y en la hora de mis consuelos no olvides las grandes pruebas que te he hecho sufrir. Esto te servirá para que no te engrías cuando te

veas colmado de mi gracia, y para que no te abatas cuando te veas sumido en la aflicción. Y si tus pocas fuerzas no te permiten que renuncies a mis espirituales dulzuras, entonces espéralas con gran paciencia; y búscame siempre con amor.

Discíp.— ¡Señor!; la esperanza que mucho se prolonga resulta un verdadero tormento.

Sabid.— Hijo mío; todos los que quieren amar en esta vida, necesitan a veces disfrutar de la presencia del bien amado, y a veces verse privados de él, vivir entre la alegría y la tristeza, y saber comparar y distinguir el bien y el mal.

No creas que baste pensar en mí durante una hora el que quiera escuchar en su interior mis dulces palabras, y conocer los arcanos y misterios de mi Sabiduría, debe siempre estar conmigo, debe siempre pensar conmigo. Porque, ¿cómo has de olvidarte de mi presencia cuando yo siempre te tengo a ti presente?

Siempre tengo los ojos fijos sobre tu alma; y ¿por qué tu corazón me ha de abandonar tantas veces, para perderse en extraños y vanos pensamientos?; ¿cómo has de recibir mis inspiraciones y escuchar las confidencias de mi amor, si estás envuelto en tantas imaginaciones fútiles y recuerdos de cosas a las que debes morir?

Te olvidas de mí, que soy el Bien único, supremo, eterno, aun cuando te ves inundado de mi divina presencia. ¿No te parece que está muy mal el que salga de sí para cuidarse de las criaturas, quien dentro de sí tiene el reino de Dios?

Discíp.— Y ¿qué es, Señor, ese reino de Dios que tengo dentro de mí?

Sabid.— La justicia, la santidad, la paz, la alegría del Espíritu Santo.

Discíp.— Ya os comprendo, Jesús mío; ya veo que con las almas usáis procedimientos desconocidos y ocultos,

que poquito a poco las vais apartando de sí mismas, para entretenerlas y conducir las al conocimiento y al amor de vuestra divinidad. Así es cómo el alma que medita vuestra humanidad, comienza ya a entrar en el abismo de vuestra Majestad.

CAPITULO XV

Las quejas de los hombres

Discípulo.— ¡Señor!, os suplico que os dignéis responder a las quejas de algunos que dicen que el amor de Dios es de verdad dulcísimo, pero que se paga muy caro; porque para saborearlo es preciso sufrir antes una gran cruz y pruebas terribles, es preciso tolerar el odio, las persecuciones y el desprecio del mundo. Lo cierto es que desde el punto en que un alma se decide a andar por los caminos del espíritu y del amor, luego en seguida tiene que estar dispuesta a sufrir toda clase de penalidades. Y ¿cómo, Señor, es posible encontrar dulzura en estas penalidades, y por qué permitís que sobrevengan a vuestros amigos?

Sabiduría.— Nunca, desde que el mundo es mundo, he tratado de otra manera a mis servidores y amigos. Los amo como a Mí me amó mi eterno Padre.

Discíp.— De esto se quejan los hombres, Señor; y dicen que no es de extrañar el que tengáis tan pocos amigos.

Hay muchos que empiezan a amaros; pero cuando vienen las tentaciones, la tristeza, la cruz, entonces les pesa de haberse dedicado a vuestro servicio, y vuelven a sus afecciones primeras, que en un principio os habían sacrificado gustosos. Esto es muy triste y muy lamentable. ¿Qué se les ha de responder, oh Jesús mío?

Sabid.— Que se necesita tener muy poca fe para quejarse de este modo, y aún menos esfuerzo de voluntad y conocimiento de las cosas del espíritu. Tú, amigo mío, sal de una vez del fango de los placeres materiales, y piensa bien lo que eres, en dónde estás y a dónde vas; sólo así comprenderás cómo al afligir a mis amigos, está muy lejos de mí el hacerles daño, antes al contrario con esto les hago bienes incalculables.

Por tu propia naturaleza eres un espejo de la Divinidad, imagen de la Trinidad Santísima, y un reflejo de la eternidad. Tienes en tu corazón un deseo ilimitado al que yo y sólo yo puedo dar cumplido reposo, porque sólo yo soy el Bien infinito. Y así como una gotita de agua se pierde en el Océano, porque nada es, así nada es para tu corazón insaciable cuanto el mundo puede darte mientras vivas en este valle de miserias, en donde el bien está siempre mezclado con el mal, la risa produce lágrimas, y la alegría está muy cerca de la tristeza.

Nadie puede disfrutar en este mundo de una paz perfecta. El mundo es engañoso y falso; promete mucho y da muy poco; sus goces son muy pequeños; triviales y pasajeros. Hoy te promete consuelos y mañana te agobiará de tormentos y penas así son los placeres del mundo.

Mira de un lado los remordimientos, la desesperación, las angustias mortales y los tormentos de los condenados; y de otra la tranquilidad de conciencia, la muerte apacible y la gloria eterna de mis siervos fieles; y verás si son o no razonables las quejas de los hombres del mundo.

CAPITULO XVI

Miserias de los mundanos

Sabiduría.— Ahora examina conmigo las miserias que envuelven a los hombres, que en esta vida se entregan a los goces del cuerpo y de los sentidos.

¿De qué les sirven las alegrías temporales, que pasan como si nunca hubieran existido? ¡Qué breve es una felicidad que conduce a una desventura sin fin! ¡Insensatos!; ¿qué ha sido de aquella vuestra invitación al placer cuando cantabais: *Apresuraos a gozar, jóvenes cuyo corazón siempre está pronto al regocijo: olvidemos todos los pesares, entreguémonos a las delicias del placer, sean para nosotros las flores, las rosas, la lozanía, los festines, los placeres de los sentidos y de la carne!* Decidme: ¿qué os ha quedado entre las manos de todo esto?

Ahora sí que podéis ya exclamar: *¡Desgraciados de nosotros! ¡Mejor nos fuera no haber nacido! ¡Oh tiempo breve y miserable!; icómo nos ha sorprendido la muerte, cómo hemos sido juguete del mundo, y al fin ha acabado por burlarse indignamente de nosotros! Todos los dolores más grandes y prolongados de la vida no son nada en comparación de lo que ahora padecemos. ¡Dichosos aquellos que nunca supieron de las alegrías del mundo, que nunca disfrutaron en él de un día próspero y tranquilo! Locos fuimos nosotros al pensar que Dios había abandonado a los que veíamos tristes y perseguidos: ahora son los que descansan en el seno de la eternidad, coronados de gloria y de honor, rodeados de los ángeles del Paraíso. ¿Qué son ya para ellos las penas que sufrieron en vida, los desprecios y persecuciones del mundo, pues que todo esto se ha trocado en una perfecta felicidad, en perpetuas alegrías?*

¡Oh, angustia, dolor infinito, fin sin fin, muerte la más cruel de todas las muertes, muerte eterna que nunca acaba de matar! ¡Adiós, padre!; ¡adiós, madre!; ¡adiós, amigos míos, que nunca ya me alegraré con vosotros! ¡Separación terrible!, ¡cómo atormentas, cómo rompes el alma! ¡Oh rechinar de dientes, oh lágrimas, oh gemidos que de nada me serviréis! Caed sobre nosotros, montes y collados; ¡por qué no sepultáis entre vuestras ruinas a los que somos víctimas de tantas miserias?

Tiempo que pasas, ¡cómo ciegas los corazones! Todo esto me ha valido aquella mi juventud gastada en los goces de la carne y en los placeres de los sentidos. ¡Oh, vida perdida, incomprensible desventura! ¡Y ni siquiera un rayo de esperanza...!

Discíp.— ¡Oh, Señor justísimo, y severísimo juez! Mi corazón está yerto de terror, y mi alma se huye de mí, pues no puede sufrir la vista de infortunio tan grande. ¿Quién hay que no tiemble al pensar en estos tormentos tan horribles? Yo no puedo ni siquiera imaginarme a mi alma separada de Dios. ¡Oh, dolor sobre todo dolor, mal infinito, incomprensible!

¡Jesús mío!, mi único amor; tratadme en esta vida como os plazca, enviadme todas las cruces que tengáis por conveniente; pero no me abandonéis jamás. Heme aquí sumiso en absoluto a vuestra voluntad. Sólo os pido una cosa: que no permitáis que nunca pierda vuestra gracia por el pecado.

CAPITULO XVII

La gloria de los santos

Sabiduría.— No temas, hijo mío: el que está conmigo

no puede perderse. Levanta tus ojos al cielo, y mira aquel resplandor, aquella luz que guardo para los que en esta vida son perseguidos, atormentados y crucificados por mi amor.

Aquella bienaventurada ciudad toda deslumbradora con la riqueza y hermosura del oro, de las piedras preciosas y cristales finísimos; embalsamada con el aroma de los lirios, rosas y flores de una primavera eterna. Aquellos son los tronos de donde fueron lanzados los ángeles rebeldes, y los reservo para las almas afligidas, para mis amadísimas esposas.

Todos los santos que están en aquella ciudad te quieren mucho, te esperan con impaciencia, quisieran verte presto consigo y te encomiendan constantemente a Dios. Se alegran mucho con tus padecimientos, y saltan de gozo al ver que, como ellos, los sufres con gran valor. ¡Si vieras qué gloriosos aparecen con sus cicatrices, y con qué satisfacción se acuerdan de las heridas sangrientas que por amor mío recibieron en las batallas de esta vida! Ya te digo que gozan mucho de verte siempre victorioso en medio de tantas penas, tentaciones, y en medio de tanto abandono. Está cierto de que te aman con más ternura que el padre y la madre que te dieron el ser; porque la caridad de los santos sobrepaja en mucho a todos los afectos de familia. ¡Si vieras qué dulce es la compañía de los santos!

¡Feliz el alma que está predestinada a la gloria! El dote y los aderezos que doy a los míos en el cielo, es contemplar claramente todo cuanto dice la fe, y cuanto promete la esperanza; y luego poseer con paz y seguridad lo que tanto han amado. Su aureola o gloria particular será la alegría de sus trabajos y buenas obras. Los rodeo de una grande gloria, que es la luz de mi purísima esencia, y los abismos insondables de mi divinidad. Están como sumergidos en un mar de dulcedumbres. Descansan en mí por

el amor, y de tal modo se transforman en mí, que no pueden ya querer sino lo que yo quiero. En una palabra: son bienaventurados por gracia, como Dios lo es por naturaleza.

Olvídate, pues, por un momento, de tus aflicciones y de tu cruz; medita en religioso silencio estas sombras, estas nubes oscuras del paraíso, y al ver la gloria y alegría de los santos, tu alma se esforzará y no podrá menos de exclamar: ¿Dónde está ahora aquella confusión que conturbaba su corazón casto? Su cabeza ya no está humildemente inclinada ni sus ojos fijos en el suelo. ¿Qué se ha hecho de aquel despedazarse el alma, de aquellos gemidos, de aquellas lágrimas amargas, de aquellos rostros pálidos, de aquella pobreza tan áspera, de aquella sangre derramada, de aquellas heridas, de aquellas mordeduras de la murmuración, de aquellas tristezas interiores, y de aquella privación de todo consuelo, que les hacía decir: ¡Dios mío, Dios mío!; ¿por qué me habéis abandonado?

¡Oh, santos bienaventurados!: eso ha quedado de vuestros dolores, de vuestras desazones, de vuestros sufrimientos y de vuestra cruz, que en un punto pasaron. Ya no tendréis que ocultaros en los desiertos, en las cuevas o en las pequeñas celdas de un monasterio, para escapar de la malicia del mundo. Para siempre gozaréis de la bienaventuranza de los santos; y en el alborozo de vuestro triunfo, cantaréis al Señor este hermoso cántico: *¡Bendición, claridad, sabiduría, acción de gracias, honor, virtud y poderío a nuestro Dios por los siglos de los siglos!*

Acuérdate, hijo mío, de esta gloria de los santos que te han precedido, y así olvidarás tus padecimientos y no desesperarás de tu salvación.

Por el modo con que he tratado a mis siervos y amigos podrás comprender la distancia que separa a mi amistad de las amistades del mundo. Este tiene también sus molestias y penalidades; pero, aunque sus amigos fueran bas-

tante ciegos o estuvieran bastante locos para no verlas, es cierto que en virtud de mi eterna justicia, todo hombre que sigue sus caminos tortuosos, se convierte en verdugo de sí mismo, y luego muere en la desesperación, y es presa de las llamas del infierno. Mis amigos, al contrario: sufren, es cierto, tentaciones y cruces numerosas; pero viven siempre contentos con la esperanza de la gloria, gozan de la paz de corazón y de la tranquilidad de la conciencia, y aun en medio de sus aflicciones, son más felices que todos los mundanos con la falsa paz de sus placeres.

Discíp.— Dispuesto estoy, Señor, a sufrir toda clase de penas, ya que vuestras cruces son las demostraciones de vuestro amor y nadie hay más feliz que aquel a quien toca parte de vuestros dolores y de vuestra Pasión.

Callen de una vez los amigos del mundo, y los tibios nunca vuelvan a decir que maltratáis a los que son amigos vuestros. Admiren todos conmigo la bondad infinita con que lleváis por los caminos del dolor a todos los que amáis, y convénzanse, para siempre, de que es muy digno de lástima el hombre a quien Vos no probáis por el dolor durante su vida mortal.

CAPITULO XVIII

Las cruces que agradan a Dios

Discíp.— Ya que las cruces y aflicciones son tan provechosas para conseguir la gloria de los santos, decidme, Sabiduría eterna, cuáles son las cruces que más os agradan en vuestros amigos. Así yo podré desearlas y buscarlas y sobrellevarlas con alegría, considerándolas como dádivas venidas de vuestras paternas manos.

Sabiduría.— Todas las cruces y aflicciones me agradan, vengan de donde vinieren: lo mismo si provienen de la naturaleza, como las enfermedades, que si provienen de la propia voluntad, como las austeridades y penitencias, o de la violencia de las pasiones humanas, como la persecución y la calumnia. Pero con todo la condición de que el alma las sufra para honrarme y alabarme, y no desee sino cumplir en todo mi voluntad. Las cruces que me son más queridas y que juzgo más preciosas, son las llevadas con mayor alegría y con más amor.

Escucha ahora qué es lo que me mueve a someter a tantas pruebas a mis servidores, y grábalo bien en tu corazón.

Yo habito en un alma, como en un paraíso de delicias, y en manera alguna puedo permitir que ella se marche de mí, aficionándose a las criaturas... Y como quiero poseerla pura y casta, la rodeo de espinas y la acorralo con la adversidad para que no pueda escaparse de mis manos. Siembro de angustias y dolores su camino, para que no encuentre descanso en las cosas mezquinas de la tierra, y ponga toda su felicidad en el abismo de mi divinidad.

Y luego, el premio que doy a estas almas por la menor de las aflicciones que sufren por mi amor es tan grande, que bastaría para dejar satisfechos y contentos a todos los corazones mundanos.

El camino de la cruz no es ninguna novedad: ha existido siempre. Ha sido mi voluntad que en la naturaleza fuesen difíciles de obtener todas las cosas raras y grandes, y que la adquisición de la virtud exigiese muchas fatigas y muchos sudores. Si al alma no le agrada este procedimiento, y para evitarlo quiere apartarse de mí, márchese enhorabuena: libre la he creado, y no seré yo quien violento su libertad. ¡Qué ciertas son las palabras de mi Evangelio: *Son muchos los llamados, pero pocos los escogidos!*

Discíp.— Reconozco que vuestras cruces son las dádivas de vuestra Sabiduría, y prendas de la eternidad: pero al menos que no sean muy pesadas ni demasiado grandes para la debilidad de las fuerzas humanas. Vos, Señor, conocéis, todas las cosas, pues todas las habéis ordenado en número, peso y medida, y sabéis que mis penas son verdaderamente aplastantes. No creo que persona humana haya sido sometida a pruebas tan duras como yo: ¿Cómo queréis que resista?

Si fuesen cruces ordinarias, fácilmente podría llevarlas con paciencia; pero estas son cruces tan nuevas y tan extraordinarias, que me apenan el alma.

Sabid.— El enfermo en medio de sus dolores piensa siempre que no hay sufrimiento mayor que el suyo, y el hombre imagina siempre que ningún mortal le iguala en la miseria. Si a ti te hubiera enviado otra cruz, hablarías exactamente lo mismo que hablas ahora. Anímate, y demuestra tu valor y tu generosidad. Entrégate por completo a mi voluntad; acepta con resignación todas las cruces que te envíe sin recusar ninguna; y ya sabes que quiero tu bien, y que nadie como mi Sabiduría conoce perfectamente lo que te conviene.

Ya has debido observar por experiencia, que todas las cruces que te he enviado, sean cuales fueren, te han elevado, te han unido a mi divinidad más íntimamente y más fuertemente que no las cruces voluntarias que tú has escogido.

CAPITULO XIX

Las ventajas del sufrimiento

Discípulo.— Se dice fácilmente, Señor, que es preciso sufrir con resignación todas las cruces: la dificultad está en cumplirlo. Y por lo que a mí toca, mi aflicción es tan intensa que me temo que caeré vencido.

Sabiduría.— Si no fuese penosa, la aflicción no sería aflicción. Precisamente lo bueno que hay en la cruz es el poder sobrellevarla con resignación y a ti nada tiene de particular que tanto te pese, siendo así que tan poco la amas. Amala, y verás como la llevas fácilmente; porque la cruz amada y deseada por honra mía se hace más ligera y aún apenas si se siente.

Si te vieras inundado de consuelos y de espirituales dulzuras, si los beneficios del cielo te abrasasen en amor, no sacarías tanto provecho como de sufrir las sequedades y tribulaciones que te envío. Estas penas que te agobian el alma son las que atraen sobre ti mis tiernas miradas, y te dan derecho a una magnífica y extraordinaria recompensa.

Vive siempre tranquilo, con la seguridad de que estando al abrigo de la cruz no te perderás, y de que antes caerán en pecado diez almas de las que disfrutaban de las delicias de la gracia, que una sola de las que gimen sumidas en la aflicción. Y esto porque el enemigo no tiene poder alguno contra los que amorosamente padecen y lloran bajo el peso de la cruz.

Aún cuando fueses el hombre más sabio del mundo y el más eminente teólogo de mi Iglesia, aún cuando hablas de Dios con el lenguaje de los ángeles serías menos santo y menos digno de mi amor que una pobrecita alma que vive sometida a las cruces que le deparo.

Mis desgracias las concedo a los buenos y a los malos; pero mis cruces las reservo solamente para los elegidos para los predestinados. Según esto, compara bien el tiempo y la eternidad, y dime si no sería preferible arder en vivas llamas en un horno encendido, antes que verse privado de la más insignificante de las cruces que yo pueda o quiera enviarte. ¿No es eterno el galardón con que son remuneradas las aflicciones sufridas generosamente?

Discíp.— ¡Jesús dulcísimo! Vuestras palabras son como una música deliciosa para las almas atribuladas. Si las oyese muchas veces, paréceme que viviría más contento, con más libertad, y con más esfuerzo para llevar las cruces que os dignéis enviarme.

Sabid.— Escucha, pues, hijo mío, la música armoniosa del dolor, las melodías de los corazones atribulados, y los cánticos de las almas que sufren. Verás que hablan como yo.

El mundo rehusa el dolor y desprecia a los que lo sufren, mientras que yo los bendigo y los coronó. Los atribulados son mis amigos más queridos, los más amables, los más semejantes a mi humanidad.

La aflicción separa al hombre del mundo y lo aproxima al cielo, y cuanto más abandonada se ve el alma, de los servidores del mundo, tanto más yo la elevo y la hago divina. De la cruz dimana la humildad, la pureza de conciencia, el fervor del espíritu, la paz y tranquilidad del alma, la sabiduría, el recogimiento, la caridad y todos los bienes que vienen con ella. La cruz es un don tan precioso, que por ti mismo no serías capaz de conseguirlo, aunque estuvieses años y años postrado en tierra en mi presencia, pidiéndome con insistencia que te permitiese sufrirla.

La aflicción es un tesoro para los pecadores, para los penitentes, para los que comienzan y para los perfectos. Es un purgatorio de amor, que limpia al alma del pecado y la libra del castigo. Dame un alma afligida que alabe y

bendiga a Dios en sus trabajos y penas, y el infierno todo huirá de ella lleno de pavor.

La cruz tiene tal fuerza, tal virtud, que llega a atraer y cautivar a quien la lleva. ¡Cuántos hombres se habrían condenado si yo no los hubiera crucificado!

Mayor cosa es conservar la paciencia en el tiempo de la adversidad, que resucitar a un muerto. La paciencia es una hostia viva, perfume de un aroma deliciosísimo ante su Divina Majestad; es un sacrificio tan necesario para la glorificación del alma, que antes me decidiría a crear nuevas cruces y nuevas tribulaciones, que ver privados de ellas a mis amigos queridos.

Es muy cierto que el camino de la cruz es estrecho y dificultoso; pero no hay que olvidar que conduce a las puertas del cielo, a la gloria de los santos, al triunfo de los mártires, y que al final del recorrido, las almas atribuladas, transportadas ya por la alegría de su victoria, cantan a Dios un cántico nuevo que ni los ángeles pueden repetir, porque no han llevado nunca la cruz.

Discípulo.— Bien veo, Señor, que sois la Sabiduría Eterna, que con tanta claridad hacéis que luzca en mi alma vuestra verdad, y habéis ahuyentado de mí toda sombra de duda.

Yo os bendigo desde lo más profundo de mi corazón, y os doy gracias por todas las cruces pasadas y presentes que me habéis enviado con infinito amor y ternura, para mayor bien de mi alma.

CAPITULO XX

Utilidad de meditar la Pasión de Cristo

Discípulo.— No podría explicar, Jesús dulcísimo, cuán-

to me ha consolado en mis penas y angustias el pensamiento de vuestra santísima y amadísima Pasión.

Recuerdo que un día me sentía triste, abandonando, destituido de todo consuelo interior, y con tal sequedad de espíritu que no podía ni leer, ni orar, ni meditar, ni estudiar. Me retiré a un rinconcito de mi celda, y juntando las manos sobre el pecho me determiné de no salir de allí, pues era cosa vista que no podía de ningún otro modo honrar y glorificar vuestro santo nombre.

De repente, escucho vuestra voz, que me decía: Levántate, amigo mío, y mírame crucificado. Piensa en lo mucho que por ti he sufrido, y así olvidarás tus propias angustias.

Entonces me levanté, medité y lloré en vuestra presencia, y me vi libre de todas mis penas y de toda mi sequedad. Y luego yo pensaba cuánta razón tenía vuestro apóstol Pablo cuando prefería la ciencia de la cruz a la visión sublime que tuvo de vuestros misterios, y cuando decía: *No quiero saber otra cosa que a Jesucristo, y a éste crucificado.* Y también me acordaba de aquello que San Bernardo, con su dulcísimo lenguaje, decía a los religiosos: *Hermanos míos muy queridos: amad la Pasión de Jesucristo. Cuando me convertí al Señor hice un ramillete con todos los sufrimientos de mi Redentor, y siempre lo llevo en mi alma para mejor poder contemplar su crucifixión.*

En estos recuerdos dolorosos consiste la verdadera sabiduría del corazón, y en ellos descubro la perfección de la santidad, la plenitud de la ciencia, el tesoro de la salvación, la riqueza de méritos, el cáliz de la paz, el bálsamo del consuelo, la constancia e igualdad de ánimo en todas las cosas, ya prósperas ya adversas.

Meditar la Pasión es desquitarme de mis culpas, ganarme la voluntad de mi juez, y calmar mi espíritu.

Cuando miro la Cruz, ando con toda seguridad a tra-

vés de los peligros de este destierro, y ni siquiera pregunto, como la esposa de los Cantares, donde está mi Amado, puesto que lo llevo siempre en mi corazón, en donde come al mediodía, puesto que lo contemplo siempre puesto en la Cruz.

Sí; mi mejor filosofía es saber a Jesús a Jesús crucificado.

Pero atended, Señor, a mis habituales amentos Yo nada estimo tanto como vuestra Pasión, y quiero meditarla sin cesar, y llorar con lágrimas amargas...; y a pesar de todo, estoy tan seco y árido, que no hay en mí un solo suspiro ni un acto de reconocimiento por tantos dolores y sufrimientos vuestros, que se merecen una compasión infinita. Enseñadme, Sabiduría Eterna, enseñadme a meditarlos.

Sabiduría.— Mi Pasión no debe meditarse a la ligera y como por rutina; sino con gran detenimiento, profundidad y penosas consideraciones. El paladar no puede saborear cumplidamente un bocado tragado precipitadamente, y lo mismo, poco puede apreciarse de mi Pasión por sola una consideración hecha sin amor y a disgusto.

Si no puedes llorar al considerar los tormentos de mi Pasión, al menos alégrate por los inmensos beneficios que ella ha traído a tu alma y al mundo entero. Y si sumido en la sequedad, no puedes ni llorar ni alegrarte, entonces persevera animosamente, insiste en el pensamiento de mis dolores todo lo que puedas, y está seguro todo lo que puedas, y está seguro de que estos esfuerzos me serán más gratos que todas las lágrimas y que todo el fervor que de otro modo pudieras tener. Harás un acto de virtud venciendo a ti mismo por mi amor, y me habrás dado una muy valiosa demostración de tu cariño.

Discíp.— Y ¿qué ha de hacer un pecador como yo, para purificarse, y prepararse a la meditación de vuestros dolores, y poder aplicarse vuestros méritos?

Sabid.— Lo que debe hacer es:

1º. Llorar amargamente en su corazón los pecados que ha cometido contra su Padre celestial, pensando bien la multitud, malicia y gravedad de los mismos.

2º. Convecerse de que por si mismo nunca podrá expiar sus pecados; porque las más penosas austeridades son nada comparadas con ellos, lo que es una gota de agua comparada con la inmensidad del Océano.

3º. Alabar y bendecir la omnipotencia de mi Pasión, pues una sola gota de mi sangre bastaría para borrar los pecados de mil mundos.

4º. Aplicarse a sí mismo los méritos de esta Pasión uniéndose a ella de corazón y compadeciendo mis dolores.

5º. Unir este dolor, pequeño y débil, a los dolores míos que fueron grandes sin límites e intensos sin medida; y luego mezclar humildemente la gotita de esta insignificante penitencia, al mérito infinito de mi satisfacción por los pecados del mundo, confundiendo sus pequeños sufrimientos con mis penas infinitas.

CAPITULO XXI

La muerte con Jesucristo

Discípulo.— Habéis sido tan bondadosa, dulcísima y adorable Sabiduría, que me habéis hecho ver los dolores y tormentos que sufrísteis en vuestro cuerpo cuando estabais colgado de la Cruz, en las angustias terribles de una muerte infame. Decidme ahora, os lo suplico, lo que sucedía cerca de la Cruz, si había alguien que se compade-

ciese de vuestro dolor, y lo que hicisteis con vuestra atribulada madre.

Sabiduría.— Oye una cosa muy digna de llorarse. Expiraba yo sobre la Cruz, y los verdugos que me rodeaban hacían burla de mi divinidad, de mis milagros y de todas mis obras. Me cubrían de salivazos, de injurias, de blasfemias; me despreciaban y vilipendiaban como si fuese yo un gusano de la tierra y el oprobio del mundo entero...; y sufrí con gran esfuerzo todos estos insultos, llorando la pérdida de sus almas, y ofreciendo al Padre mi sangre por su salvación. Para atraerlos y convertirlos, usé de mi misericordia con el ladrón que estaba a mi derecha, y le prometí el Paraíso.

Y yo, que de esta manera era el dispensador de la gloria, estaba abandonado de todos, desnudo, plagado de heridas sangrientas, sin un alma que me sirviese de alivio, me consolase, auxiliase, o al menos me reconociese; pues todos mis discípulos y mis amigos habían huído. Sólo veía a mi queridísima Madre, sabía muy bien que Ella padecía en su tierno corazón todos los tormentos que yo padecía en mi cuerpo, y era para mí un nuevo dolor el ser testigo de su angustia, y el oír sus lastimeros acentos. No tuve para Ella otro consuelo que encomendarle a mi discípulo amado.

Discíp.— ¿Quién pudo entonces contener en su pecho las lágrimas y los gemidos? ¡Oh luz del cielo, Verbo divino, Sabiduría admirable, Cordero de Dios, que eres la pureza mismal; icon cuánta crueldad no fuisteis tratado por aquellos lobos tragadores, por aquellos tigres hambrientos! Si me hubiera encontrado presente, y a pesar de mi indignidad hubiera podido morir por Vos, por Vos y con Vos hubiera muerto. Y si no se me concedía este honor, me hubiera derribado al pie de vuestra Cruz, y me hubiera adherido a la roca que la sustentaba, y cuando llegasteis a exhalar el último aliento, mi corazón se hubiera despedazado de compasión y de amor.

Sabid.— La Justicia Divina me había condenado a muerte a mí solo, y solo Yo debía ser clavado en el madero de la Cruz, y solo Yo debía beber el cáliz doloroso de mi Pasión por la salvación de los hombres. A ti te toca seguir mis huellas, renunciar a ti mismo, tomar tu cruz y seguirme, y tu sacrificio me agradará lo mismo que si conmigo hubieras muerto sobre la cima del Calvario.

Discíp.— ¡Señor!: pronto estoy a morir por Vos, que no es justo que yo disponga de mí mismo, después que Vos habéis muerto por mí. Mostradme, Sabiduría divina la cruz que me señaláis y cómo he de morir con Vos.

Sabid.— Haz todo el bien que puedas. Y si te encuentras con que tus acciones son juzgadas torcidamente, si se burlan de ti, si te llenan de injurias y maldiciones, si llegan a tratarte como un hombre vil y despreciable, esfuérzate por permanecer tranquilo y conservar la paz de tu corazón.

Sufre las persecuciones con valor y con humildad, sin pensar siquiera en defenderte; ora por tus enemigos con amor, y por caridad procura excusarlos ante la presencia de tu Padre, que está en los cielos. De este modo morirás por amor sobre la cruz, mi muerte se reproducirá en la tuya, y tu paciencia será una nueva flor que brotará de mi Pasión.

Si a pesar de tu inocencia y de tu pureza, eres considerado como un impío, sufre con alegría esta nueva afrenta y si tus enemigos quieren al fin excusarse y te piden perdón, perdónalos con gran presteza y con gran amor, como si nunca te hubieran molestado lo más mínimo; y después, procura hacerles bien y darles pruebas de tu cariño con tus actos y palabras. Entonces será cuando de verdad te habrá cabido parte de mi cruz, y habrás imitado aquella bondad mía que me inducía a perdonar las injurias y las crueldades de mis verdugos.

Si renuncias a las amistades y conversaciones de los

hombres, al bienestar y a los consuelos de la tierra por mientras te dure la vida, esta renuncia y esta privación serán en ti lo que en mí fue la soledad en que me vi en el Calvario cuando me abandonaron todos los míos.

Si por mi amor desarraigas de tu corazón todos los afectos inútiles y, sobre todo, aquellos que pudieran alejarte de mi servicio, me serás grato a la manera de San Juan, mi discípulo amado, que permaneció fiel al pie de la Cruz.

Si conservas tu corazón puro y limpio de toda afección terrena, tú serás el que me vestirás y cubrirás mi desnudez.

Pero sobre todo, en las injurias y violencias de tus enemigos no te defiendas, no resistas; sino permanece en silencio, como un cordero, sufriendolo todo con paciencia y resignación, sin que tu corazón ni tus palabras ni tu rostro dejen escapar el menor asomo de inquietud o de ira. Procura triunfar de la dureza y malicia de tus enemigos por la dulzura y la humildad.

Sólo así llevarás en ti una fiel imagen de mi muerte; sólo así, grabando bien en tu alma mi Pasión dolorosa, meditándola, recordándola en tus oraciones, imitándola en tus obras, te acercarás a mis sufrimientos e imitarás la fidelidad de mi casta Madre y de mi amado discípulo.

Discíp.— ¡Oh, Sabiduría omnipotente! Grabad sobre mi espíritu y sobre mi cuerpo, quíéralo yo o no lo quiera, este verdadero retrato de vuestra muerte, para que así glorifique yo vuestro santo nombre.

CAPITULO XXII

Propósitos de Cristo en la Cruz

Discípulo.— ¡Oh, Sabiduría dulcísima, Reina y Señora mía! Enseñadme ahora lo que en aquellos momentos ocupaba vuestro corazón y vuestra alma; hacedme conocer los sentimientos que abrigasteis sobre la cruz. Seguramente que recibiríais muchos consuelos del cielo, y seríais especialmente fortificado, como lo fueron los mártires en sus tormentos. La asistencia de vuestro Padre celestial os haría más tolerables vuestros suplicios.

Sabiduría.— Si atroces eran los dolores de mi cuerpo, más aún lo eran los que en el alma padecía. Con la parte más noble de mi espíritu, contemplaba la divina esencia, lo mismo que ahora en el cielo la contemplo; pero todas las potencias y facultades interiores de mi alma estaban sumidas en la desolación y en el abandono, y llegué a sentir congojas que nadie ha sentido nunca, ni sentirá jamás.

Mi cuerpo, colgado de la cruz y cubierto de heridas que manaban sangre. Mis ojos, cegados por las lágrimas. Todos mis miembros, descoyuntados... Cercábanme angustias de muerte..., y como ni del cielo ni de la tierra recibía algún consuelo, exclamé con voz lamentosa: *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me habéis abandonado?* Sin embargo, mi voluntad estaba inquebrantable, y del todo conforme con la Justicia divina, que sobre mí descargaba sus rigores.

Cuando se hubo agotado toda la sangre de mis venas, y la falta de fuerzas me puso en la agonía, entonces sentí una sed ardentísima que me obligó a decir: *Tengo sed.* Pero la verdad es que mayor era todavía la sed que tenía de padecer y de salvar almas. Y cuando hube terminado

cuanto tenía que hacer por la salvación de los hombres, entonces exclamé: *Todo se ha acabado*. Ya había sido obediente hasta la muerte. Entregué mi espíritu en las manos del Padre, y mi alma se separó de mi cuerpo.

Después de mi muerte, una lanzada abrió mi costado derecho, del cual salieron raudales de sangre y una fuente de agua viva.

Ahí tienes, amigo mío, lo que por tus faltas y por las de los escogidos he padecido. El sacrificio eficaz de mi sangre inocente te ha rescatado de la muerte eterna que tenías merecida.

Discíp.— ¿Qué gracias daré a vuestra Majestad por amor tan grande?: ¿cómo podré corresponder a vuestra Pasión dolorosa? Tuviera la fortaleza de Sansón, la sabiduría de Salomón, las riquezas de todos los reyes de la tierra, y todo lo dedicaría a vuestro servicio: pero nada tengo, nada soy, y sin embargo, quisiera mostraros mi agradecimiento.

Sabid.— No bastan para alabarme cumplidamente todas las lenguas de los ángeles, ni todos los corazones humanos juntos son capaces de agradecerme debidamente el menor de los sufrimientos que por ellos he padecido.

Discíp.— Tendré pues que resignarme a vivir siempre en deuda con Vos. Enseñadme al menos qué he de hacer para agradaros y servirlos.

Sabid.— No apartes nunca tus ojos de mi Cruz y complaciéndome tiernamente, graba bien en tu corazón los dolores que encuentres más crueles en mi Pasión. Cuando te llegue la hora de padecer, padece conmigo; y si no te consuelo en tus aflicciones, y te dejo en la sequedad y en el abandono, como yo lo estuve sobre la Cruz, líbrate de buscar los consuelos humanos: lo que has de hacer es dirigir a Dios tus oraciones y tus gemidos.

A ejemplo mío, abandónate por completo en la voluntad de tu Padre, que está en los cielos; y así, cuanto

más apretado te veas en tu interior, tanto más agradable serás a los ojos de Dios, y más te asemejarás a mí sobre la Cruz. Es el modo que tengo de probar bien a los que son míos.

Cuando sientas necesidad de consuelo y auxilio, violenta tu corazón y renuncia a ellos generosamente, para que esta tu sed esté amargada con hiel y vinagre. Está siempre afanoso por la salvación de las almas, y trabaja por ellas cuanto puedas durante toda tu vida. Obedece con prontitud a tus superiores. Conserva tu alma desahogada de toda alegría, y ponte en las manos de Dios como te pondrías si fuera llegado tu último momento.

De esta manera te unirás a mi Cruz, y sobre todo aprenderás a esconderte en la abertura de mi costado y en la llaga que el amor ha hecho en mi corazón. Yo te lavaré con el agua que de ella mana, te hermosearé con la púrpura de mi sangre, te uniré a mí con lazos disolubles, y nuestros espíritus el mío y el tuyo, se unirán para siempre en una unión eterna.

CAPITULO XXIII

Normas de la vida interior

Discípulo.— ¡Oh, excelsa Sabiduría! Todo el imperio del mundo no bastaría para darme la felicidad que siento en mi alma al escuchar vuestras lecciones admirables. Ahora tenéis que decirme, os lo suplico, qué es lo que he de hacer para evitar el pecado y llegar a la perfección.

Sabiduría.— Voy a darte en pocas palabras las normas de una vida pura y perfecta.

Vive separado y aun alejado de los hombres.

Desembarázate de las preocupaciones y de los vaivenes de las cosas de la tierra; y despidete de ti cuanto pueda turbar la paz de tu corazón, ganarse su afecto y sumirlo en las inquietudes del mundo, de la carne y de la naturaleza.

Levanta tu espíritu a las regiones de una santa contemplación, en la cual encontrarás el objeto eterno de todos tus pensamientos.

Haz que todos tus ejercicios espirituales, las vigiliass, los ayunos, la pobreza, las penalidades de la vida, las mortificaciones de la carne y de los sentidos, todo se encamine a este fin y no los practiques sino en cuanto pueden moverte y ayudarte a la presencia de Dios.

Haciendo esto te encumbrarás a una perfección que muy pocas almas consiguen, porque la mayor parte de los cristianos se piensan que todo ha de consistir en prácticas exteriores, y así les sucede que se afanan años y años, sin adelantar un paso, y quedan siempre donde estaban, siempre lejos de la perfección verdadera.

Discíp.— Y, ¿quién será capaz, Señor, de tener siempre fijos los ojos del alma en vuestra divinidad, y de perseverar sin interrupción alguna en esta contemplación tan sublime?

Sabid.— Ningún mortal, es cierto. Pero te digo todo esto para que te animes, y hagas cuanto puedas por conseguirlo, para que lo desees, para que esto sea la norma primera de todos tus ejercicios espirituales, y para que en ello pongas todo el empeño de tu corazón y todas las fuerzas de tu espíritu.

Cuando notes que te apartas de este camino y que te distraes de la contemplación, piensa que te estás privando de la misma bienaventuranza; vuelve de nuevo sobre tus pasos, y vela constantemente sobre ti para no apartarte nunca de la presencia de Dios.

Cada vez que te distraigas de tu camino y andes a la ventura, serás como un barquero, que en medio de una

tempestad horrible ha perdido los remos y el timón; no sabe donde está, ni hacia donde camina, ni cómo ha de guiar su barquilla.

Si no puedes estar siempre fijo en la contemplación de mi divinidad, procura al menos no alejarte de ella, por medio del recogimiento y de la oración; y tus esfuerzos por andar siempre en la presencia de Dios te afianzarán en el amor divino, en cuanto es posible en este mundo.

Escucha atento, hijo mío, mis lecciones, que no engañan a nadie; escríbelas en lo más profundo de tu corazón, y acuérdate siempre del amor que me las ha dictado. Si de verdad quieres adelantar en la virtud, cuida de que nunca se borren de tu espíritu, que las tengas presentes en todo momento, en la paz y en la turbación, en el trabajo y en el descanso; y te aseguro que en ellas encontrarás siempre las luces y los tesoros de la Sabiduría.

¡Hijo mío!: Encarga a Dios del cuidado de tu alma, y procura no descuidar tu interior ni salirte de ti mismo.

Sé siempre puro, dando de mano a todas las preocupaciones que no sean verdaderamente necesarias.

Levanta tus pensamientos hasta el cielo, y fíjalos en Dios; y cada vez te sentirás más iluminado, y conocerás el Bien soberano aún en medio de la ignorancia y del alejamiento en que ahora vives.

Discíp.— ¡Cómo os he de agradecer, ¡oh Sabiduría sublime!, las enseñanzas que con tanta bondad y con tanta dulzura comunicáis a mi alma? No olvidaré jamás vuestras palabras; sino que ellas serán la regla única y la única fuerza de mi vida. Yo así lo deseo y así lo quiero.

CAPITULO XXIV

Una muerte inesperada

A) El desengaño

Discípulo.—¡Dulcísimo Jesús! No os sean molestas mis súplicas; pero desearía que ahora me enseñáseis a morir a mí mismo y a todas las cosas creadas, a vivir sólo para Vos, a amaros, a alabaros con todas mis fuerzas, a recibirlos dignamente y humildemente en el Santísimo Sacramento del altar. ¡Dichoso mil veces el que sabe servirlos como os merecéis! Ya que tantas veces me habéis exhortado a morir con Vos en la cruz, decidme de qué muerte habláis, si de la corporal o de la espiritual.

Sabiduría.— De las dos.

Discíp.— La muerte corporal bien se conoce cuando se aproxima, y además, no se necesita saber mucho para sufrir esta ley de la naturaleza.

Sabid.— Están en un error muy grave los que dejan el aprender a morir para el momento mismo de la muerte. Nadie aprende a morir sino pensando en la muerte misma.

Discíp.— Pero es muy triste pensar en la muerte y además muy penoso y cruel.

Sabid.— Estás aún tan ciego, que ni observas que los hombres están muriéndose sin cesar. ¡Cuántos no desaparecen cada día de las ciudades y de los conventos!; ¡cuántos se mueren repentinamente! Y no reparas en que dentro de poco tiempo tú también morirás, como muere todo el mundo. Abre, pues, los sentidos de tu alma, y escucha los lamentos de un joven que muere cuando menos lo esperaba.

El moribundo.— ¡Ay de mí!; ¡qué desgraciado soy!

¿Para qué nacería? Vine al mundo entre gemidos y lágrimas, y salgo de él entre alaridos y angustias. Me han rodeado los dolores de la muerte, y me asaltan los peligros del infierno. ¡Oh, muerte horrible!, ¿por qué vienes a segar mi juventud?; si nunca me he acordado de ti, ni jamás te he llamado, ¿por qué me acometes tan brutalmente. Ya estoy maniatado con tus cadenas, como un criminal conducido al patíbulo.

Golpeome la cabeza con el furor de la desesperación, y la ira me devora. Ya no hay para mí ningún remedio ni ninguna esperanza; sólo escucho el lenguaje de la muerte, que me dice:

«¡Desgraciado!, debes morir. No puedes escapar, porque no habrá quien te liberte de mis manos. Tus padres, tus amigos, riquezas, ciencia, poderío, de nada te sirven: te ha tocado la vez y vas a dejar la vida.»

Me voy, pues, a morir. No hay apelación posible. Me separaré de este cuerpo al que tanto amé. ¡Oh muerte, muerte!

Discíp.— ¿Por qué te afliges, amigo mío? No sabes que la muerte alcanza a todos, lo mismo a los pobres que a los ricos lo mismo a los jóvenes que a los viejos? Aún mueren más jóvenes que ancianos ¿Te crees que ibas a ser tú el único que escapases de la muerte? Esto sería una locura.

Moribundo.— ¡Vaya un consuelo que me das! ¿Por qué me dices cosas tan duras y tan amargas? Lo que yo decía es, que quien vive sin prepararse para morir, y llega a este trance sin temerlo, es un ciego y un loco, muere como un bruto, porque no sabe los peligros que le amenazan. No me quejo de la muerte, sino de morir de repente y sin preparación. He de someterme a una necesidad de la naturaleza para la cual no estoy dispuesto. Y así no lloro tanto la pérdida de la vida cuanto los días que he empleado en fiestas y placeres, días que bien pude utilizar para provecho de mi alma.

Soy ahora como una flor caída y marchita, como un aborto que no ha llegado a la vida.

Mi tiempo ha pasado como la flecha lanzada por un arco bien templado y mi vida desaparece en el olvido y en la nada.

Mis palabras están llenas de amargura y la fuerza de mis dolores llega hasta apagar mis gemidos.

¡Sí, sí, desventurado de mí! ¡Si pudiera volver a mis días primeros y recobrar el tiempo pasado!, ¡si al menos hubiera conocido de antemano el estado en que ahora me encuentro! Desprecié el tiempo gastándolo en cosas inútiles: se pasó, y no volverá. ¡Qué desgraciado soy! Una sola de aquellas horas fugitivas me sería más estimable que todo el imperio del mundo; y ahora no me queda más que llorar su pérdida, sin que todas mis lágrimas puedan recuperarme un solo momento. ¿Por qué no emplearía bien el tiempo que se me dio para bien morir?

¡Oh vosotros jóvenes!, que estáis en la primavera de la vida poseedores de años ricos, y sonrientes, ved mi desgracia, y con mi ejemplo aprended a servir a Dios, no sea que algún día os suceda lo que a mí me sucede en este trance.

¡Oh juventud mal gastada, años hermosos perdidos en el pecado! No hacía caso de los consejos de mis padres y amigos, no quise abandonar mis placeres; y cuando menos lo pensaba he caído en las garras de la muerte.

¡Ojalá que hubiera muerto en el vientre de mi madre! y así no tendría ahora que llorar el abuso del tiempo y la pérdida de mi vida.

Discíp.— ¡Hermano mío!: vuélvete a Dios por medio de un arrepentimiento sincero de tus pecados, y así acabarás bien, se remediará todo, y te salvarás.

Moribundo.— Eso es imposible y absurdo. ¿Cómo quieres que haga penitencia y me convierta a Dios en el momento de morir? Estoy lleno de angustias y terrores,

soy un pajarito, más muerto que vivo, entre las garras del gavián. No puedo pensar más que en escapar de la muerte que me espera y veo que esto no puede ser, porque ya me apresa, ya me hiere; y luego mi alma abandonará mi cuerpo.

¡Ay de mí!; ¿por qué no me convertiría al Señor cuando disfrutaba de salud?: ahora moriría tranquilo y feliz. Todos los que se apartan de Dios y no quieren convertirse cuando tienen ocasión, muy bien merecen el no poder hacer penitencia en el momento de su muerte y yo lo diferí de un año a otro, de un día a otro día y ahora me condenaré con todos mis buenos deseos y con todas mis vanas promesas.

Mi mayor pesadumbre es el haber vivido los treinta años de mi vida sin haber dedicado un solo día al servicio de Dios, y sin haber hecho una sola acción que pueda agradarle: este es el más acerbo de mis remordimientos. ¡Qué vergüenza y qué confusión me esperan cuando me presente ante la Majestad terrorífica de Dios y en presencia de toda la corte celestial!

Voy a expirar. Una sola *Avemaría* que pudiese rezar con devoción la estimaría en más que todo el oro del mundo. ¡Ay, Dios mío: ¿qué tesoro de bienes me he perdido por no aprovechar bien el tiempo iy en qué abismo más hondo me han precipitado mis placeres! Ahora estaría sumamente contento si hubiera huído las amistades mundanas en el tiempo de mi juventud. Con sólo abstenirme de una mirada deshonesta o impúdica por amor de Dios, hubiera merecido para mi alma más que si ahora alguna alma buena ofrece por mí al Señor treinta años de oraciones fervorosas.

Todos los que tenéis que morir, escuchad una cosa espantosa. Yo me muero, y como ningún mérito poseo, imploro el auxilio de los hombres virtuosos para que con sus méritos satisfagan por los pecados de mi vida, y todos

me rechazan, porque todos temen que el aceite de sus lámparas no sea suficiente para su propia salvación. Y yo, que pude enriquecerme cuando estaba sano, vanamente solicito una limosna espiritual que me obtenga, no ya alguna reconciliación con la divina justicia o al menos una rebaja de mis deudas.

Aprended de mí todos, jóvenes y viejos; aprended a enriqueceros durante esta vida con gracias y méritos: no fiéis con que a la hora de la muerte podréis mendigar los méritos de los demás, porque no encontraréis quien pueda y quiera socorremos.

* * *

B) Los consejos

Discíp.— Tus angustias y tus lamentos me desgarran el corazón. Tu desgracia me hace pensar en mí mismo. Te conjuro por Dios vivo que me digas qué he de hacer ahora que estoy sano, para no verme en el duro trance en que tú te encuentras.

Moribundo.— Lo primero que debe hacer todo hombre prudente y sabio, es confesar diligentemente y con gran dolor sus pecados; y después estar dispuesto a morir cada semana y cada día.

Imagínate que tu alma ha sido condenada en el Purgatorio a diez años de penas y tormentos, que sólo tienes un año de tiempo para poder interesarte por ella y librarla de las llamas, y que oyes su voz lastimera que te dice: ¡Oh mi amigo fiel!; tiéndeme una mano compasiva, y sácame de estas llamas acerbadas. Soy muy desgraciada, estoy muy triste, desolada, y no tengo a nadie en el mundo que pueda ayudarme más que a ti. Todos me han olvidado, porque cada uno no busca sino lo que a él le interesa.

Discíp.— Tus consejos son muy buenos y provechosos,

y es claro que si los hombres viesan las cosas como tú ahora las ves, no podrían menos de impresionarse vivamente. Pero los mundanos no lo piensan. Tienen oídos y no oyen, tienen ojos y no ven. Nadie piensa en la muerte mientras duran la salud y el bienestar: para este pensamiento se reserva solamente el momento de morir.

Moribundo.— Y cuando les hieran las flechas de la muerte, entonces darán grandes gritos y gemidos, y el cielo y la tierra se le mostrarán del todo insensibles. Es muy triste. De cada cien cristianos que viven en el mundo o en el claustro, apenas si a uno solo llegarán a impresionar fructuosamente mis palabras, de modo que cambie de conducta; y por consiguiente, de cada cien cristianos, apenas si encontrará uno que muera bien dispuesto.

Casi todos llegan al trance de la muerte sin haber meditado su fin último; casi todos atraviesan el último momento sin reconocerse, sin arrepentirse, sin hacer penitencia; porque el orgullo de la vida, y los placeres corporales, y el amor de las cosas de aquí abajo, y la preocupación de los intereses materiales, todo contribuye a mantenerlos en su gran ceguera.

Si con los pocos quieres evitar las terribles consecuencias de una muerte imprevista, oye mis consejos.

Piensa constantemente en la muerte, e imagínate que tu alma está ya ardiendo en las llamas del Purgatorio. Las oraciones y obras buenas que hagas para rescatarla, calmarán el miedo que tienes a la muerte, y acabarás por desecharla y esperarla con amor.

Procura que tus meditaciones sean lo más frecuentes y lo más serias posibles.

Graba bien en tu espíritu mis palabras, y no olvides nunca las instrucciones que te he dado, estando ya en las convulsiones de la muerte y en la obscuridad de la última de mis noches.

¡Cuánto debe a Dios el que llega bien preparado a la

hora terrible de la muerte! Abandona la tierra para ir al cielo, y no tiene por qué sentir las amargas de la última hora.

* * *

C) La partida

¡Ay, Señor mío!; ¿cuál será el paradero, el refugio de mi alma, en las regiones desconocidas de la otra vida? Ya siento que todo me abandona, y que mi alma va a sufrir con tantas otras almas que han caído en las llamas de vuestra justicia. ¿Cuál será el amigo verdadero y abnegado que me pueda auxiliar?

Basta, basta de gemidos: ha llegado la hora de la partida. Me muero. No puedo continuar un momento más. Mis manos están yertas, mi rostro lívido, mis ojos oscurecidos. Me oprimen las angustias de la muerte, y ya apenas si puedo respirar. El mundo se me va, su luz me falta: y ya entreveo la otra vida. ¡Qué horror! ¡Rodeado de fantasmas horripilantes, amenazado por los diablos del infierno que están furiosos y dispuestos a todo por apoderarse de mi alma...!

¡Oh Dios!, ¡oh justicia!: ¡qué severos son vuestros juicios y con qué rigor aquilatáis las faltas más insignificantes! Todo mi cuerpo está bañado por un sudor frío. ¡Oh rostro airado de mi Juez! Ya veo las llamas del Purgatorio que atormentan a las almas y las agitan como centellas, mientras ellas exclaman lamentosamente: «¡Ay, ay, qué suplicios más atroces padecemos!: nadie podrá convencerse de la multitud y terribilidad de nuestras penas. ¡Oh, vosotros los que aun tenéis vida!!; ayudadnos en nuestra desgracia y en nuestra desolación. ¿Dónde están ahora los recuerdos de la amistad? Sin duda que sus promesas fueron engañosas, porque ahora nos ha dejado abandonadas

y olvidadas. ¡Compadeceos, compadeceos de nosotras, al menos vosotros los que en vida nos fuisteis amigos. Nosotras os hemos querido, hemos hecho por vosotros cuanto ha estado a nuestro alcance, y ¿así pagáis nuestros favores? ¿No tendréis para nosotras ni un poquito de compasión? Mirad que nuestros suplicios son más atroces que los de los mártires, y que en sola una hora sufrimos más de lo que en el mundo puede sufrirse en cien años. ¡Cuánto mejor nos hubiera valido precaver estas llamas y estos tormentos! ¡Oh llamas crueles!, ¡oh privación de Dios, más cruel todavía!

Ya estoy sumida en los horrores. Ya no tengo fuerzas. Me muero...

* * *

D) El pensamiento de la muerte

Discíp.— ¿Dónde estáis, Sabiduría divina?; ¿me habéis abandonado? ¡Cómo me ha espantado, Jesús mío, el espectáculo de esta muerte! No sé si aún vivo, o si el miedo me ha quitado la vida. Os agradezco, Señor, estas enseñanzas, y haré lo que pueda para que me sean provechosas. En adelante, no me pasará un sólo día que no piense en la muerte, para evitar estos tragos y no ser víctima de tales sorpresas.

Enseñadme a morir ahora que estoy sano y bueno. Encaminaré a la otra vida todos mis pensamientos, porque está visto que todo lo de aquí abajo es pura vanidad.

No esperaré, no, a lo último, para arrepentirme. Voy a comenzar a hacer penitencia en la flor de mi juventud.

Ya no quiero lecho blando y placentero, comidas delicadas, vinos preciosos, sueño prolongado, honores caducos, placeres y bienandanzas corporales. ¿Cómo había de poder sufrir las penas del Purgatorio, si ahora no tuviera

valor para hacer penitencia? Hoy mismo comienzo a procurar algún consuelo a mi alma para el día de mañana pues estoy cierto que nadie se acordará de ella cuando esté en las llamas expiando sus pecados.

Sabid.— Haces muy bien, amigo mío, en pensar en los peligros de la muerte ahora que estás en la juventud; porque en el momento último nadie podrá ayudarte, ni encontrarás otro refugio que mi pasión, mi muerte y mi infinita misericordia.

Discíp.— Por eso mismo, Jesús mío, me postro a vuestros sagrados pies, y os suplico que os dignéis castigarme y purificarme ahora, para que no venga a caer en los tormentos incomprensibles del Purgatorio.

¡Qué necio era al creer que el Purgatorio era cosa de poco, y que era una suerte el ir a él! Ahora es tal el miedo que tengo a sus llamas devoradoras, que no puedo pensar en ellas sin estremecerme de terror.

Sabid.— Ten valor, hijo mío; porque este temor es el principio de la sabiduría y el camino del cielo. ¿No recuerdas las alabanzas que los Libros Santos dedican a los que temen la muerte y meditan constantemente sobre ella? Ya puedes estarme agradecido de pensar como piensas, pues este pensamiento es muy raro en el mundo. No obstante las advertencias que a los hombres hago sin cesar, no es posible sacarlos de su ilusión. Los desgraciados, al morir, caen en las horribles prisiones del infierno, y allí lloran y gimen y caen en la cuenta de su locura; pero ya es tarde.

Fíjate en los de tu edad que ya han muerto; evócalos en tu espíritu; habla con ellos, y pregúntales dónde han ido a parar. Lo que escucharás serán sus llantos, sus gritos lastimeros. Aprovechate de sus sabios consejos.

¡Dichoso el hombre que enseña a otros a atender a su salvación cuando aún es tiempo!

Si de verdad sabes lo que te haces, deberás esperar la

muerte cada día, estarás siempre dispuesto a recibirla, y a emprender con alegría el gran viaje de la eternidad. Porque ¿qué cosa hay más incierta en la vida? El hombre es como el pajarito sobre el cual se arroja el gavilán, o como el desventurado que ve arribar junto a sí el bajel intrépido que lo alejará de su patria para siempre.

La verdadera sabiduría consiste en saber prever el fin de la vida, y en adelantarse por el pensamiento a la muerte misma.

CAPITULO XXV

Del Santísimo Sacramento

Discípulo.— Si me concediéseis el favor de introducirme en la intimidad de vuestros santos misterios ¡oh Sabiduría sumamente comunicable! me atrevería a preguntaros los secretos de vuestro amor. Ya sé que por medio de vuestra dolorosa Pasión y por vuestra muerte se nos manifestó espléndidamente el abismo impenetrable de vuestra caridad infinita: pero ¿no podríais darnos otras manifestaciones aún más espléndidas de vuestras infinitas ternuras para con vosotros?

Sabiduría.— Pues ya lo creo. Más fácil sería contar las estrellas del cielo que no las pruebas y testimonios de mi amor infinito.

Discíp.— ¡Oh Jesús mío, dulce amor mío! Mi alma languidece esperándoos. Dad a vuestro siervo la paz y la dicha de gozar de vuestra presencia.

Ya veis que para mí están muertas todas las cosas de la tierra, y que nada deseo sino los tesoros de vuestra ardiente caridad. También sabéis que es muy propio del

amor el no hastiarse nunca de su objeto, sino que cuanto más lo posee más desea poseerlo. Decidme, pues, Sabiduría encantadora, ¿cuál es la gran prueba de vuestro amor, que nos habéis dado además de vuestra Pasión y de vuestra muerte?

Sabid.— Dime tú antes ¿Qué es lo que más aprecia uno que ama, aún entre todas las cosas preciosas de la tierra?

Discíp.— La presencia del amado, creo yo; sus caricias, y el estar cierto de que nunca se verá privado de él.

Sabid.— Eso es. Y como sabía yo que mis amigos fieles sentirían el deseo intenso de mi presencia, en mi cena última determiné quedarme siempre presente a mi Iglesia y a mis fieles hasta el fin de los siglos, por medio de la Eucaristía.

Discíp.— Señor, perdonad mi ignorancia. ¿Cómo puede estar bajo las simples apariencias de pan vuestro cuerpo bienaventurado y glorioso? ¿Cómo he de veros presente en este Sacramento?

Sabid.— Para mí nada hay imposible. Si los sentidos te engañan suple su defecto con una fe sencilla y sincera sin pretender sondear abismos que son insondables.

Estoy presente a ti en el altar, verdadero Dios y verdadero hombre, con mi cuerpo, mi alma, mi carne, mi sangre, como estuve reclinado en los brazos y contra el pecho de mi Madre, como estoy en el cielo en la plenitud de mi gloria.

Dime: ¿cómo se ve un palacio en un espejo y en todos los pedacitos del mismo?, ¿cómo la extensión infinita de los cielos cabe en ojo humano que es tan pequeño? ¿No se necesita más poder para sacar de la nada el cielo y la tierra y todo el universo que para convertir misteriosamente el pan en mi cuerpo? Entonces, no sé por qué te has de admirar más de lo uno que de lo otro. ¡Cuántas cosas hay en el mundo que las crees, pero que no las has visto jamás! ¿Y no exceden en mucho las criaturas invisibles

bles a las visibles que nos rodean ¿Quién hay que no crea firmemente que tiene un alma? Y sin embargo nadie lo ha visto.

Si yo te preguntase acerca de los caminos del abismo de los mares, o acerca de las aguas superiores (la atmósfera), me responderías que estas cosas están fuera del alcance de las facultades y de los sentidos del hombre, y que tú no has penetrado nunca los abismos ni has medido la altura de los cielos. No comprendiendo, pues, las cosas naturales y terrestres, ¿cómo has de comprender las celestiales y divinas?

Si una madre criase y educase a un hijito suyo en el encierro de una prisión completamente obscura, al pobre niño le parecería increíble cuanto su madre le dijera acerca del sol y de las estrellas y de toda la naturaleza: y con todo la madre no le engañaría. ¿No merece más crédito mi palabra que no los sentidos del hombre?

Bástete, pues, saber que la Eucaristía es obra de mi omnipotencia y de mi amor. Apóyate en la fe, y gozarás de mi presencia.

Discíp.— ¿Cómo no he de creer todo lo que Vos me enseñáis, siendo Vos la Verdad que no puede mentir, la Sabiduría que no se puede engañar, la Omnipotencia a la que nadie puede poner límites? ¿Por qué no tendré tanto amor, como todas las criaturas juntas y una conciencia tan pura como los ángeles, y un alma tan hermoseaada con todas las bellezas, con todas las virtudes, para recibirlos en mi pecho con tal ardor, con tal fuerza que ni la vida ni la muerte puedan jamás separarme de mi amor?

Si me enviaseis un ángel con una embajada, de verdad que no sabría cómo recibirlo y agasarlo: ¿qué he de hacer, pues, para recibirlos a Vos, que sois el Rey de la gloria, el tesoro de mi alma, el Bien único, soberano, que en sí encierra cuanto puede desear mi corazón en el tiempo y en la eternidad?

Vos sois, Jesús dulcísimo, lo más hermoso que ven mis ojos, lo más dulce que mi paladar saborea, lo más delicado que mi tacto toca, y lo más amable que conoce mi corazón. Pero no sé, de verdad, cómo he de unirme a Vos. Vuestra presencia me atrae y me cautiva, pero vuestra majestad me detiene y me asusta. Mi razón quiere que os adore en silencio y con temor, y mi corazón desea amaros, abrazaros como a su bien único, queridísimo. Sólo Vos, Jesús mío, sólo Vos sois mi Señor, mi Dios, mi hermano, mi esposo. ¡Si pudiese transformar todos mis miembros, mi lengua, mi carne... en amor, y no ser más que amor, para poder encontrar vuestras bondades, vuestro inmenso amor...!

¿Qué me importa a mí del mundo, con tal que Vos os deis realmente a mi alma, y pueda estrecharos contra mi pecho, amaros, y gozar de la intimidad de vuestra presencia? Muy feliz me hubiera sentido si hubiera tenido la dicha de recoger y conservar una sola gota de la sangre que brotó de la herida de vuestro costado: y ahora recibo en mi boca, en mi corazón y en mi alma toda vuestra sangre preciosa que los ángeles adoran en el cielo.

¡Oh Sacramento de amor! ¡cáliz de dulzura inefable! ¡Qué dicha más grande, Señor, la de recibir vuestra caridad y de transformarse en ella por la gracia! Ya no deseo veros directamente y sin velos, porque tengo bastante con la fe, que es superior a los sentidos y a la inteligencia, porque ya os poseo con toda seguridad, porque nada me falta, porque nada me queda que desear.

Quisiera alabar dignamente y glorificar la grandeza de vuestra Sabiduría y los ricos tesoros de Vuestra ciencia. ¡Oh amor de inmensa profundidad!, ¡oh pensamiento sublime, alimento purísimo Sacramento inefable! ¡Señor!: si tan grande, tan incomprensible, tan admirable os mostráis en vuestras dádivas y en las efusiones de vuestra gracia y de vuestro amor, ¿qué tal seréis Vos en vuestra misma esencia?

Prepárate, alma mia, prepara cuidadosamente el aposento que ha de ser para un Rey tan excelso, prepara tu corazón para recibir a un huésped tan cariñoso, prepara tu amor para un esposo tan puro y tan encantador. Préséntate a él con gran humildad, y con todo el respeto de que seas capaz.

CAPITULO XXVI

La preparación para comulgar

Discípulo.— Reconozco vuestro amor, ¡Sabiduría divina!, vuestra bondad, y vuestra grandeza en el Sacramento de la Eucaristía pero precisamente por esto he de confesar que en manera alguna seré capaz de recibiros dignamente, si Vos antes no me enseñáis.

Sabiduría.— Acércate a mí con el respeto y humildad que mi divinidad se merece, alójame en tu alma sin que ni por un momento olvides que estoy allí, mírame y trátame como la esposa querida que ha elegido tu corazón. Procura tener hambre de esta comida celestial, para que frecuentemente puedas comerla.

El alma que desea concederme el hospedaje de una vida retirada, y gozar de la intimidad de mis caricias, debe estar purificada y libre de toda vana preocupación, muerta a sí misma y a todos los afectos terrenos, adornada de todas las virtudes, con las rosas rojas de la caridad, las violetas aromáticas de una humildad profunda, y el lirio blanquísimo de una pureza inviolable. De este modo me prepararás en tu corazón un lecho blando y regalado, porque yo siempre coloco mi morada en la paz.

Sea yo el objeto de tus deseos y de tus pensamientos;

pero mira que tu amor sea todo mío, todo, sin reserva, porque huyo de las almas que aún aman la tierra, como el pobre pajarito huye del gavilán. Cántame los cánticos de Sión para engrandecer las maravillas de mi bondad es este admirable Sacramento, procurando que todas tus alabanzas sean salidas del corazón.

Por mi parte, te corresponderé a tus ternuras con ternuras nuevas, te haré gozar de una paz verdadera, te concederé una visión clara de mí mismo, una alegría pura, una dulzura inefable, un adelanto de la bienaventuranza. Estos favores los concedo solamente a mis amigos que saben exclamar transportados al recibir mis favores secretos: *¡Verdaderamente que eres un Dios oculto!*

Discíp.— ¡Ay de mí! ¡Cuántas veces he cogido estas rosas, y no he percibido su olor; y me he paseado entre estas flores hermosas, sin verlas siquiera; y he recibido este bálsamo divino sin que haya conocido su influjo! Sí, muchas veces ha caído sobre mí este rocío fecundo, y he continuado siendo una rama marchita y seca.

¡Oh Jesús mío, huésped amoroso de las almas puras! ¿cuántas veces he comido el Pan de los ángeles sin deseo alguno?

Si hubiera tenido que recibir a un ángel, lo hubiera hecho con profundo respeto; y tratándose del Rey de reyes, ni siquiera he notado su presencia. Me pesa de haberme conducido ante vuestra presencia eucarística con tan poco respeto, con tanta frialdad, con tanta ignorancia; de haber estado tan lejos de Vos con el corazón mientras que tan cerca os tenía con el cuerpo.

Al mismo tiempo que me visitabais, y fijabais vuestra mirada tierna y afectuosa sobre mi alma, yo estaba distraído pesando en otras cosa, sin temor de vuestra soberana majestad; siendo así, Jesús mío, que lo correcto en este caso, lo justo, era que todo mi ser fuera para Vos, que os ofreciese todos mis servicios, mis deseos, mi corazón que

diera rienda suelta a mi amor, que os alabase y os diese rendidas gracias.

En reparación de todos mis descuidos y faltas, me postro a vuestros pies divinos; y en presencia de todos los ángeles que os adoran en este augusto Sacramento, os reconozco y confieso mi Dios, mi Señor, la Sabiduría eterna, el Verbo encarnado, el hombre perfecto que reina en la gloria; y os suplico que me perdonéis mis distracciones e irreverencias. ¡Señor, que mis lágrimas lleguen a mover vuestra misericordia!; ¡qué olvidéis todas las faltas que he cometido contra el Sacramento de vuestro amor!

CAPITULO XXVII

La Comunión frecuente

Discípulo.— Ahora, Sabiduría eterna, tenéis que decirme qué bienes acarrea vuestra presencia eucarística al alma fiel que os recibe con deseo y con amor.

Sabiduría.— ¡Hijo mío!; esta pregunta no es digna de un corazón que ama. ¿Qué cosa mejor y más grande que yo mismo? ¿y qué puede ya desear uno que está unido al objeto de su amor ¿Puede rechazarlo un corazón amante, cuando se le ofrece. En este Sacramento me doy a ti, y te atraigo a mí; encontrándome a mí te pierdes a ti mismo para convertirte en mí.

¿Qué hace la apacible primavera sobre los campos y jardines, una vez que han cesado las heladas y las nieves y los vientos y todos los rigores del invierno? ¿Qué hace el resplandor de las estrellas en la obscuridad de la noche? ¿Qué hacen los rayos del sol en el aire diáfano? Conmigo llevo todos los bienes al alma que me recibe con amor.

Mi cuerpo glorioso es más encantador que la primavera, mi alma más refulgente y her mosa que las estrellas, y mi Divinidad más esplendorosa y rica que infinidad de soles.

Discíp.— Pero yo, Señor, no siento las dulzuras que decís Después de la Comunión me quedo seco, frío, insensible: soy como un ciego que nunca ha visto la luz del sol. Yo quisiera que me dieseis señales más claras, pruebas más evidentes de vuestra presencia.

Sabid.— La fe es más pura y más meritoria cuando menos señales y pruebas la acompañan. No soy en este Sacramento una luz exterior que se perciba con los sentidos, sino un bien tanto mayor cuanto es más interior y está más escondido. Los seres vivos crecen, y tú no lo conoces hasta que el fenómeno está ya cumplido. Mi virtud es oculta, mis gracias no se sienten, mis dádivas espirituales llegan al alma sin que ella las vea ni las sienta.

Soy pan de vida para las almas dispuestas; pan del todo inútil para los negligentes; y una desgracia temporal y muerte eterna para los indignos, para los que están en pecado mortal.

Discíp.— Vuestras palabras, Señor, me revelan muy claramente lo difícil que es prepararse para recibir dignamente Sacramento tan soberano.

Sabid.— Nunca ha sido capaz de recibirme dignamente ningún hombre mortal. Aunque poseyeses toda la santidad de los bienaventurados del cielo y toda la pureza de los ángeles, no por esto serías aún digno de tan grande honor.

Mas no te desanimes: haz lo que puedas, que no te pido más. Yo supliré lo que falte a la debilidad humana. Un enfermo debe confiar siempre, y atenerse a las prescripciones del médico, hasta que haya recobrado la salud.

Discíp.— ¿No sería mejor, Señor por respeto y aún por prudencia el no acercarse con tanta frecuencia a vuestro Sacramento?

Sabid.— Si notas que aumenta en tu alma la gracia y el deseo de este manjar divino, debes recibirlo con la mayor frecuencia. Si crees que comulgando no adelantas nada, si sientes sequedad, hastío, indiferencia, no por esto te asustes: procura prepararte lo mejor posible. No dejes la sagrada Comunión, porque cuanto más te unas conmigo tanto mayor y más eficaz será tu enmienda.

Mira que vale más comulgar por amor, que abstenerse por temor; y que la salvación del alma está mucho más segura en la fe sencilla, en la sequedad y en las penas interiores, que en las dulzuras y alegrías del espíritu.

Discíp.— ¿Y no podría uno abstenerse por temor, pero comulgar espiritualmente?

Sabid.— Dime: ¿No vale más recibirme a mí y a mi gracia que no recibir mi gracia solamente? ¿No es preferible poseer además de mi gracia, mi presencia real?

CAPITULO XXVIII

Las alabanzas divinas

Alaba al Señor, alma mía: yo le alabaré toda mi vida (Salmo CXLV, I).

A) Deseos de alabar a Dios

Discípulo.— ¡Oh, Señor!: ¿Quién me dará fuerzas para decir lo que siente mi corazón? ¿Cómo podré bendeciros y alabaros según mis deseos? ¿Cómo celebrar dignamente durante mi vida al Señor de la majestad que tanto ama a mi alma? ¡Ojalá que de mi corazón brotasen las armonías de todos los instrumentos musicales, que mi voz repitiese todos los cánticos que hasta esta hora se han cantado en

honor de Dios! ¡Ojalá que los acentos de mi reconocimiento llegasen a alegrar a toda la corte del cielo! Ya veo, Jesús mío, que soy indigno de alabaros. Lo único que ambiciona mi alma es que por mí os alaben los cielos con sus planetas, sus estrellas, su luz y sus esplendores; que por mí os alabe la tierra con toda la hermosura de sus rosas y con la riqueza de todas sus flores.

Si tuviese los pensamientos y los deseos de las almas puras y santas, con qué entusiasmo ¡oh Sabiduría eterna!, ¡oh Jesús mío! con qué ardor no glorificaría vuestro nombre santo.

Cuando acomete a mi corazón el pensamiento y el ímpetu de alabaros, languidezco de amor y de ventura; y en mi embriaguez de amor, pierdo el uso de la palabra, pues comprendo que Vuestra Majestad soberana está muy por encima de toda alabanza. Y para suplir lo que a mí falta me dirijo a las criaturas más hermosas del cielo, a los espíritus más puros y sublimados del Paraíso, y me encuentro con que la misma eternidad es demasiado breve para que en ella pueda debidamente celebrarse vuestra grandeza.

El orden admirable del universo, el espacio con sus inmensidades, los bosques, las campiñas, los montes y los valles, regalan mis oídos con el concierto magnífico que forman en vuestro honor. Oigo cómo todas las beldades del cielo y de la tierra dicen sin cesar: «¡Cuán digno de amor y de adoración es el Señor que nos ha creado! Amale, adórale, porque El es la fuente de toda hermosura. Y si este Dios tan magnífico, tan hermoso, tan sublime, se une a tu alma como el objeto de sus amores, ¿cómo podrás no morir de amor?

¡Oh Jesús mío! ¡Sabiduría Eterna! Consoladme, y enseñadme lo que he de hacer.

* * *

B) Las alabanzas más aceptas a Dios

Sabiduría.— ¿Qué es lo que deseas?, ¿aprender a alabarme dignamente?

Discíp.— ¿Por qué me preguntáis, Señor? Conocéis perfectamente los corazones, y sabéis bien que el mío arde en un deseo único, el deseo de alabaros y bendeciros, el deseo que me ha obsesionado desde los días de mi infancia.

Sabid.— Para alabarme se necesita mucha rectitud, mucha justicia y mucha santidad.

Discíp.— ¡Oh Jesús dulcísimo! Mi justicia y mi santidad no están en mí, sino en vuestra misericordia infinita. Estoy muy convencido de mi indignidad y de mi vileza, y confieso que mejor estaría en mí llorar mis pecados ante vuestro acatamiento, que no celebrar vuestras alabanzas. ¡Señor!, que vuestra Bondad infinita no desdeñe a este pobre gusanillo de la tierra y me ayude a satisfacer mis deseos. También los ángeles y los querubines os alaban sin cesar, y ni ellos podrían sin vuestro auxilio más de lo que puede la menor de las criaturas.

Vos ninguna necesidad tenéis de nuestras alabanzas, pero no hay cosa que tan bien cuadre a vuestra Bondad infinita, como dar benévola acogida a los desgraciados, y el dejaros alabar aún por los indignos.

Sabid.— No hay criatura que pueda dignamente alabarme; y sin embargo, todos los seres, pequeños y grandes, están obligados a alabar a su criador, cada uno a su manera.

Cuanto más unido estoy a una alma, tanto más merezco sus alabanzas; y las que me son más gratas, son las alabanzas que se parecen a las que me tributan los moradores del cielo. Son alabanzas desprendidas de las nubes de la tierra, brotadas de corazones unidos a mí por una piedad verdadera y un sincero amor.

Más me complacen las alabanzas de la meditación, de un oculto desahogo del corazón, que todos los cánticos que puedan salir de bocas y labios humanos... Una alma que se concentra en sí misma, que no desea ser amada ni conocida de nadie, que se considera la más vil criatura del mundo, que se goza de ser tan pequeña, me encanta más que todos los conciertos y armonías imaginables. Este lenguaje, el de la humildad, dirigí yo al Padre cuando estuve pendiente de la Cruz, desfigurado, ultrajado, escarnecido, y agobiado por las congojas de la muerte.

Me repugnan las alabanzas que no salen del corazón, y no admito las que se me dirigen en el tiempo de la prosperidad, y enmudecen en el tiempo de la desgracia. La alabanza verdadera y sincera que sube hacia mí como incienso aromático, es la que incluye a un mismo tiempo los afectos del corazón, las palabras y los actos; y esto lo mismo en la adversidad que en la alegría. Porque el que en el tiempo de la adversidad me bendice, da a entender que me ama de verdad, más que a sí mismo. Esta es para mí la más perfecta de las alabanzas.

Discíp.— ¡Jesús misericordiosísimo!: Yo no suelo pedir cruces y aflicciones; al contrario, suelo evitarlas. Pero ahora, contando con vuestra misericordia, me pongo en vuestras manos con toda la sinceridad de mi corazón, y me ofrezco para ser el instrumento de vuestras eternas alabanzas. Ya sé que la renuncia total y perfecta de mí mismo no puedo hacerla con todas mis fuerzas, y que de Vos ha de venirme. Si os agrada, pues, que sea despreciado por todos los hombres, injuriado, que me escupan en la cara, que me atormenten hasta morir; con vuestro auxilio, todo esto sufriré gustoso para mayor gloria de vuestro nombre, si es que soy inocente; y si soy culpable, aceptaré todos estos tormentos para satisfacer a vuestra justicia, la que preferiré siempre a mi honor y reputación.

Hágase en mí lo que vuestra misericordia disponga;

que yo, como el buen ladrón, me volveré a Vos y os diré: «Señor, la verdad es que yo bien merecido tengo lo que padezco mas Vos, ¿qué mal habéis hecho? Acordaos de mi, Señor, en cuanto hayáis llegado a vuestro Reino». Si mi muerte puede ser de algún provecho en estos momentos, por mí que no se retarde un instante más; porque sólo deseo que los años y los meses, y las semanas, y los días, y las horas y los minutos todos de mi vida sean para celebrar vuestras glorias, como son celebradas en los esplendores de los santos: y esto no una vez, cien veces, mil veces, sino tantas como son las estrellas del cielo, o como son los átomos que se perciben en los rayos del sol.

Esto es lo que yo querría hacer, si Dios me diese la longevidad de los antiguos patriarcas; y lo mismo si después de mi muerte tuviera que estar cincuenta años entre las llamas del Purgatorio, me sería de gran contento el honraros y alabaros con todos y cada uno de mis tormentos. Me postraría en tierra, y os diría: Bendito sea el fuego del Purgatorio, que realiza en mí vuestra gloria.

Cierto, Señor: no ambiciono nada para mí. Sólo deseo, quiero y procuro cumplir vuestra voluntad; de tal modo, que si tuviera que ir al infierno, por vuestra gloria sufriría gustoso los tormentos eternos, y si me viera del todo privado de la visión de los bienaventurados no me quejaría con tal que con mis dolores pudiera expiar todos los pecados del mundo y todas las injurias que se os han inferido, y juntamente adorar y glorificar a vuestra bondad infinita y a vuestra majestad soberana. Así vuestras alabanzas brotarían hasta del abismo, y de mi pobre corazón atormentado, y resonarían en los infiernos, en la tierra, en los aires; y subirían hasta Vos, hasta las alturas de vuestra gloria. Mas, ¿quién habrá que en el infierno os bendiga?

Haced de mí, Jesús mío cuanto vuestra gloria exija: yo continuaré bendiciéndoos hasta mi último suspiro y aun

cuando la muerte apague mi voz, quiero y deseo que los movimientos de mi cuerpo, de mis manos, que los latidos de mi corazón os bendigan, que en mi último momento todo mi ser os diga todavía y para siempre: Santo, santo, santo; *sanctus, sanctus sanctus*. Cuando mis carnes estén reducidas a polvo, quiero que todas las partecitas de él canten vuestras alabanzas, que sean transportadas a los desiertos, a los espacios, hasta vuestra presencia..., y que no se cansen en su movimiento ni en su canto hasta el fin de los tiempos.

Sabid.— Persevera en estos santos deseos de mi alabanza, porque tu celo es muy agradable. Haz que tu boca me bendiga para así enfervorizar tu corazón. Comienza ya en esta vida los cánticos de gloria que has de continuar cantando en la eternidad.

* * *

C) Las alabanzas continuas

Discíp.— Lo deseo tan de veras, Señor, que no quiero vivir un solo momento sin alabaros. Ya sabéis cuántas veces me quejo de la brevedad de las noches, y digo al cielo: ¿Por qué aceleras tu curso?: detente un poco y prolonga la obscuridad de la noche para que pueda satisfacerme y alabar todavía más a mi dulcísimo Salvador. Y cuando me distraigo de vuestras alabanzas y luego vuelvo en mí, me parece que hace siglos que no he bendecido a mi Jesús. ¡Bendícele sin cesar, pobre corazón mío! Y, Vos, Sabiduría Eterna, enseñadle a que así lo haga, siempre, siempre, sin interrupción.

Sabid.—El que evita el pecado y practica la virtud, ese es el que incesantemente me alaba. Pero ya que tú quieres practicar una alabanza aún más perfecta, has de saber que toda alma pura y absorta e el pensamiento de las co-

sas del cielo, limpia de toda mancha, libre de todo deseo, elevada sobre las cosas terrenales, y que encuentra en mi divinidad una paz tan grande que no piensa sino en permanecer unida a mí, esta alma me alaba siempre, porque sus sentidos están como deslumbrados por la luz que la envuelve, y su forma terrena está revestida de la naturaleza espiritual de los ángeles. Cualquier obra que haga interior o exterior, ya sea que medite, que ore, que trabaje, que coma, que duerma, que vele, la menor de sus acciones es una alabanza pura y agradable a Dios.

Discíp.— ¡Con qué sencillez me enseñáis, Señor, a alabaros de una manera perfecta! Decidme cuál ha de ser la ocasión la materia de mis bendiciones y alabanzas.

Sabid.— ¿Por ventura no soy yo la fuente de todo bien, y no pende de mí la felicidad de toda criatura?

Discíp.— Pero mi inteligencia, Señor, no llega a vuestra bondad. Celébrarla los cedros del Líbano, los espíritus angélicos; pero yo, que comparado con ellos no soy sino un ser vil y miserable, yo no puedo alabar a la fuente de todo bien, y adorar vuestra esencia infinita como debe ser adorada.

Para satisfacer el deseo que tengo de hacerlo, me contentaré con recordar a los ángeles su dignidad y las excelencias de su naturaleza, porque cuanto más ensalzados se vean en la gloria, tanto más obligados se verán a celebrar a vuestra soberana Majestad con magníficas alabanzas. Para ellos yo seré algo así como el pájaro chillón que provoca al ruiseñor a prorrumpir en sus gorjeos sublimes.

Me recogeré en mí mismo, meditaré los beneficios que habéis concedido a mi alma, y os bendeciré y os daré gracias fervorosas. Cuando pienso bien los muchos males y peligros de que nos habéis librado, me quedo admirado, y no sé por qué no me deshago en muestras de gratitud. ¡Oh Señor, con cuánta paciencia me habéis esperado, y qué bueno habéis sido al recibirme, y qué amoroso os habéis

mostrado en vuestros llamamientos interiores, y qué tierno en atraerme y unirme a Vos, a pesar de mi resistencia y de mis ingratitudes! ¿Cómo no bendeciros con toda mi alma, pues tantos son los beneficios que de Vos tengo recibidos?

Sí, Señor: deseo alabaros como los ángeles, cuando después de la caída de los rebeldes se vieron confirmados en gracia como las almas del Purgatorio en el momento de su libertad, cuando entran en el cielo y empiezan a gozar de vuestra presencia. Para bendeciros quisiera disponer de todos los cánticos que los elegidos de la celestial Jerusalén os cantarán hasta el día del juicio, en que se les separará de los réprobos, y se sentirán definitivamente seguros en su eternidad bienaventurada.

Pero deseo que me digáis, Señor, cómo he de ordenar a vuestra gloria los actos de la naturaleza buenos o indiferentes.

* * *

D) La santificación de todos los actos

Sabid.— En esta vida mortal, el hombre no puede distinguir entre la naturaleza y la gracia, y por esto lo que debe hacer en el momento en que se siente en su cuerpo o en su alma algún deseo algún placer, alguna satisfacción, es recogerse dentro de sí mismo y encaminarlos a Dios para que él los purifique y los ordene a su gloria. El los transformará, pues es el Señor de la naturaleza y de la gracia: y de este modo las obras de la naturaleza se elevan sobre sí mismas y se convierten en obras de gracias.

Discíp.— Lo que a mí me aflige y me distrae de vuestras alabanzas son las sugerencias del diablo, las tentaciones de impiedad, de blasfemia, de infidelidad, los malos

pensamientos que él trae a mi alma, Enseñadme cómo he de valerme de todo esto para alabaros.

Sabid.— Volviéndote a Dios en todas las tentaciones del enemigo, y diciéndole: Señor, siempre que me tienten los espíritus malos, quiero alabaros como ellos os hubieran alabado si hubieran perseverado en el bien, y recompensaros de este modo de los honores de que os privó su caída.

Discíp.— Verdaderamente, Señor, que todo aprovecha para los que os aman, pues hasta las tentaciones del demonio les sirven para ayudarles a bendeciros y alabaros. ¿Qué alabanzas, pues, os daremos por toda la hermosura y magnificencia de que el mundo está lleno?

Sabid.— Cuando observes la vida de aquí abajo, la actividad de las grandes ciudades, la fortaleza y hermosura del hombre, la belleza y encantos de la mujer, levanta a Dios tus pensamientos, y dile con todo tu corazón: ¡Oh, Jesús mío!: salúdeos y bendígaos por mí la multitud incalculable de hermosísimos ángeles que os rodean y os sirven; glorifiquen a vuestra Majestad por mí los deseos y afectos amorosos de los santos, y la armonía sublime de las criaturas que llenan el universo.

Discíp.— ¡Oh, infinita Sabiduría!: me llenáis de gozo, me estáis dilatando el corazón, enseñándome de este modo a alabaros. ¿Cuándo se terminará este destierro?: ¿cuándo os cantaré, en compañía de los santos, aquellos cánticos de perfección cuyo embeleso y cuya continuación nadie puede estorbar?

Es un ansia devoradora, Jesús mío: porque, ¿cómo he de aspirar a Vos, que sois la única alegría de mi corazón? ¿Hay algún hombre amante en el mundo que no haga todos los esfuerzos posibles por llegar a poseer el objeto de su amor?

Ya sabéis, Jesús mío, que en vuestras manos me he abandonado. Mi alma no ama sino a Vos, ni busca, ni

quiere sino a Vos: y cuando no os encuentra tiene por necesidad que llorar y que padecer.

Sabid.— Entra, pues, en el jardín de mis alabanzas, para que en él te consueles. El alabarme siempre con alegría y paz en el corazón es el preludio, un adelanto de la eterna ventura.

Nada como mis alabanzas para iluminar las inteligencias, suavizar las cruces, vencer a los espíritus malos, ahuyentar la tristeza y el hastío, tranquilizar y hermosear a las almas.

Si tú me alabas con tus palabras, tus cánticos, tus inspiraciones, tus meditaciones y tus obras, conseguirás el perdón de tus pecados, te enriquecerás con mis gracias, edificarás a tus prójimos, consolarás a las almas del Purgatorio, gozarás de la compañía de los ángeles, me serás a mí muy querido, y luego tendrás una muerte tan santa y tan dichosa como lo haya sido tu vida.

Discíp.— ¡Sea mi corazón una llama ardorosa que se consuma en vuestras alabanzas, que se una al amor de todos los santos, de todos los serafines del cielo y a la caridad infinita que el Padre siente por Vos, su Hijo único y amadísimo...!

CAPITULO XXIX

Dios es una esencia simplicísima

Discípulo.— Ahora, Sabiduría eterna, tenéis que enseñar a vuestro discípulo cómo debe resignarse en manos de Dios y descansar en El. Os suplico me digáis cómo podré conseguir esto.

Sabiduría.— Cualquier alma puede volver a su origen

que es Dios, si comprende la unidad del mismo; es decir, que Dios es el primer principio de todo lo que es, y que es una esencia incomprensible, y sin nombre, toda vez que lo que no puede comprenderse no puede nombrarse adecuadamente. Y así todo lo que la inteligencia humana atribuye a Dios y afirma de El, es nada. Solamente la negación puede definirle, porque Dios no es ninguna de sus criaturas, sino una esencia infinita, impenetrable, superior a todo lo creado; un espíritu que posee la plenitud del ser, que es en sí y por sí el principio y fin de todas las cosas.

Aquí en este océano es donde empiezan y donde acaban los hombres justos y resignados en Dios. Olvídense de sí mismos, y se pierden en Dios por medio de un abandono sobrenatural y perfecto.

Discíp.— Siendo Dios una esencia simple, ¿cómo es que le damos los nombres de Sabiduría, Justicia, Misericordia...? ¿Cómo se compagina esta multiplicidad de nombres con la absoluta unidad de su esencia?

Sabid.— Esta multitud de atributos o nombres aplicados al ser divino son una unidad perfecta.

Discíp.— ¿Qué es el ser divino?

Sabid.— Es la fuente de donde salen todas las emanaciones divinas y todas las comunicaciones de lo alto.

Discíp.— ¿Cuál es esta fuente, Señor?

Sabid.— La facultad y poder omnipotente.

Discíp.— ¿Y qué es esta facultad o poder?

Sabid.— La misma naturaleza divina, en la cual el Padre es el principio del ser, de la generación y de la operación.

Discíp.— ¿No son una misma cosa Dios y la Divinidad?

Sabid.— Sí, la misma; pero la Divinidad no engendra ni obra, sino que quien engendra y obra es Dios y de aquí proviene la diversidad de personas que la inteligencia hu-

mana distingue de la esencia divina, si bien en sí son una misma cosa, puesto caso que en la naturaleza divina no hay más que una esencia. Las relaciones de las personas, por otra parte, nada añaden a esta esencia, si bien es cierto que se distinguen entre sí.

La naturaleza divina no es más simple en sí misma que en el Padre o en el Hijo o en el Espíritu Santo.

La imaginación engendra en la contemplación de este misterio, porque hay que conocerlo a la manera de las cosas creadas.

Discíp.— ¡Oh, qué simplicidad más incomprensible! Decidme, eterna Sabiduría ¿qué eran en Dios las cosas antes de que fueran creadas?

Sabid.— Estaban en Dios como en un ejemplar o modelo eterno.

Discíp.— ¿Y qué es este ejemplar eterno?

Sabid.— Es la misma esencia de Dios en cuanto se comunica y se da a conocer a las criaturas.

En la idea eterna, las cosas creadas no son distintas de Dios, sino que participan de su esencia, su vida, su poder; son Dios en Dios, se confunden con Dios, y no son inferiores a El.

Pero desde que salen de Dios por la creación, tienen ya una forma, una substancia, una esencia particular y distinta de Dios: y de este modo, en su origen de Dios son Dios por parte del principio de donde proceden, y en cuanto criaturas tienen a Dios por Creador.

Discíp.— ¿Es más noble y más elevada la esencia de la criatura en Dios que en sí misma?

Sabid.— La esencia de la criatura en Dios, no es criatura. La creación para las cosas es más útil que la esencia que tenían en Dios, porque la criatura no se confunde eternamente con Dios, sino que por medio de la creación Dios ordena divinamente todas las cosas creadas; ellas penden naturalmente de su principio, y como proceden de Dios, a Dios vuelven.

Discíp.— Pues entonces, ¿de dónde proviene el pecado, la maldad, el infierno, el Purgatorio, los demonios, si es cierto que toda criatura de Dios procede y a Dios vuelve?

Sabid.— Las criaturas inteligentes y libres también deben volver a su principio, que es Dios; pero muchas no lo hacen, sino que se paran en sí mismas por un acto voluntario de orgullo y de locura. De aquí los demonios, el infierno y toda maldad.

CAPITULO XXX

El hombre debe volver a Dios

Discípulo.— ¿Qué ha de hacer el hombre para volver a Dios y recobrar la felicidad perdida?

Sabiduría.— Pues ir por Jesucristo, que es verdadero Dios y verdadero hombre, el cual, por su incomprensible dignidad y por los méritos de su Pasión y de su muerte, es el apoyo principal y único de los méritos de los santos, y se ha constituido Cabeza de la Iglesia.

Todos los que quieran volver a Dios y hacerse hijos del Eterno Padre, han de abandonarse a sí mismos y convertirse a Jesucristo de corazón, para así conseguir la unión beatífica de la gloria.

Discíp.— Y ¿en qué consiste esta conversión perfecta a Dios por medio de Jesucristo?

Sabid.— Atiende cuidadosamente a lo que te diré. El hombre debía vivir en su centro, que es Dios. De este centro salió por excesivo amor que se tuvo a sí mismo y a las criaturas, y de este modo usurpó un derecho del Creador. Luego se apartó de Dios sin saber lo que se hacía, y se dio criminalmente a las criaturas.

Según esto, para volver a Dios lo que debe hacer es:

1.º Convencerse de la bajeza de su ser, el cual, separado de la omnipotencia de Dios es verdaderamente nada.

2.º Pensar que Dios fue el que creó y conserva su naturaleza, y que él no ha hecho sino mancharla de pecados; y que antes de volverla a Dios tiene que limpiarla de nuevo y purificarla.

3.º Rehacerse por un odio generoso a sí mismo, desprenderse de la multitud de amores terrenos que ocupan su corazón, renunciarse por completo a sí mismo y abandonarse a la voluntad de Dios en todo, lo mismo en las alegrías que en los sufrimientos, lo mismo en el trabajo que en el descanso.

Y mira que esta renuncia debe ser perpetua, para no apartarse más de Dios, y para estar siempre con el espíritu unido a Jesús, de tal modo que por El y según El juzgue y haga todas las cosas, y pueda exclamar con San Pablo: *Vivo, pero no soy yo quien vive, sino que es Cristo el que vive en mí.*

Esto es lo que significa el abandonarse en Dios. Déjate pues, a ti mismo, no para destruir o aniquilar la naturaleza, sino para desapropiarte de ella y despreciarte por amor de Dios. Así es como podrás ser feliz.

Discíp.— ¿Por qué seré feliz Señor, haciendo esto?

Sabid.— Porque disfrutarás de las delicias del Paraíso, y a la vez gozarás, no en la realidad pero sí por una semejanza, la felicidad suprema de los santos que de tal modo están absortos en Dios que no piensan ni se acuerdan nunca de sí mismos.

Discíp.— Y ¿cómo están los santos en el cielo?

Sabid.— Viven en un arrobamiento divino e inefable. Así como uno que está embriagado no es dueño de sí mismo, los bienaventurados se entregan a Dios tan en absoluto, que tampoco son dueños de sí mismos, ni pueden recobrase. Viven siempre con Dios transformados en él

para siempre, lo mismo que se transforma y pierde su sabor y su color una gota de vino arrojada a la inmensidad del océano.

Discíp.— ¿Los santos, según eso, pierden su propia naturaleza y su esencia?

Sabid.— No es eso; sino que no sienten deseo alguno humano, pierden por completo el uso de su voluntad abismándose en la voluntad divina, y no pueden querer más que lo que Dios quiere.

Su naturaleza y su esencia permanecen las mismas, pero adquieren otra forma, otra gloria, otro poder, por estar unidos con la esencia divina y hechos una cosa con ella, no por naturaleza sino por gracia. Una luz inefable y una fuerza irresistible les hace querer siempre lo que Dios quiere.

Estos dones del cielo se conceden a todos los bienaventurados en premio de la renuncia absoluta que de sí mismo hicieron, y de su total abandono en Dios.

Discíp.— ¡Ay, Jesús mío!: este abandono es más para admirarse que para ser imitado. ¿Quién hay que en esta vida se olvide de sí, y esté del todo indiferente a la prosperidad o a la desgracia?

En esta vida mortal es difícilísimo el amar a Dios con toda pureza sin sentir las propias inclinaciones y prescindiendo siempre de la propia voluntad.

Sabid.— Yo no te llamo al abandono de los santos, puesto que tú ni entenderlo puedes, porque te lo impiden las necesidades e imperfecciones de la naturaleza. Pero al menos, aprende el abandono de mis fieles servidores, que es una semejanza e imitación del de los santos del paraíso.

Entre mis escogidos hay almas piadosas que viven completamente olvidadas del mundo y de sí mismas, y que tienen una virtud estable, inmutable, y como si dijéramos, eterna como Dios. Estas almas, por medio de la

gracia, se han transformado en la imagen y en la unidad de su principio, y así como Dios no puede hacer nada que no sea para su propia gloria, así ellas no piensan más que en Dios, ni aman, ni quieren más que a Dios y su santa voluntad.

Este estado de propia anegación y de unión con Dios se perfecciona en el cielo mas aquí en la tierra se encuentra solamente entre algunos de mis más fervorosos siervos, y esto en grados diferentes según que se les comuniquen más o menos los tesoros de mi gracia.

CAPITULO XXXI

La verdadera renuncia de sí mismo

Discípulo.— Mostradme, Sabiduría Eterna, cómo padecen y cómo mueren esos vuestros siervos que ya en la tierra se abandonan perfectamente en Vos. Yo me pienso que llevan una vida muy pura, que guardan los consejos evangélicos, y que aspiran siempre a lo más perfecto.

Sabiduría.— Es de todo punto imposible abandonarse en Dios sin observar perfectamente la ley y sin una grandísima pureza de corazón. Porque el alma que se ama a sí misma y que ama a las criaturas, ni tiene la pureza de mi amor ni podrá nunca renunciar a su voluntad propia.

Mis siervos viven siempre con gran perfección sin apego a sí propios, ni en las cosas exteriores ni en las interiores, libres en su cuerpo y en su espíritu de toda propiedad. En las tentaciones son tan valientes y decididos que desprecian los sufrimientos y los reputan por nada. Están siempre dispuestos a la muerte, y no sólo la reciben resignados cuando Dios se la envía, sino que la quieren,

la desean más que todos los tesoros de la tierra, y no quisieran por nada de este mundo salirse por un solo instante de lo que les diga mi voluntad.

Discíp.— Y para esta vida de perfecta abnegación, ¿qué es preferible, la contemplación o la acción?

Sabid.— Las dos cosas deben ir juntas... ¿De qué serviría el investigar qué es la virtud, qué es la unión, la renuncia de sí mismo, si por otra parte no se combate a la naturaleza ni se la libra del pecado domando sus pasiones si no se pone en práctica la virtud misma? En ese caso, quien más estudia es quien más pierde, porque el hombre se paga de su ciencia, no vela sobre sí, y llega a usar de una libertad que es muy encantadora pero también muy engañosa.

Discíp.— Eso es un abuso de la ciencia, y no hay por qué extrañarse si muchos sabios se pierden. De lo que no se puede abusar es de la vida austera y de los rigores de la santa penitencia.

Sabid.— Es verdad; pero con tal que lo exterior corresponda a lo interior, pues ya sabes que personas exteriormente muy mortificadas, no llegan a abandonarse en manos de Dios.

Discíp.— ¿No es ya el sufrimiento una imitación de Jesucristo y de su Cruz?

Sabid.— Sería mejor decir, una apariencia de imitación. Estas personas no quieren de verdad conformarse con la vida de Jesucristo, que fue la misma dulzura y la misma humildad, pues que ellas zahieren y juzga al prójimo con mucha facilidad, desprecian y aun condenan a cuantos no viven como ellas y si quieres conocerlas de una vez, no tienes más que herirlas en la voluntad o en su reputación, y verás como están llenas de orgullo y viven en una perpetua intranquilidad.

Me parece que está bien claro el que estas almas no han llegado aún a la renuncia de sí mismas, como Cristo

la enseña, ni se han abandonado jamás de verdad en las manos de Dios, ni han muerto a sí mismas y a sus propios deseos. Bajo las apariencias de una vida austera conservan vivas las pasiones, fomentan y procuran siempre su voluntad propia.

CAPITULO XXXII

La unión del alma con Dios¹

Discípulo.— ¿Pues de dónde les viene a los escogidos su renuncia exterior e interior en Dios, y el unirse a El en una unidad perfecta?

Sabiduría.— De la generación y de la filiación de Dios, porque todos mis verdaderos siervos son hijos de Dios; pues ya dijo San Juan: *Se ha concedido el poder ser hijos de Dios a todos los que de Dios han nacido.* Además, por la gracia participan de la naturaleza y de la acción de Dios, pues el Padre produce hijos semejantes a sí.

El alma justa que se abandona en Dios para unirse con El, que es eterno, triunfa del tiempo y posee una vida bienaventurada que la transforma en Dios.

Discípulo.— Pero no entiendo cómo tantas criaturas, dis-

(1) En el curso de estos dos capítulos terminales, podrán observarse frases como estas: El alma se une a Dios, se transforma en Dios, se pierde en Dios, no se distingue de Dios, etc... Su sentido queda perfectamente explicado por estas otras que abundan todavía más: El alma no se confunde eternamente con Dios; participa de la naturaleza y de la acción de Dios media un abismo entre el alma y Dios el alma conoce que es criatura; no pierde su esencia, ni su naturaleza, ni sus facultades no pierde el entendimiento y la voluntad sino que las ejercita bajo el influjo y la acción de Dios; el alma tiene la perfecta libertad de no querer más que a Dios, es decir, querer siempre el bien y nunca el mal, etc., etc... (Nota del traductor).

tintas todas, pueden tener en Dios una sola existencia. Siempre media un abismo infinito entre el alma justa y Dios, entre la criatura y el Creador.

Sabid.— Hijo mío; tú razones según los sentidos; pero si quieres llegar a conocer la verdad, por conocimiento natural, nunca lograrás entender lo que me preguntas; porque la verdad divina se conoce mejor sin estudiarla que estudiándola.

En Dios son una misma cosa el tiempo y la eternidad; y no hay diversidad entre el ser temporal de las cosas en sí mismas y la esencia de Dios. Elévate sobre los sentidos, y comprenderás todo esto.

El discípulo, entonces sufrió un raptó, y durante doce semanas estuvo privado de uso de los sentidos exteriores. No sabía si estaba en el mundo o fuera de él, porque mientras esta visión le duró, no sentía ni entendía más que un Dios único y simple, sin poder distinguir la multitud y variedad de las criaturas. Cuando la visión hubo terminado, le dijo la divina Sabiduría

Sabid.— ¿Qué te ha sucedido, amigo mío?; ¿dónde estás y qué has visto?; ¿no te había dicho yo la verdad?

Discíp.— Sí, Señor. Pero la verdad es que nunca hubiera entendido esto si no lo hubiese experimentado. Ahora me parece que ya sé hacia dónde tiende y hasta dónde llega la vida de un alma que se ha abandonado totalmente en vuestras manos. Los sentidos nos dan a conocer muchas cosas distintas, pero el espíritu las ve en Dios sin ninguna diferencia.

Sabid.— Es muy cierto, porque el alma puede llegar, por medio de la total renuncia de sí misma, a perderse en Dios, ganando mucho en este cambio de ser puede llegar a envolverse en la divina esencia, de tal modo, que no se distinga ya de Dios, y que lo conozca, no ya por imágenes, luces o formas creadas, sino en sí mismo.

Tú piensas que lo entiendes cuando le llamas Espíritu

Supremo, Inteligencia purísima, Esencia, Bondad, Poder, Amor, Felicidad....; pero con todo esto está más lejos de comprender a Dios que lo están los cielos de la tierra. Sucede que al llegar al centro de la Divinidad, que es la unidad de todas las cosas, se penetra y se comprende a Dios sin comprenderlo, porque se le comprende de una manera incomprensible; y el alma ya no se distingue de El. Pero tú eres aún incapaz de esta transformación tan maravillosa por la cual el alma, en el abismo de la Divinidad, se transforma en la unidad de Dios perdiéndose a sí misma y confundiendo con El, no en cuanto a la naturaleza, sino en cuanto a la vida y a las facultades.

Para el alma que entra en la eternidad, ya no hay pasado ni futuro; todo es presente. Para el que se transforma en la unidad de Dios, ya no hay distinción un solo ser, una sola felicidad. Es la gracia de una unión perfecta, inmutable, eterna, es la herencia, la gloria de los bienaventurados.

Durante esta vida mortal, no podéis llegar a estas fuentes de la felicidad: sólo os llegan unas partecitas de ella, apenas algunas gotitas, como prendas de que a aquella gloria estáis predestinados.

Discíp.— Decidme, ioh dulcísima Sabiduría! ¿cuál será la acción del hombre relativamente a Dios ¿Llega a perder sus potencias y sus operaciones?

Sabid.— No; pero cuando el hombre se abisma por completo en la unión con Dios y se hace una sola cosa con El, si bien es cierto que no pierde sus potencias puesto que no ha perdido su naturaleza, también lo es que no obra ya como hombre, pues todo lo ve y todo lo conoce en la unidad infinita.

Los filósofos consideran las cosas como dependientes de su causa natural; mis fieles servidores se elevan más que los filósofos, y las consideran como salidas de Dios, llevan al hombre de nuevo a Dios después de su muerte, si es que su vida se conformó con la voluntad divina y en

este cambio divino, en esta unidad soberana, se consideran a sí mismos juntamente con las demás criaturas, como juntas están todas en la eternidad.

Discíp.— Pues entonces, ¿cómo puede el hombre creerse criatura, si en la eternidad, en Dios, nada hay más que Dios? La misma naturaleza sería a la vez creada e increada.

Sabid.— En esta íntima unión sabe el hombre que es criatura, y que aún cuando no existía era semejante a su idea en Dios, y que no era sino Dios mismo, como lo dijo San Juan: *Lo que ha sido hecho era vida en El*. Yo no digo que el hombre sea criatura en Dios porque Dios no es más que Trinidad y Unidad; pero sí que el hombre existe en Dios de una manera superior e inefable, se hace una cosa con El, conservando al mismo tiempo su ser natural y particular. Este ser no lo pierde, pero lo disfruta divinamente toda vez que nada pierde, y en cambio adquiere lo que no tenía, una existencia divina.

Así verás cómo el alma en Dios permanece siendo criatura, y cómo, una vez que se pierde en este abismo de la Divinidad, no piensa en si es o no es criatura. Ella en Dios recibe su vida, su bien, su felicidad, todo cuanto es y estando así fija e inmóvil en El, cállase y descansa en aquel océano de infinita ventura, no contemplando otra esencia que la divina.

Cuando el alma sabe ver y contemplar a Dios, entonces sale, por decirlo así, de Dios, y se vuelve a encontrar a sí misma en el orden natural. Este conocimiento de Dios es el que se llama *Conocimiento vespertino*, porque por él las criaturas se distinguen de Dios, mientras que en el *Conocimiento matutino* el alma conoce en Dios sin imágenes, sin diversidad, como Dios es en sí mismo.

Discíp.— Dado que no hay relación alguna entre Dios y el alma, ¿cómo puede haber unión?

Sabid.— La esencia del alma se une a la esencia de

Dios, y las potencias y fuerzas del alma a la acción divina. Entonces es cuando el alma conoce que está unida con Dios el ser infinito que la hace feliz.

Discíp.— ¿Y puede el hombre llegar a esta unión durante esta vida?

Sabid.— Sí; mas no por los esfuerzos de su inteligencia, sino por un raptó divino que saca al alma de la esfera del tiempo.

Discíp.— Y en este estado de raptó, ¿puede pecar?

Sabid.— Si vuelve en sí, podrá pecar, mas no durante la unión, según lo que dijo San Juan: *Todo el que ha nacido de Dios no peca, porque la semilla de Dios permanece en él.*

Discíp.— ¿Y qué hace el alma en una unión tan elevada?

Sabid.— No puede hacer más que una cosa; porque la base de la unión es una sola, como la esencia divina.

Discíp.— ¿Pierde su entendimiento y su voluntad?

Sabid.— No es que los pierda; pero sólo los ejerce bajo el influjo y la acción de Dios.

Discíp.— Entonces, ¿cómo es que el alma se pierde toda en Dios?

Sabid.— Porque no entiende ni quiere más que a Dios; y en esta unión no ve nada creado. No vuelve sobre sí misma, ni se refleja sobre su inteligencia y su voluntad; sino que está como envuelta por completo en el abismo de la Divinidad y allí calla, duerme, descansa con una inefable suavidad. En aquellos momentos es cuando de verdad se puede decir que se pierde toda en Dios, no en cuanto a la naturaleza, sino en cuanto a la propiedad y uso de las potencias, pues ya no puede querer una cosa u otra, y sólo puede desear a Dios.

Esta es la perfecta libertad, el no poder querer más que a Dios, es decir querer siempre el bien y nunca el mal. Por eso dijo San Agustín: *Quitad los bienes particu-*

lares, y fijaos solamente en el Bien en sí: es el Bien supremo al cual nos dirigimos.

CAPITULO XXXIII

La vida del que se abandona en Dios

Discípulo.— Ahora os suplico, Sabiduría suprema, que me digáis cómo vive en este mundo el alma justa que se ha abandonado en Dios, y cómo se conduce en las circunstancias y acontecimientos de la vida.

Sabiduría.— Pues mira; está muerta a sí misma, a sus miserias y a todas las cosas creadas; es humilde con todos, y gustosamente se somete a sus iguales. En el abismo de mi Divinidad entiende lo que debe hacer, recibe todas las cosas como vienen y como Dios las quiere. Vive libremente dentro de la ley, porque cumple siempre mi voluntad por amor y no por temor.

Discíp.— ¿Y los que por esta renuncia de sí mismos llegan a vivir en Dios y en su santa voluntad, tienen que hacer aún exteriormente algunas prácticas espirituales?

Sabid.— Solamente algunos llegan a este estado sin aniquilar sus fuerzas, pues el continuo esfuerzo que tienen que hacer para abandonarse en Dios y mortificarse en todo, agota en seguida todas las energías vitales.

Tú procura evitar este aniquilamiento; sigue los ejercicios y prácticas espirituales ordinarias, y conténtate con saber qué debes y qué no debes hacer.

Discíp.— ¿Qué es, pues, lo que principalmente hace el hombre que se abandona en Dios?

Sabid.— Todo su abandono y toda su acción consisten

en ponerse total y absolutamente en manos de Dios. Allí encuentran un descanso santo y perfecto, porque al abandonarse en Dios, en El se descansa, y descansando así se obra maravillosamente, toda vez que el abandono en Dios es un acto de amor puro y de virtud perfecta.

Discíp.— ¿Y cómo hablan y se conducen con sus prójimos?

Sabid.— Viven familiarmente con todos los hombres, pero sin grabar mucho en sí la imagen ni el recuerdo de ellos. Los aman como si dijéramos sin apego, sin amor y se compadecen de sus trabajos sin ansiedades, sin inquietudes.

Discíp.— Ya que viven exterior e interiormente con tanta pureza, ¿no necesitarán confesarse?

Sabid.— Sabe que es mucho más excelente la confesión que se hace por amor de Dios, que la que se hace para obtener el perdón de las culpas.

Discíp.— ¿Cómo oran estas almas y cómo ofrecen a Dios sus oraciones?

Sabid.— Su oración es efficacísima, porque como Dios es espíritu, la oración tiene que proceder del espíritu. Desde luego examinan cuidadosamente si en su interior hay algo que las separe de Dios, imaginaciones, apariencias de apego a las personas o las cosas, algún sentimiento que sea obstáculo para acercarse a Dios... Después de así examinadas, se expropian, se despojan de toda imagen y de toda afección humana, y ofrecen sus oraciones puras, olvidándose de sí mismas, para no pensar más que en la gloria de Dios y en la salvación de las almas.

Todas sus facultades superiores están inundadas de una luz divina que les certifica que Dios es su vida, su esencia y todo su bien; que Dios obra en ellas de tal modo, que son, no ya simplemente unos instrumentos suyos, sino también sus adoradores y sus cooperadores.

Discíp.— ¿Y comen y duermen?

Sabid.— Exteriormente sí, comen y duermen y satisfacen todas las necesidades de la vida ordinaria de los hombres; pero interiormente no saben si comen o si duermen, ni ponen cuidado ninguno en lo que a las necesidades de la vida se refiere. De no ser así, sucedería que gozarían con los manjares y hallarían descanso en la parte baja y animal de su ser.

Discíp.— ¿Y cómo conversan con los hombres?

Discíp.— Prescinden de formalidades y de usos: hablan siempre poco y con gran sencillez. Su conversación es cariñosa y todo lo dicen sin afectación, conservando la tranquilidad y la paz de sus sentidos.

Discíp.— ¿Todos vuestros siervos están igualmente desprendidos de sí mismos? ¿No les sucede también a veces que se apartan de la verdad y que siguen opiniones falsas?

Sabid.— En eso del desprendimiento hay sus grados, pero todos convienen en lo esencial.

Las opiniones comunes las tienen cuando se descuidan y decaen; pero cuando se elevan sobre sí mismos, viven en la plenitud de la ciencia sin equivocarse nunca, porque viven en Dios, que es la Suprema Verdad. Mas entonces no se atribuyen nada a sí mismos, sino a Dios de quien todo les viene.

Discíp.— ¿De qué depende el que mientras unos sufren grandes congojas y apreturas de conciencia, vivan otros con gran calma y seguridad?

Sabid.— Pende todo de que ni los unos ni los otros se han desprendido completamente de sí mismos. A los unos les queda aún el apego espiritual, y sufren el tormento que da el no haber puesto ese espíritu en manos de Dios a otros les queda el apego al cuerpo, y éstos tienen que aflojar en su vida espiritual para satisfacer las exigencias del cuerpo.

Solamente el que después de abandonarse en Dios no

vuelve a buscarse a sí mismo, es el que disfruta de una vida del todo tranquila e inalterable.

Y baste, querido mío, con lo que te he dicho. A estas verdades ocultas no se llega estudiando y preguntando, sino renunciando humildemente a sí mismo y abandonándose en Dios.

**TRATADO
DE LA UNION
DEL ALMA CON DIOS**

Instrucciones a un alma piadosa

Prólogo

*Hace poco publicamos en lengua española el famosísimo **Libro de la Eterna Sabiduría**, del Bto. Enrique Susón bajo el título de **Suspiros de Amor**. Un año después hubo necesidad de repetir la edición, y a estas fechas se cuentan ya por millares las personas piadosas que han agradecido de palabra o por escrito, o al menos en su corazón, este pequeño servicio, y deben, con la gracia de Dios, al Bto. Enrique, no pocos consuelos y esfuerzos y actos de cristiana resignación y días de religiosa felicidad.*

*Con la única mira de ayudar a servir a Dios a las personas de buena voluntad, hemos vuelto a la tarea de la traducción y hoy bajo el epígrafe que encabeza este pequeño volumen, te ofrecemos, amado lector, otras tres joyas riquísimas del mismo Santo: **Tratado de la Unión del Alma con Dios; Coloquio Espiritual de las Nueve Rocas**, y unas tiernísimas y devotísimas **Meditaciones sobre la Pasión del Salvador**.*

No cabe presentación ni elogio de estas pocas y pequeñas páginas que no sea para rebajarlas y entibiar el calidísimo fervor de sacrificio y de amor que en ellas puso el Bto. Enrique, el sufridor y ardoroso enamorado de la Divina Sabiduría, Cristo Jesús. Sólo cabe poner el librito en tus manos, y luego ver cómo sientes, cómo sufres, cómo te alegras y cómo amas a Dios con todo tu corazón y sobre todas las cosas.

Fr. S. Messeguer, O.P.

TRATADO DE LA UNION DEL ALMA CON DIOS

Instrucciones a una alma piadosa

CAPITULO I

La vida interior

Después de haberte ejercitado en las prácticas de la vida activa, debes aplicarte ahora a las cosas interiores que atañen más directamente a tu salvación. Tus comienzos estarán llenos de forma e imágenes sensibles, y serán una trama de actos característicos por los que inician su vida interior todos los principiantes.

Sigue mis consejos, hija mía. Pienso que tienes ya bríos y alas más que suficientes para emprender este gran vuelo. Abandona el nido de las cosas corporales; pon en actividad tus potencias más elevadas, y remonta tu vuelo hasta las grandes alturas de la contemplación, en la que se encuentra todo el perfeccionamiento de nuestra alma.

¿No ves claramente que la vida activa no es más que un desierto que hay que atravesar forzosamente para llegar a poseer esta tierra prometida que mama leche y miel en abundancia, para obtener aquella pureza, aquella paz

del corazón que es un adelanto de las dulzuras inefables de la vida bienaventurada?

Para subir a esta región luminosa de la contemplación deberás empezar por purificar tu entendimiento. Tienes que encaminar todos tus pensamientos a procurar el honor y gloria de Dios, el triunfo de la Iglesia Católica, la paz y salvación de todos los hombres. Tienes que vivir en la mayor humildad, en un absoluto retiro, para que nunca puedas molestar a nadie en lo más mínimo con tus palabras ni con tus acciones. Esta es la norma de una religiosidad bien entendida, y de una prudencia santa en todo conforme con la naturaleza, con la razón, con el espíritu y con el corazón.

El alma que se atiene a esta norma es merecedora de toda alabanza y vive siempre interiormente iluminada por los rayos ardorosos y esplendorosos de la Verdad Divina es un hermoso cielo adornado de hermosas y resplandecientes estrellas.

Cuando un corazón vive esclavo de sí mismo, falta a la sumisión que debe a su Dios. Es muy hermoso y muy plausible el querer elevarse a la contemplación y profundizar los grandes misterios de Dios; pero el amor propio aviva siempre la rebeldía de nuestra naturaleza, y la hace obedecer a sus propias pasiones. La luz que brilla fuera de nuestra alma es una luz falsa que no ilumina el corazón y sin embargo, los que la poseen desprecian fácilmente a los demás: no se parecen en nada a Jesucristo, y con todo creen que saben mucho acerca de las cosas espirituales.

Aplicate, hija mía, al estudio de la vida interior. Mira que ésta consiste principalmente en una perfecta renuncia de ti, y en un completo aniquilamiento del alma en Dios. Es la unión íntima del alma con la Esencia Divina.

Este aniquilamiento puede ser de tres clases:

Consiste el uno en perder nuestra esencia y nuestra

naturaleza de tal modo que nada quede de nuestro ser, el cual desaparece como una sombra fugitiva. El alma no puede llegar a tal aniquilación, puesto caso que no es como el cuerpo que se reduce a polvo, sino que está creada a imagen de Dios y de su divina eternidad. El alma tiene una naturaleza racional y facultades superiores que la hacen semejante a su Creador.

El segundo aniquilamiento es una especie de arrobaamiento que tiene lugar dentro del tiempo y del espacio, y que lo experimentan las almas cuando por una muy subida contemplación llegan a penetrar en la esencia divina. Tal fue la visión en que San Pablo fue arrebatado sobre sí mismo, sobre toda imagen sensible. Pero este estado es solamente pasajero y dura muy poco. Cuando San Pablo volvió en sí, se encontró con que era el mismo, la misma persona con la misma esencia.

El tercero es un aniquilamiento moral de todos nuestros pensamientos y afectos, una especie de infinito abandono en Dios, por el cual el alma se renuncia a sí misma y se entrega a El de tal modo, que ya para sí no tiene entendimiento ni voluntad, sino que siempre y en todo obedece a la voluntad de Dios, que sin que ella lo note, la guía y la gobierna.

Este aniquilamiento no puede ser eterno en esta vida, como es claro; ni tampoco tan absoluto y tan perfecto que el hombre no vuelva a las veces sobre sí, y su propia debilidad no le haga volver a hacerse cargo de lo que antes renunció. Es muy hermoso el acto de entregarse al Señor con toda sinceridad y con toda verdad, con el propósito firme de no volver el alma a preocuparse de sí, puesto que ya no se pertenece, ya que se ha abandonado, se ha dado, se ha aniquilado en su Dios y en su santísima voluntad. Con todo, el alma, impelida por su propia flaqueza de cuando en cuando vuelve a sus antiguos deseos a mandar de su voluntad, y a desfallecer en la perseveran-

cia de aquel acto sublime de entrega de sí misma que hizo en manos de su Dios.

Cuando el espíritu advierte su desfallecimiento, se entristece, llora, gime, suspira, lamenta su propia inestabilidad en el bien, reconoce su miseria, se humilla profundamente ante Dios, vuelve a desprenderse de sí mismo afianzándose esta vez en sincerísimos propósitos de perseverancia, y muere a sí mismo para transformarse en Dios, y no ofenderle jamás.

Cuantas veces cae, otras tantas se levanta arrepintiéndose y volviendo al Señor, el cual lo recibe siempre con misericordia, lo une a sí por el amor y lo restituye a su primer estado y condición. De esta manera el alma se encuentra del todo cambiada y transformada en Dios que es para ella *Omnia in omnibus*, todo en todas las cosas.

CAPITULO II

Reglas de la vida interior

Para que aproveches más en la vida unitiva, quiero darte algunas reglas espirituales que serán de mucha utilidad para tu espíritu y para tu corazón. Con ellas te será más fácil ir desprendiéndote de la grosería de los sentidos, y elevarte rápidamente hacia las regiones de tu suprema felicidad.

Por muy espiritual y muy interior que sea tu vida y tu modo de ser, nunca lo manifiestes ni salgas fuera de ti misma por tus conversaciones, tus actos o tu modo de proceder. Procura estar cada día más reconcentrada en ti, y déjate ver solamente, no cuando lo pida la vanidad, sino cuando lo exija la verdad.

Nunca te preocupes, sucédate lo que te sucede, nunca te preocupes demasiado de los muchos auxilios del cielo que necesitarás para salir airosa, ni este pensamiento te sea motivo de turbulencias exageradas de tu espíritu. Cuando más nos apuramos nosotros por salir de los grandes aprietos, entonces es cuando menos hace por nosotros la Verdad y la mano de Dios.

Cuando estés con otras personas, procura borrar pronto de tu espíritu cuanto vieres u oyes. Recógete en seguida dentro de ti misma, para que así perseveres siempre en la presencia de Dios que esté siempre contigo. Esto es muy fácil para las almas que de verdad aman a Dios.

Cuida de que sea la razón, y no los sentidos, quien dirija todas tus acciones y quien en todas ellas salga vencedora. Cuando el espíritu está supeditado a los sentidos, nuestro corazón es capaz de todos los males.

Evita con precaución el verte arrastrada por el placer, y que la propia satisfacción te lleve a seguir el dictado de los sentidos Sólo Dios y la Verdad ha de ser el centro de todos tus consuelos.

Dios no quiere vernos privados de toda clase de consuelos; pero sí quiere ser El, con la pureza y ternura infinitas de sus inefables abrazos, la única fuente de todos ellos.

Ten seguro que una sumisión sincera a la voluntad de Dios, que nazca en ti de una profunda humildad, el desprecio de ti misma, y el exacto conocimiento de todas tus miserias, han de ser las alas con que te has de remontar hasta la cumbre de la unión perfecta con el Señor.

Toda persona que quiera vivir en recogimiento, dentro de sí misma, ha de huir de la multitud de cosas, la diversidad de pareceres que disipan el espíritu, y ha de renunciar para siempre a todo lo que no sea Dios, que es nuestro bien único. Sólo una cosa es necesaria, decía Nuestro Señor Jesucristo a María Magdalena:

Toda alma que busca descanso en los sentidos, y pretende encontrar en ellos su propia satisfacción, no encontrará más que fatigas, dolores, inquietudes de espíritu y tinieblas de entendimiento.

La mayor de las felicidades consiste en estar íntimamente unido con Dios, y dejarse guiar por El en todas las cosas.

La vida verdadera de un alma que se ha renunciado en manos de Dios consiste en morir a sí misma.

Cuando te aficionas a alguna cosa criada y la amas y tu corazón siente interés por ella, entonces no amas lo substancial y lo que vale, sino lo accidental y caduco; amas una cosa falsa, no una cosa verdadera.

No conviene nunca rehuir las imágenes de cosas santas; basta esperar que ellas cesen por sí mismas; pues casi siempre estas imaginaciones piadosas y santas brotan espontáneamente del fondo del alma, y en este caso nuestro amor no se refiere a ellas, sino a las virtudes cristianas que ellas atesoran.

Cuando más nos abandonamos a nosotros mismos y a todas las cosas criadas, tanto más nos unimos a Dios.

Todo el que saliere de sí mismo y de su vida interior desordenadamente, encontrará el dolor en todas las cosas de la vida; así en las prósperas como en las adversas.

Si quieres ser de gran utilidad para todo el mundo, aparta tu corazón de las criaturas y entrégate resueltamente a Dios.

En todas las dificultades de la vida acógete en seguida al Señor, y verás como todo se te hace fácil.

Mira siempre por ti, y teme echar en olvido tus santos propósitos y los ejemplos de la Vida de Jesucristo.

Nuestra naturaleza es muy egoísta y mira mucho por sí; y es preciso mortificarla y dominarla siempre por amor de Dios.

Cuida siempre de conservar tu corazón limpio y libre

de toda imaginación, de todo pensamiento, de todo afecto y de todo recuerdo de las cosas de esta vida; hazte cuenta que estás sola en el mundo, y entonces podrás decir al Señor: ¡Señor mío, y Dios mío! por mucho que haga, jamás podré llegar a ser para Vos lo que Vos sois para mí.

CAPITULO III

La abnegación de la vida interior

La inmensa mayoría de los hombres tienen un natural indócil, rebelde y necesitado de frenos y castigos. Les gusta vivir siempre fuera de sí mismo, y apenas reparan en los grandes peligros de pecar a que se exponen. Y la verdad es que nada de cuanto nos rodea fortalece el espíritu en los momentos de tribulación y de prueba como el recogerse dentro de sí. Está siempre alerta porque todo desorden trae consigo otro desorden.

Nunca te dejes arrastrar por los desordenados apetitos de la naturaleza, y haz que tu porte exterior corresponda siempre a tu vida interior, que es la que debes fomentar con todo empeño y perseverancia, toda vez que de ella dimana el orden y la armonía exterior.

El que total y perfectamente se ha abandonado en Dios, necesita tener siempre enfrenada la naturaleza para que nunca exceda sus propios límites. Ya sé que muchas veces te apenas porque en las vicisitudes de tu vida activa no te encuentras con la suficiente resignación y paciencia; pero no hay que desesperar, pues será de mayor mérito el verte de tal manera mortificada y forzada a ejecutar lo que no es de tu agrado.

El amor de los bienes fugitivos y caducos de este mun-

do, es el origen de todo vicio y de todas las cegueras que extravían. Al revés: la muerte de los sentidos es la fuente de la luz y de la verdad.

Cuando las potencias del alma pierden su propia actividad y los sentidos del cuerpo llegan a estar purificados, es cuando nuestras facultades superiores adquieren toda su nobleza, porque vuelven a su principio que es Dios.

La esencia y todas las actividades de nuestra alma deben encaminarse a un solo objeto, que es agradar al Señor, conformarse con la Verdad Eterna; y para esto nada tan provechoso como abismarse en la unión con la naturaleza divina que es purísima y simplicísima.

Hay muchos que a pesar de sentir en su interior el llamamiento de la divina gracia, no obedecen a sus inspiraciones, por la sencilla razón de que su interior y su exterior no andan concordes.

El libre albedrío es el que sujeta y domina la naturaleza. Por esto, cuanto más nos distraemos por medio de los sentidos, mas nos alejamos de Dios. En cambio, cuanto más nos reconcentramos en nuestro interior, más nos acercamos a El y más le agradamos.

El hombre a quien la gracia del Señor ilumina, gobierna siempre sus sentidos con gran cautela y prudencia, obtiene de ellos los mayores servicios y ventajas posibles en provecho de su alma.

El que mortifica la naturaleza y la tiene dominada según la Verdad, dispone de ella como le place, con suma facilidad, y la obliga a practicar con rectitud y sin desmayos las obras y ejercicios exteriores. Pero el que derrama su corazón sobre las cosas temporales, nunca llegará a hacer cosa de provecho.

Los tres elementos de perfección y riqueza de nuestra naturaleza son la pureza, la inteligencia y la virtud.

Con frecuencia sucede que las mismas contribuyan a que el hombre se una a Dios con más santidad y con más

amor, y esto lo hacen privándole de la felicidad y de los consuelos humanos.

El deseo del bien es el que impele al hombre a querer lo que está prohibido y a dejarse arrastrar de costumbres pecaminosas y sin embargo, la verdadera felicidad se encuentra solamente abandonándose a Dios: nunca en la posesión de los bienes mundanos que amamos y deseamos.

No es de extrañar que a veces se apodere del alma una tristeza exagerada, pues no cuidaos lo bastante de nuestro corazón para que no se deje dominar de ella.

El verse llenos de oprobios es el gran triunfo de los amigos de Dios.

Vive siempre e tu interior: y piensa que muchas cosas que no son más que excitantes de la naturaleza, necesidades ficticias, se presentan como verdaderas e imprescindibles necesidades.

Es un defecto grave el empezar muchas cosas, y no dar cabo a ninguna. Hay que perseverar siempre en la obra empezada, con rectitud y según la voluntad divina.

Procura en todas las cosas obrar con desinterés y pureza de intención, y para esto evita los motivos y razones extrínsecos y engañosos.

CAPITULO IV

Del alma que se abandona en Dios

El alma que verdaderamente se abandona en Dios debe atenerse siempre a estos principios:

1.º Conducirse con gravedad, modestia y precaución, procurando obrar con sencillez y naturalidad.

2.º Tener en calma perfecta los sentidos, evitando el bullicio, las noticias y habladurías de los hombres; porque una persona siempre ávida de saber y discutir cuanto se dice y cuanto se hace, no podrá jamás verse libre de ilusiones, de imaginaciones de cosas mundanas, ni disfrutará de aquellos sentidos interiores que nunca llegan a ser turbados por vanas y locas fantasías.

3.º No apasionarse por ninguna cosa de esta vida, porque debe estar convencida de que fuera de Dios no se encuentra más que vanidad y naderías.

4.º No murmurará ni hablará contra nadie sino que estará siempre atenta y afectuosa para con todos, principalmente para con aquellos de quienes el Señor se vale para probarnos.

Sé firme, constante y siempre interior, de modo que, al ejecutar alguna obra exterior, nunca salgas de ti misma.

Examina detenidamente tu corazón, y mira si la amistad que tienes, aun a personas virtuosas, proviene de afectos o complacencias sensibles, o más bien de otro principio más puro y más espiritual.

No te des demasiado a nadie, que el que se prodiga demasiado, de ordinario no suele agradar.

Permanece en ti misma, haz siempre vida interior, si es que no quieres extraviarte, como les sucede a muchos, por falta de recogimiento.

¡Qué feliz es el que habla poco! Las palabras son causa de los vaivenes obscuridades y turbaciones interiores. Enciértrate en ti misma y no salgas de ahí sin verdadero motivo. Fuera no encontrarás sino disgustos y pesares.

Hay muchos que ayudados de una gracia sensible obran el bien en el tiempo de la prosperidad y en el tiempo de la prueba; pero no es posible conducirse de este modo a los que en todo se buscan a sí mismos.

Nuestros actos no son del todo perfectos si no es cuan-

do están basados en la sumisión, en la humildad, y en el abandono de nosotros mismos.

Jesucristo completó la gran obra de nuestra redención precisamente cuando, pendiente de la Cruz, se abandonó en manos de su Padre, diciendo: *Padre mío: en tus manos encomiendo mi espíritu*; y añadió después: *Todo está acabado*.

El hombre imperfecto que oye la voz de su corazón, descubre al Señor muy lejos de sí, y al demonio muy cerca. Renúnciate a ti misma, entrégate totalmente a Dios, y verás cómo cambian las cosas.

El que desea vivir una vida tranquila, lo mismo recibe la felicidad que la desventura; y e la una y en la otra siempre está unido a Dios.

Siempre es preferible añadir la devoción exterior cuando se poseen ambas, el hombre se despega más de sí mismo y busca a Dios con el espíritu y con el cuerpo.

Muchos buscan con ansiedad los placeres intelectuales; pero son muy pocos los verdaderamente sencillos y piadosos de corazón. Los primeros se proponen conocer la ciencia; los últimos, unirse a Dios y perderse en El, desembarazándose de todas las cosas de la tierra.

Para ganarlo todo es necesario aniquilarse delante de Dios y despegarse de sí y de toda criatura. ¡Dichosa el alma que empieza este camino y persevera en él!, porque le será muy fácil elevarse a las cosas del Cielo.

Sufre con paciencia y resignación el pecado de nuestros primeros padres y los dolores y penalidades que de él se nos han seguido: sólo el hombre verdaderamente resignado es valiente en presencia de la adversidad.

Los que se quejan de las tristezas y amargas de la vida, dan una prueba más de su imperfección, porque con esto dan a entender que son esclavos de una libertad desordenada que los tiene apegados a sí mismos y a sus propios deseos.

Quien abandona las útiles y provechosas ocupaciones, pronto cae en una ociosidad pecaminosa.

El hombre resignado debe despreocuparse de las frivolidades y pensamientos de las cosas criadas, e imprimir en su corazón la imagen de Jesucristo para transformarse en su Divinidad.

El que muere a sí y vive la vida de Jesús, lleva a bien todas las molestias y todos los defectos del prójimo, y sólo ambiciona que todas las cosas del cielo y de la tierra sigan su curso según el orden natural y divino.

El hombre recogido en su interior a la luz de la divina Verdad, desecha fácilmente sus propios defectos. Conoce sus afectos desordenados a las criaturas y los obstáculos que se oponen a su perfección. Cuando Dios le reprende en su interior, se humilla con docilidad y reconoce que todavía no está libre ni de las criaturas ni de sí, y que no se ha renunciado y aniquilado en Dios.

CAPITULO V

De la perseverancia en el abandono en Dios

Si me preguntas qué es lo que debe proponerse un alma resignada en el Señor, te diré que renunciarse y morir a sí, resignarse siempre y en todas las cosas, aunque todo el mundo la olvide y la abandone. Su querer estará en todo momento conforme con la voluntad de Dios y no prefiere ni se preocupa más de las cosas necesarias que de las que no lo son.

Más que los pensamientos, impide la unión con Dios el amor propio.

Cuando el hombre quiere reconcentrarse en su inte-

rior y unirse a la Verdad, empezará por elevarse sobre todo lo sensible para transformarse en Dios, y examinará si hay algún obstáculo interpuesto entre su conciencia y Dios. Si procura no buscarse a sí mismo en nada, disfrutará de la divina Esencia en los resplandores de su unión con ella, y todo lo olvidará por ella. Cuanto más se separe de sí y de las criaturas, más se unirá a Dios y gozará de una felicidad más perfecta.

Si quieres renunciarte verdaderamente en Dios, abandona todo cuanto te pertenece, sal de ti para esconderte y abismarte en Dios. Vive siempre fiel al Señor y sumisa a su voluntad cualquiera que sea el trato que recibieras de Dios: de prosperidad o de tribulación por sí o por medio de las criaturas.

Cierra tus sentidos a todo pensamiento y afecto que se refiera a las criaturas, vive desligada y libre de cuanto suele preferir la razón influida por el amor propio, por la propia voluntad, por la sensualidad o por el placer. No ocupe tu corazón nada que no sea Dios.

Cuando los demás yerran y obran mal, no te metas con ellos ni te ocupes de sus faltas.

El que vive siempre consigo mismo llega a adquirir gran vigor contra toda ilusión y sugestión del enemigo.

Nunca cambies de ocupación por dar descanso a tu cuerpo: en esto has de estar siempre indiferente, y atento sólo a cumplir con tu obligación.

Las criaturas te serán cada vez menos molestas a medida que te renuncies a ti y te apartes de ellas.

Yo tenía un amigo que no estaba del todo abandonado en Dios, el cual, agobiado una vez por muchos dolores, oyó una voz que le decía: «Quiero que te dediques a mí con mucho cuidado, que te desprecies y que tengas bien entendido que me uniré a ti cuando no hagas caso alguno de las cosas que te sucedan».

Cuando el alma así resignada se recoge en su interior,

se encuentra más desconsolada y más abandonada; pero al mismo tiempo tiene más facilidad para morir a sí misma y para salir airosa y triunfante de todos sus dolores.

Si derramas tus sentidos en las cosas exteriores llegarás hasta a temer la vida recogida y el fervor del espíritu. Por esto no busques nunca los asuntos o las ocupaciones que puedan distraerte, y cuando no puedas menos de aceptarlas, abandónalas lo más pronto que te sea posible y vuelve a tu recogimiento; porque éste con poco se disipa si no cuidamos de volver en seguida al retiro de nuestro corazón.

El que se renuncia y muere a sí, empieza a vivir una vida celestial y sobrenatural. Con todo, aún hay quien vuelve a apartarse de Dios y no persevera en su santa unión.

Ama la renuncia perfecta de ti, abrázala, practícala sin permitirte la satisfacción de uno solo de tus deseos, que mal reprimidos te impedirán siempre la unión con el Señor y serán un obstáculo oculto para que te renuncies de verdad.

El alma resignada es tan libre que no se cuida de sí, porque vive en Dios, en el cual todo está santamente ordenado. Se olvida completamente de sí para no pensar más que en El.

La conversión de un alma que se renuncia a sí es más agradable a Dios que la perseverancia en el bien de otra alma que no se despega totalmente de sí misma.

Retira, pues, tu alma de los sentidos exteriores y reconcéntrala dentro de tí. Te lo repito y te lo repetiré cien veces: recógete en ti misma y en la unidad divina para que así puedas gozar de Dios.

Persevera con valentía en la renuncia que de ti has hecho y no descanses hasta llegar a conseguir, en cuanto lo permita la fragilidad humana, la unión de los Santos que es siempre actual, eterna y divina.

CAPITULO VI

Las alegrías del alma que medita en Dios

Son verdaderamente graves las cuestiones que ahora me propones al preguntarme qué es Dios, en dónde está y cómo es uno y triple.

Dios es un ser infinito que sobrepuja a todos los seres, a todo entendimiento, a toda criatura. No sabré yo explicarte lo que tú tampoco serás capaz de comprender, pero te responderé aunque sea de una manera muy imperfecta y muy indigna de la majestad de Dios. He aquí lo que tengo que decirte en pocas palabras:

Examinando el orden que reina en la naturaleza, la armonía de las causas segundas, el curso y encadenamiento de todas las cosas, los filósofos han llegado a afirmar que necesariamente tiene que existir un principio, un Señor de todo el universo, a quien llamamos Dios. Y este Dios es una substancia inmortal, eterna, que no depende de ninguna otra, sin cambio, sin cuerpo, un espíritu puro cuya esencia es vida y operación, una inteligencia activa que en sí y por sí conoce y penetra todas las cosas, una esencia divina que cifra en sí misma todas sus delicias, una bienaventuranza sobrenatural y perfecta que es en sí toda la felicidad y la comunica a todos los bienaventurados que la contemplan.

Aprende a conocer a Dios por el admirable espectáculo del universo. Contempla la inmensidad de los cielos, la hermosura y movimientos de las estrellas y planetas, cuya magnitud excede a la de la tierra, si se exceptúa la luna. Mira los resplandores del sol y su hermosa fecundidad; cómo hace brotar las flores, las hierbas y toda clase de plantas. Admira la infinita variedad de los animales, los

peces, los pájaros, las fieras de los bosques, y, por fin, al hombre.

Cuando hayas admirado toda esta grandeza, hermosura y variedad del universo, dí en tu corazón: «Si este Dios omnipotente es tan amable y tan bueno en las criaturas, ¿cuán bueno y cuan amable no será en sí mismo?» Luego únete a todas las criaturas que constantemente están bendiciendo y alabando la inmensidad divina que en ellas resplandece, admira con amor su providencia soberana que conserva, sostiene y gobierna a todos los seres, grandes y pequeños, ricos y pobres, alábele con la alegría en el rostro, con alegría en el corazón, adórale, abrázale en el fondo de tu alma y dale gracias como a Señor único que es de todas las criaturas. Así encontrarás a ese Dios que tú buscas.

De esta contemplación nacerá en tu corazón una alegría íntima, profunda, que te proporcionará dulcedumbres inefables. Para animarte, voy a contarte un secreto de mi alma que nunca he revelado a nadie.

Yo he gozado de estas dulzuras por espacio de más de diez años, que me han parecido una hora. Mi corazón estaba tan feliz y satisfecho que no podía hablar una sola palabra. Estaba absorto en Dios y en la Eterna Sabiduría. Sostenía con mi criador diálogos dulcísimos en los cuales hablaba solamente mi espíritu; yo gemía, suspiraba, lloraba, reía. Parecía que estaba elevado a las alturas del espacio, entre el tiempo y la eternidad, y que nadaba en un océano de verdades admirables y divinas.

El corazón me saltaba del pecho de puro contento, y me llevaba a él las manos para contenerlo, diciéndole: «¡Corazón mío! ¡qué estremecimientos de alegría más grandes!» Y en cierta ocasión de estas vi en espíritu que el corazón del padre celestial se juntaba con el mío de una manera que no sé decir... y dije en aquel arrebató de placer: «¡Amadísimo de mi alma, mi único amor! abraza a tu

misma divinidad con un abrazo de corazones ¡Dios mío!, amabilísimo sobre todo que es amable; el que ama a otro siempre permanece distinto de él, pero Tú, dulzura infinita del amor verdadero, Tú derramas un perfume delicioso sobre el corazón de los que te aman. Tú penetras hasta la esencia de su alma y ya no estás fuera de ellos, los abrazas divinamente y quedas unido a ellos en las ligaduras de un amor infinito.

Te advierto que esta alegría del corazón no es el estado último y definitivo del alma es sólo un reclamo, un llamamiento a una unión más elevada, a un abandono más perfecto en el océano de la Divinidad, y para conseguirlo es preciso pasar del *arrebato o éxtasis* habitual al esencial.

El éxtasis esencial consiste en que el hombre afirmado en la virtud y en la perfección, goce del Bien amado que es Dios, siempre y en todo momento, como el sol en todo momento conserva su calor y sus esplendores.

El éxtasis habitual es el de las almas cuya virtud imperfecta e inestable sufre cambios y mudanzas, como los recibe la luz de la luna. Estas almas se extravían algunas veces con las alegrías que les concede la gracia del Señor, porque son avaros de estos favores y quisieran disfrutarlos siempre. Cuando sienten los consuelos divinos, se alegran; cuando el Señor les priva de ellos, se lamentan; y cuando El las colma de dulzuras interiores, sólo a disgusto y como a la fuerza se consagran a otros trabajos y ejercicios, por más que se los exija la voluntad de Dios, la caridad o el cumplimiento de sus deberes.

Me acuerdo que en cierta ocasión me negué a confesar a un pobre desgraciado que me pedía este favor. Aún no había terminado mi respuesta al portero que me daba el recado: «Dile que vaya a otro confesor, que yo no estoy disponible», cuando repentinamente me vi privado de la felicidad de la gracia divina de cuya contemplación goza-

ba y sentí mi corazón endurecido como una peña. Me quedé asustado y pedí al Señor me diese a conocer aquel caso tan raro, y El me respondió en mi interior: «Lo mismo que tú abandonas a ese pobre desgraciado y lo despidas sin darle ningún consuelo, así te abandono yo a ti y te quito las dulzuras de mi gracia y la satisfacción de mis consuelos». Entonces empecé a llorar y darme golpes de pecho y fui corriendo hacia la puerta en busca de la persona a quien de tal manera había despedido.

Luego que lo confesé y consolé como pude, volví al retiro y meditaciones de mi celda, y el Señor, que es la misma Bondad, tuvo a bien de devolverme aquella alegría que había perdido por falta de bondad y excesivo apego a mí mismo.

Es cierto que para llegar a disfrutar de estas alegrías hay que pasar antes muchos calvarios pero éstos terminan siempre cuando Dios quiere; mas aquellas quedan siempre muy profundas e inalterables.

CAPITULO VII

De la inmensidad de Dios

Deseas saber dónde está Dios. Pues mira: Dios no está en ningún lugar determinado, porque está en todas partes y en todas las cosas, y todo en cada una de ellas. Así se dice que El es el ser primero por esencia.

Dedica tu atención al conocimiento de esta esencia divina, purísima, simplicísima, exenta de toda forma o apariencia extrínseca y de todo accidente, sin mezcla de su ser, y primera fuente y origen de todo ser. Después, repara en tal o cual cosa esta o aquella substancia, en todas

estas naturalezas particulares que nos rodean, que pueden ser separadas, por nuestro entendimiento al menos, de sus accidentes; fíjate en todos estos seres que pueden recibir una forma extrínseca accidental y que, por lo tanto, no son simples, sino compuestos. Y de aquí comprenderás que la substancia divina en sí misma es purísima, que está en todas las cosas particulares, y que a todas las conserva con su presencia.

No me explico cómo somos tan insensatos que podamos olvidar esta presencia de Dios en todas las criaturas. Tan grande es la miseria y ceguera del hombre que no puede sentir ni comprender la esencia divina, y eso que sin ella no podemos existir, ni entender, ni obrar.

Cuando con los ojos del cuerpo vemos cosas de distintos colores, no vemos la luz por medio de la cual percibimos todo lo demás. Lo mismo nos sucede con los ojos del espíritu: cuando nos ponemos a estudiar las substancias particulares, lo que no comprendemos ni observamos es precisamente la esencia divina que está en toda criatura, sobre toda criatura, que a todos les da el ser, la acción y el conocimiento del bien. Y esto no es de extrañar; porque las substancias particulares distraen y ciegan nuestro espíritu, el cual no puede penetrar en esta divina obscuridad donde se encuentra la luz misma.

Anímate, pues: que la vista interior de tu alma llegue a la esencia infinita de Dios, y contemple su simplicidad y su pureza. Verás como no depende de ningún otro principio, que nada hay antes de ella ni después de ella, que no admite accidente ni mudanza alguna, sino que es una substancia simplicísima, actual, presente, perfecta, en la cual no es posible descubrir ningún defecto, ni accidente, ni alteración; que es absolutamente única y perfectamente simplicísima.

Todo esto es tan cierto que las inteligencias ilustradas, fuera de ella, no pueden ver más que deducciones, efec-

tos; toda vez que siendo la esencia simple, necesariamente tiene que ser la primera, independiente, eterna, siempre presente, siempre perfecta, sin que pueda sufrir aumento ni disminución.

Si llegas a entender algo de lo que te digo, te verás introducida en la luz incomprensible de esta Verdad divina y oculta, conocerás esta fuente y principio del ser, ser purísimo y simplicísimo, causa primera y eficaz de todas las causas criadas, que en virtud de su presencia es el principio y el fin de todo lo que ha habido, hay y habrá en el mundo. El es todo, y fuera de El no hay nada, porque Dios es a la manera de un círculo cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia y límites en ninguna parte.

CAPITULO VIII

De la Santísima Trinidad

Medita ahora en el misterio de la Santísima Trinidad.

Cuanto más simple en sí es una esencia, es tanto más poderosa y divina en la eficacia de sus energías y de sus actos. Así, a Dios que es el Bien soberano, su propia Bondad infinita le obliga a no encerrarse en su propia felicidad y se comunica dentro y fuera de sí mismo. Y como es el Bien supremo, presente, íntimo, substancial, independiente, infinito y perfecto, necesariamente ha de comunicarse de un modo más excelente y completo dentro de sí mismo.

Las criaturas pueden comunicarse por partes, pero no substancial ni esencialmente, porque todas sin substancias particulares, divisibles y finitas. Pero Dios, que so-

brepaja sin comparación a todas las comunicaciones de las cosas criadas, se comunica esencialmente, de modo que, a su infinita e íntima comunicación, corresponde su misma substancia comunicada con distinción de personas.

Contempla, pues, la bondad infinita de este soberano Bien, el cual, por su esencia, es el principio natural de su inteligencia y de su amor y así conocerás la generación sublime de las personas divinas en Dios y adorarás a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Pero puesto caso que esta comunicación proviene de la suprema bondad de Dios, es preciso que en la Santísima Trinidad sea íntima, consubstancial, con igualdad e identidad de esencia, y que en esta dichosa e íntima comunicación las personas divinas tengan la misma substancia, indivisible, inseparable, en las perfecciones y en su poder.

El Padre es en la Divinidad el principio del Hijo y del Espíritu Santo. Se comunica al Verbo inefable que es el Hijo del Padre Eterno. Y como se comunica con todo el ardor y fuerza de su voluntad, el Hijo vuelve al padre con la misma caridad. El Padre ama al Hijo, el Hijo ama al Padre; y este amor recíproco es el Espíritu Santo. Así hablan San Agustín y San Dionisio acerca de la Santísima Trinidad.

Nuestro angélico Doctor Sto. Tomás, dice que en esta encarnación del Verbo del corazón del Padre, es necesario que Dios Padre vea con su inteligencia y comprenda su ser y su esencia divina. De otro modo, el Verbo que El concibe no sería Dios, sino criatura; lo cual no puede ser. Pero como se comprende a sí mismo, el Verbo es Dios de Dios, y la contemplación de la divina esencia por la inteligencia del Padre implica una igualdad positiva de la esencia natural, de lo contrario el Verbo no sería Hijo del Padre. De este modo resultan en Dios la unidad de esencia y la trinidad de personas.

Dios padre, conociéndose a sí por la inteligencia, se expresa a sí mismo y su Verbo expresado es el hijo del Padre. Y como el Padre al conocer su esencia perfecta tiene un amor infinito a sí mismo y a su Hijo, el Hijo ama con el mismo amor al Padre, y este amor recíproco e infinito es el Espíritu Santo, distinto personalmente del Padre y del Hijo, pero uno en esencia, un solo Dios con el padre y con el Hijo.

La primera de estas comunicaciones, como proviene de la inteligencia y de la naturaleza, se llama generación. La segunda, que proviene de la voluntad y del amor, se llama *procesión*. Y así, el Espíritu Santo, que procede de una efusión de amor del Padre y del Hijo, abismo infinito e imagen perfecta, no se puede decir que es engendrado, sino que procede. Es un amor intelectual y espiritual que reside en la voluntad, así como un afecto, como una atracción divina. Es el lazo de amor que une al que ama con el que es amado. Por esto la emanación de la voluntad divina pertenece a la tercera Persona, que es Caridad, y se llama Espíritu Santo. En él son transformados los que aman a Dios y los que son atraídos hacia su luz de ese modo tan vivo, tan profundo, tan singular que no puede comprenderlo ni conocerlo sino el que lo ha probado.

Llégate a este Dios trino y uno, el Primero, el Altísimo, el Omnipotente. Pero llégate sin mancha, sin interés, con un amor puro, porque es un Dios terrible para los pecadores; es un Dios liberal, pero poderosísimo y majestuoso para los que le sirven por la esperanza de recompensa; es un amigo tierno y cariñoso, un hermano, un esposo, para aquellos que rehúyen todo amor servil y le aman con amor muy puro.

Para unírte a El, deberás preparar tu espíritu y tu cuerpo. Renunciarás a la carne, a la sensualidad, a los apetitos de tu naturaleza. Atenderás solamente al espíri-

tu, someterás a él tus sentidos y obrarás siempre en recogimiento y oración. Sólo así podrás llegar al Espíritu superior, que es Dios, y unirte a El.

Entonces sentirás que este Espíritu divino te inspira, te llama, te invita, te atrae y te ilumina para conocer su incomprendibilidad.

Cuando veas que no puedes llegar a El, despojate de ti misma, valiéndote del conocimiento de tu incapacidad y de tu debilidad; resígnate del todo, abandónate de todo corazón en Dios, envuélvete en El; olvídate de ti misma; piérdete a ti misma completamente, no en la esencia de tu espíritu, sino en tu sensualidad y en el propio uso y propia voluntad de tu cuerpo y de tu alma.

Y cuando así te hayas elevado y abismado en la esencia Divina, te encontrarás unida y transformada en un mismo espíritu con Dios, y dirás con San Pablo: *Vivo yo, pero no yo; sino que es Jesucristo el que vive en mí.*

CAPITULO IX

El último grado de unión con Dios

El alma que imitando a Jesucristo se encuentra con él muriendo en la Cruz, también podrá encontrar con El en los abismos de su Divinidad. El mismo lo ha prometido: *Donde yo estoy, allí estará también mi servidor.* El primer encuentro es duro y penoso, pero el segundo está lleno de dulzuras y de felicidad. En él pierde el espíritu su propia actividad y llega a desaparecer en el océano de la esencia divina, en la que está únicamente su felicidad y toda su ventura. No hay que olvidar que la esencia divina en su unidad es el origen de la emanación íntima de las Perso-

nas, que no están separadas en la Divinidad, sino formando su unidad esencial: su naturaleza, su substancia.

De este modo la Trinidad de Personas está en la unidad de naturaleza, y la unidad de naturaleza en la Trinidad de Personas. Y como las Personas divinas se comprenden y abrazan por la unidad y la substancia natural, cada una de las tres Personas es Dios. He aquí, pues, que la Trinidad es una sola esencia en la unidad de la naturaleza divina, y todo proviene de la unidad. Este es el misterio inefable, incomprensible en su infinita profundidad y en su infinita simplicidad.

En esta esencia divina en la cual las tres Personas son una sola naturaleza sin diversidad, se encuentran también todas las criaturas según su ideal eterno en su forma esencial, no en su forma accidental. Son Dios en Dios. La creación temporal es la que les da su naturaleza particular y las distingue de Dios.

El espíritu de los hombres perfectos puede elevarse a este abismo de la Divinidad y a este océano de lo inteligible; y puede también sumergirse en él y nadar en las insondables profundidades de la esencia divina, y allí, libre de todos los pensamientos y preocupaciones vulgares, permanecer inmóvil en los secretos de la Divinidad. Entonces es cuando se despoja el hombre de la obscuridad de su luz natural, y se reviste de una luz superior. Dios lo atrae a la simplicidad de su unidad, en la cual se pierde a sí mismo para transformarse en Dios, y esto no por naturaleza sino por gracia. Así, puesto en este mar infinito de luz que le rodea, disfruta de una gran soledad y silencio, que es la perfecta paz y felicidad. Es la mayor perfección a que puede llegar el espíritu del hombre.

San Dionisio Areopagita llama a este estado *altura desconocida y luminosa, tinieblas profundas de un resplandor que ofusca, rayo de la obscuridad divina*; todo porque el alma se une a la esencia divina, sumergida en

aquel océano de luz, la ve, la contempla y la posee; y en este éxtasis descubre lo mucho que lo infinito sobrepuja a las luces de su razón, lo mucho que hay en Dios, desconocido a todas las inteligencias. Y con todo, el alma, feliz a través de las tinieblas y de la obscuridad, goza de una luz que le manifiesta la inmensidad y la incomprensibilidad de Dios.

A este propósito escribe San Dionisio Areopagita a su Timoteo: «Dedícate, mi querido Timoteo, a la contemplación mística con gran intensidad. A ella debes ordenar todos tus sentidos, tu inteligencia, todas las cosas suprasensibles, todas las cosas que existen y las que no existen. Esfuérzate por desconocerte a ti para que llegues a unírte a aquel que está sobre toda la substancia y sobre toda ciencia. Cuando te hayas desembarazado y desprendido de toda criatura, entonces será cuando vuelas y no pares hasta llegar a aquel rayo substancial de obscuridad, a aquella altura desconocida y lucidísima, a aquella obscuridad purísima que todo lo ilumina».

CAPITULO X

Elevación y transformación del alma en Dios

Es para ti una verdadera obligación llegar a conseguir este grado de unión con Dios, porque de El pendes como de un principio. Ya te he explicado cómo en el impenetrable abismo de la naturaleza divina el Padre engendra al Verbo, el cual, cuanto a la esencia, permanece siendo uno con el Padre; así como si del ser íntimo del hombre saliera una forma del todo semejante a él, la cual no cesase nunca de volver a su origen.

Esta generación del Verbo es el motivo, la razón completa de producir y crear todos los espíritus, todas las almas y todas las criaturas.

El espíritu supremo, que es Dios, al crear al hombre lo dignifica dándole una inteligencia hecha a su imagen y semejanza, e iluminándole con una luz divina, para que guiado por ella pueda volver a su Dios.

Pero resulta que la mayor parte de los hombres desprecian esta luz, envilecen la dignidad de su alma, oscurecen su divino parecido, se abandonan a los placeres pecaminosos del mundo. Y después viven absortos por los deleites de la carne y ansían constantemente y con ardor satisfacer los apetitos de los sentidos, hasta que les llega la hora de la muerte cuando menos lo piensan, y los trastorna, los reduce a polvo y los hace desaparecer.

Lo contrario sucede a los hombres verdaderamente sabios y prudentes, que nunca pierden de vista esta estrella radiante y divina de su alma, y sólo se desviven por lo que es su propio origen y principio, y renuncian para siempre a los placeres de los sentidos, a todas las criaturas mudables y pasajeras, y todo para unirse ardorosamente con la eterna verdad.

He aquí en breves palabras resumidos los grados por los cuales el alma ha de volver a la unión con su Dios que la ha creado; grábalas bien en tu corazón:

Debe empezar por purificarse de todos los vicios y despedirse generosamente de todos los placeres de mundo, para que así pueda encaminarse a Dios por medio de continuas y fervorosas oraciones, por su desprendimiento de todas las criaturas, y por medio de los ejercicios de piedad y mortificación que sujetan la carne al espíritu.

Debe luego ofrecerse voluntariamente y con gran decisión para todos los sufrimientos y penas sin cuento que puedan venirle de Dios o de las criaturas.

Después deberá grabar en su corazón la Pasión de Je-

sucristo crucificado, fijar en su espíritu la inmensa dulcedumbre de los preceptos del Evangelio, su profunda humildad, la pureza de su vida, para poder amarle e imitarle; pues sólo en compañía de Jesús se puede pasar adelante y llegar a la vida unitiva.

Para entrar en ella es de todo punto indispensable dar de mano a todas las ocupaciones exteriores, reconcentrarse en una silenciosa paz del espíritu, ponerse en manos de Dios de tal modo que esté totalmente y para siempre muerto a sí y a sus propios deseos, procurar por encima de todo y de todos el honor y honra de Jesús y de su Padre, y amar con un amor entrañable a todos los hombres: a los amigos y a los enemigos.

En este estado, el hombre que antes estaba ocupado en la vida activa, deja todas las ocupaciones exteriores para dedicarse al ejercicio interior de la contemplación, y así es como el espíritu va llegando poco a poco al abandono de sus facultades naturales, de su entendimiento y de su voluntad.

Luego empieza a sentir interiormente una seguridad sobrenatural y divina que lo conduce a un nuevo grado de perfección, en el cual su espíritu se ve ya libre de todo amor propio y de toda actividad natural de la inteligencia y de la voluntad.

Y así, descansada el alma del peso de sus imperfecciones, se ve sublimada por la gracia de Dios a una luz interior en la cual disfruta incesantemente de la abundancia de los consuelos divinos y aprende a conocer sabiamente y cumplir con prudencia suma cuanto piden el alma, la voluntad de Dios y su ley santa.

Entonces es cuando el espíritu va más allá del tiempo y más allá del espacio, arrebatado por una dulcísima y amorosa contemplación de Dios.

Pero aún no es éste el grado más elevado, puesto caso

que aún se distingue de Dios, y todavía conoce las cosas criadas en sí mismas y por naturalezas particulares.

El que sabe desprenderse de sí mismo y penetrar íntimamente en Dios, siente un divino arrebatamiento, no por sus propias fuerzas, sino a impulsos de una gracia superior que coloca a un espíritu creado en el espíritu increado de Dios y le regala con aquel éxtasis de San Pablo y de otros Santos de quienes habla San Bernardo. Ahora es cuando el alma ya no entiende de formas, ni de imágenes, ni de multiplicidad, pues está sumida en el olvido, en una verdadera ignorancia de sí misma y de todas las cosas criadas; y no ve, ni conoce, ni siente más que a Dios. Y sin ningún esfuerzo, sin ningún propósito, solamente atraída por Dios y unida con El por su gracia, vese ensalzada sobre sí y absorta y envuelta en el abismo de la divinidad, gozando de las delicias de la bienaventuranza.

Pero, ¡ay!, hermana mía; todas mis palabras no son más que figuras e imágenes que están lejos de manifestar lo que es esta unión sublime y misteriosa sobre toda comparación, como está lejos la claridad del mediodía de la obscuridad de la media noche.

**COLOQUIO
ESPIRITUAL
DE LAS NUEVE ROCAS**

LIBRO PRIMERO

VISION DEL MUNDO

INTRODUCCION

Ya mediaba la vida del bienaventurado Enrique, cuando Dios le inspiró que se reconcentrase en la soledad de su espíritu, para que mejor pudiese entender los secretos que la Divina Sabiduría había de comunicarle; era en Adviento.

Obedeció él gustoso al impulso del Espíritu Santo, y se retiró a la soledad de su alma, y allí derramó muchas lágrimas y muchas oraciones.

Estando en esta ocupación santa, imaginaciones diversas, raras, nuevas y espantosas invadían su mente sin cesar. Entonces Enrique lleno de turbación, preguntó a Jesucristo:

CAPITULO I

Visiones misteriosas

Enrique.— ¿Qué queréis revelarme, Señor, con estas

apariciones tan extrañas y tan raras? Sabéis muy bien que no deseo visiones ni imaginaciones, y que sólo anhelo veros a Vos. Obscureced, pues, Señor, los ojos de mis sentidos, para que no reparen en las criaturas, e iluminad los ojos de mi espíritu para que pueda libremente contemplaros a Vos. Sólo así mi alma vivirá en la alegría.

Y las imaginaciones se multiplicaban cada vez que él se esforzaba en ahuyentarlas, hasta que oyó la voz interior de Jesucristo que le decía:

Jesucristo.— ¿Cómo te rebelas contra estas imaginaciones. Súfrelas con paciencia, y sabe que han de persistir más de lo que tú quisieras.

Enrique.— ¡Jesús amabilísimo! No toméis a mal el que las resista; ya sabéis que no las desprecio, que no quiero otra cosa que lo que queráis Vos: pero moléstanme estas visiones porque no entiendo lo que con ellas queréis significarme.

CAPITULO II

Promesa de inteligencia

Jesucristo.— ¡Ah! sí. Representan misterios muy elevados que no tardarás en entender.

Enrique.— Es, Señor, que si estas visiones continúan, enfermaré, y me temo que no podré hacer penitencia. Ya siento que me están faltando las fuerzas porque estas imaginaciones trastornan y agotan todo mi ser.

Lo único que ahora entiendo, ¡Jesús mío! es que estáis airado contra los pobres pecadores. Siento por ellos una compasión muy grande, y desearía calmar vuestro enojo; pero a la vez comprendo mi pequeñez y mi indignidad.

Jesucristo.— Escribe, pues, cuanto vieres, para que los cristianos queden advertidos y se salven.

Enrique.— ¿Y de qué servirá, Señor, este trabajo? ¿Acaso los cristianos no tienen libros santos y buenos maestros? Todo cuanto se les diga es como el viento que pasa; no lo escucharán ni harán de ello caso alguno.

Jesucristo.— No digas eso; acuérdate de que Yo los amo tanto que, por una sola alma, gustosísimo me entregaría de nuevo a la muerte.

Cuanto vas a escribir se ordena solamente a la salvación de una persona, y es necesario que lo hagas, aunque para esto tuvieras que sufrir una muerte cruel.

Enrique.— ¡Ay, Jesús misericordiosísimo, libradme de este tormento!

Jesucristo.— Pero, ¿por qué?

Enrique.— Porque sé que disponéis de doctores y de sabios que podrían serviros mejor que yo. Yo no soy nada, ni sé hacer lo que pedís.

Jesucristo.— No serás tú el primero en mi Iglesia a quien he hecho merced de mis gracias de verdad y de elocuencia. Antes que a ti las he comunicado a muchos otros que no tenían tu habilidad ni tu talento. Confiesa tu pequeñez, pero comienza ya a escribir.

Enrique.— ¡Señor! No me obliguéis a escribir, que fuera de esto, dispuesto estoy a hacer cuanto os pluguiere. Perdonadme: me temo que me crearé muchas enemistades si escribo todas estas cosas.

Jesucristo.— Escribe fijándote solamente en honrar a Dios, y no te atribuyas nada a ti mismo. Si tus enemigos se ponen contra ti, toléralos como una prueba del cielo, como una cruz y procura sufrir esta persecución con más paciencia que todas las anteriores. Quien me sirve, nunca quiere vivir sin alguna cruz, y yo no lo abandono jamás.

Enrique.— No rehusó la cruz, ¡Señor!, pero tengo un

espíritu tan desfallecido y tan flaco, que no puedo escribir una sola letra.

CAPITULO III

Mandato riguroso de escribirlas

Jesucristo.— Aunque dudes de ti mismo, no debes nunca dudar de mí. Confía, pues, en mí y obedece.

Enrique.— Seguramente que los cristianos juzgarán como fábulas y mentiras las cosas que yo escribiere.

Jesucristo.— Puedes estar tranquilo. Eso me toca a mí. La experiencia mostrará la verdad de lo que escribas, y todo lo que yo te diga será muy conforme con la Sagrada Escritura y con las enseñanzas de la Iglesia.

¿Nunca has leído en el Antiguo Testamento y en el Nuevo de cuántas maneras favorece Dios a los que le son amigos? ¿Por qué no ha de hacerlo ahora según le pareciere? Escribe, escribe, y sabe que de cien años a esta parte no ha necesitado el Cristianismo tantos auxilios como ahora necesita, y que nunca los cristianos han estado en tan grande peligro de perecer como lo están ahora.

Enrique.— No me decido aún; mi espíritu está lleno de turbación. Me siento muy lleno de miserias y muy pequeño para una empresa tan grande. No me obliguéis, ¡Señor!

Jesucristo.— Castigaría tu resistencia como una desobediencia, si no viera que nace de tu humildad. Te mando en nombre de la Santísima Trinidad que por encima de todas las dificultades comiences a escribir.

Enrique.— Estoy a vuestro servicio. Soy un gusanillo de la tierra, indigno de figurar entre vuestras criaturas;

pero nadie podrá decir jamás quién sea el autor de estas páginas.

En nuestras conversaciones yo os llamo *amabilísimo, amadísimo, dulcísimo Señor*; decidme: ¿también en mis escritos podré trataros de igual suerte?

Jesucristo.— Si, muy bien. El amor intenso de los siervos de Dios, su dulce intimidad, comienza en esta vida y dura por toda la eternidad.

Cuando te acontezca escribir algo que no entiendas, ven a mí y yo te lo explicaré todo cumplidamente.

CAPITULO IV

Visión de la montaña

Durante once semanas consecutivas tuvieron lugar muchas entrevistas como la anterior, sin que el Bienaventurado pudiera comprender lo que iba escribiendo.

En sus frecuentes éxtasis mostrábale el Señor los grandes pecados del mundo.

Afligíase él grandemente, cayó varias veces enfermo por la pena que estas visiones le daban, y a tal extremo llegaron sus dolores interiores y exteriores, que estuvo a punto de morir. Por último le dijo el Señor:

—Toma la pluma y escribe. Abre los ojos de tu alma y mira dónde te encuentras.

El Bienaventurado se vió entonces en lo alto de una montaña gigantesca por su mole y por su elevación, en cuya cumbre había un mar dilatado de aguas profundísimas, puras y transparentes como el cristal, lleno de toda clase de peces, grandes y pequeños. El agua que formaba

este mar parecía elevar constantemente su nivel en toda su extensión.

Aquella montaña estaba poblada de rocas muy escarpadas, a través de las cuales caía torrencial y estrepitosamente el agua, que rebasaba del mar de la cumbre y no se detenía hasta llegar a un valle muy profundo.

Con el agua caían también muchos peces, reunidos en grupos muy numerosos, que se estrellaban contra las rocas.

Entonces vió él que los peces procedían del mar de la montaña, que a las veces se reunían en grandes grupos y luchaban unos contra otros y caían todos con el agua. Llegados a lo profundo del valle, seguían el curso de los ríos e iban a internarse en el mar.

Pero pudo observar que su número disminuía a medida que se iban alejando del agua de la montaña, porque constantemente, durante su camino, iban sucumbiendo en los anzuelos y en las redes de los pescadores, de tal modo, que sólo la mitad de ellos pudo llegar a la mar.

Luego, saliendo de nuevo de la mar, subían penosamente contra las corrientes de los ríos en busca otra vez del agua de la montaña. Pero las dificultades del camino y las redes de los pescadores hicieron sucumbir a tantos, que no pasarían de mil los que pudieron llegar a sus aguas primeras; y aun muchos de éstos que pudieron llegar a las rocas y al agua de su origen fueron arrastrados por el torrente que caía, y de este modo perecieron.

Mas como es condición del pez el hacer todo lo posible por volver a su principio, algunos, después de grandes esfuerzos y de grandes peligros de la vida superados en el camino, llegaron por fin al mar de la montaña. Y éstos recibían, por decirlo así, una nueva existencia desde el momento, en que entran en el mar de su nacimiento; disfruta de una felicidad perfecta, y se multiplicaban tan co-

piosamente que pronto volvieron a poblar la mar en inmensa multitud.

Y hay que notar que desde el momento de volver a su principio y origen cambiaron de nombre y de color.

CAPITULO V

Explicación de la visión

Enrique.— Dulcísimo Jesús: decidme qué queréis significarme con estas visiones de montañas, de rocas, de aguas y de peces.

Jesucristo.— Por ellas conocerás el peligro en que en estos tiempos vive la Iglesia; cómo los cristianos se dejan llevar miserablemente por todo género de vicios, y cuán pocos son los que vuelven a su principio y se salvan..

Enrique.— ¡Señor! Estoy lleno de espanto y de terror. Aquí está mi vida; atormentadme con los atroces dolores y con la más cruel de las muertes...; pero tened misericordia y compasión de vuestra Iglesia.

Jesucristo.— ¿De qué les ha de servir tu vida ni tu muerte, cuando hasta la mía es inútil?

Enrique.— Como vuestra muerte, Señor, es divina y todopoderosa, yo espero que serán muchos los que se salven.

Jesucristo.— Todos los cristianos lo creen, y, sin embargo, te aseguro que en este siglo se salvarán muy pocos.

Enrique.— Perdonad, Señor, la ignorancia de los cristianos; si los pobrecitos conociesen lo que es el pecado, seguramente que no lo cometerían.

Jesucristo.— ¡Vanas disculpas! Todo cristiano que tiene uso de razón conoce los preceptos de Dios y debe obser-

varlos. Con todo, han perdido el temor del Señor, y viven en oposición constante con su ley y con su Iglesia no solamente los ciegos e insensatos, sino también los que están llenos de deseos y viven con apariencias de virtud.

Enrique.— Es duro y terrible, Señor, lo que decís del escaso número de los que se salvan. Quitadme la vida, porque no puedo sufrir la pérdida de tantas almas, y cuando en ellas pienso me siento desfallecer y morir.

Jesucristo.— Es preciso que tu vida se conserve, y que lleves con resignación esta cruz. Abre los ojos del alma y repara en el lugar en que te hallas.

CAPITULO VI

Allá abajo en el valle

En aquel momento fue arrobado en éxtasis, y junto a la montaña altísima vió un valle profundísimo lleno de rocas de elevación muy desigual.

Seres exquisitamente delicados e increíblemente hermosos, descendían desde lo alto de la montaña a lo profundo del valle; pero en el punto mismo en que tocaban la tierra, se ponían negros como el carbón.

Comprendió que aquellos seres eran almas humanas que salían de las manos de Dios tan hermosas y tan puras, y contraían la fealdad y la mancha del pecado original en el punto mismo en que se unían a los cuerpos.

Enrique.— ¿Cómo, Señor, me hacéis ver estas almas tan feas, siendo así que todas ellas han sido purificadas con las aguas del Bautismo?

Jesucristo.— Es cierto; pero los hombres caen con harta frecuencia en el fango de los vicios.

Enrique.— ¿Y qué significan la montaña tan alta y las rocas tan escarpadas?

Jesucristo.— A ti te harán entender que el cielo no es para los perezosos, débiles y remisos y que sólo después de muchas fatigas muchos sudores, muchas victorias, y después de haber orillado muchos obstáculos, puede el hombre llegar a él.

¿No observas el desprecio con que se falta a las leyes de Dios y preceptos de la Iglesia, y cómo el pueblo cristiano está en estos tiempos completamente sumergido en el cieno del pecado?

CAPITULO VII

Visión de los pecados del mundo

Al llegar aquí describió el Señor los pecados principales del pueblo cristiano. De sus ojos brotaron entonces raudales de lágrimas amargas, al ver la suerte triste de tantos desgraciados. Y de tal modo afectaron su corazón las angustias que sentía que estuvo a punto de morir. Pero la virtud del cielo vino presto en su ayuda; y reechas sus fuerzas, el Bienaventurado se derribó en tierra, tendióse en forma de cruz, y clamó al Señor:

Enrique.— ¡Dios mío, a la vez poderoso y amable, dulce y terrible!, oíd mi súplica. Aquí tenéis mi corazón y mi alma, y mi cuerpo. Todo os lo ofrezco por la salvación y la reforma de la Iglesia; quiero merecerla aunque sea padeciendo dolores crueles y una muerte horrible.

Jesucristo.— ¿De qué podrán valer tus dolores y tu muerte en favor de mi Iglesia, después que Yo mismo por ella derramé toda mi sangre y sufrí la muerte más terrible

e ignominiosa, sin que los hombres de ahora, en su generalidad, obtenga de ella el más mínimo provecho? ¿Quién hay que se acuerde hoy de mi Pasión y de mi Muerte, que no sea para burlarlas, despreciarlas y blasfemarlas?

Enrique.— ¡Jesús dulcísimo! ¡Ay!, que mi dolor es inmenso; pero no quiero desesperar. Os ofrezco vuestra propia muerte y os conjuro que perdonéis a vuestra Iglesia.

Jesucristo.— Pero, ¿cómo quieres que sufra tantos pecados? No puedo aguantar más. Es preciso que se manifieste mi justicia. ¿No ves la vida de los cristianos ajena a todo temor de Dios y sumida en toda disolución y en todos los vicios?

Enrique.— Con todo, yo confío, Señor, que muchos aún conservan para Vos un temor verdadero, santo y filial.

Jesucristo.— Quien teme a Dios no obra contra El. ¿No están pisoteando las leyes de la Religión todas las naciones del mundo? Repara en el clero, en el pueblo, y verás si encuentras quien me honre o quien viva santamente (1).

Los poderosos

Jesucristo.— Quiero hacerte ver ahora todo el fasto, la magnificencia y el orgullo de los emperadores, de los reyes, de los duques, de los príncipes, y de todos los poderosos del mundo, con todas sus vanidades y lujos inexcusables delante de Dios.

(1) En esta negra visión de los pecados del mundo omitimos intencionalmente las descripciones relativas a las jerarquías, oficios y estados eclesiásticos, porque, gracias a Dios, han pasado ya aquellos malos tiempos, y por otra parte su contenido no es de utilidad común al pueblo fiel al que estas páginas van dirigidas.— (Nota del Traductor).

Antiguamente los emperadores y los reyes recibían el poder de manos de Dios con una gran humildad, considerábanse como ministros suyos, servidores de Cristo, y a sus pies ponían su propio cuerpo, su alma, su poderío y todos sus tesoros. Su preocupación primera era conservar la paz y concordia en la Iglesia de Dios; y siempre que era preciso, arriesgaban su misma vida en el campo de batalla para defender y propagar la verdad.

Los duques, los príncipes, los condes, los barones, los marqueses, los caballeros y todos sus nobles vasallos seguían su ejemplo y sufrían gustosos todas las fatigas de la guerra en obsequio de la Fe. Y entonces la Iglesia gozaba de una paz inalterable.

Las reinas, las princesas y las grandes señoras, eran también graves, modestas y temerosas de Dios.

Hoy los poderosos no conocen cuál sea el camino de la virtud: se guían en todo por razones de Estado, por el orgullo, la ambición o el placer. Los ricos y los grandes viven como bestias, entregados a todos los vicios, sin conciencia y sin Dios. Nadie piensa en más que en oprimir al pobre y apoderarse de sus míseros haberes, insultando así a Dios, que es el padre y defensor de los que poco pueden.

Los patronos y comerciantes

Fíjate ahora en la vida que hacen los propietarios y los comerciantes, arrastrados por el deseo inmoderado del lucro y de tal modo cegados por la avaricia, que ni en el momento mismo de su muerte son capaces de desprenderse con el corazón de sus riquezas. Todo proviene de su ambición y de su orgullo, porque todos quieren ser más ricos que los otros, cuando sería mejor que cada uno se contentase con una ganancia módica, suficiente para

atender a sus necesidades, y luego descansar, retirarse de la vida de comercio para no verse arrastrados por la avaricia, y vivir los años que le queden una vida morigerada virtuosa, pacífica, tranquila y más conforme con la ley de Dios.

Pero es irresistible la sed del oro, y el corazón que llega a sentirla, con dificultad puede deshacerse de ella, sino que cuanto más posee más quiere poseer, y cada día está más intranquilo y más inquieto, y por lo mismo más privado de la gracia, puesto caso que Dios no quiere habitar en un corazón turbulento, atormentado y manchado por el amor al oro y a la plata escrito está que Dios escoge siempre por morada suya la paz de la conciencia tranquila.

Además, la muerte de los avaros está llena de peligros. Todos lo saben, pero no quieren pensarlo, porque el amor de las riquezas los ciega y el orgullo los desvanece.

Sueñan siempre con nivelarse por medio de las riquezas con los que son más grandes o más ricos que ellos, y se les endurece el corazón en todo lo que se refiere a Dios y a los pobres mientras que son espléndidos y aun pródigos en todo lo que sea crecerse ante los demás. Necesitan atormentarse día y noche y hacer imposibles para que sus riquezas aumenten y pueda mantenerse el lujo y boato de su casa.

Enrique.— Pero, Señor; dado caso que las riquezas son tan perjudiciales a los que las tienen y tan peligrosas para su salvación ¿por qué Vos se las concedéis?

Jesucristo.— La bondad de Dios es infinita y no puede dejar obra buena sin la recompensa que se merece. Cuando ve aun corazón ansioso de bienes temporales, satisface sus deseos y se los concede, premiando así algunas buenas obras naturales que habrá hecho durante su vida... ¡Desgraciados los que ponen su felicidad en los bienes de este mundo, porque se exponen a una infelicidad infinita y eterna!

Obreros y paisanos

El mundo ha corrompido también a los obreros, a los pobres paisanos, a muchos que vivían contentos en su condición humilde, con gran sencillez y con gran tranquilidad de espíritu. Ellos eran los que alegraban el corazón de Dios, y El los amaba y cuidaba como las niñas de sus ojos.

En estos tiempos ya son orgullosos, no quieren obedecer a sus superiores, defraudan y engañan al prójimo en sus contratos y faenas, están en constantes reyertas entre sí, piensan el mal, y gruñen porque no pueden cumplir sus malos pensamientos. Lo mismo sucede con los moradores de las aldeas: viven como las bestias que tienen en sus rebaños, con la más profunda ignorancia del Evangelio y sin ningún temor de Dios.

Las mujeres

Mira también a qué extremos han llegado las mujeres y cómo tampoco entre ellas tienen cabida la gloria de Dios y su santo temor.

El mundo está lleno de mujeres que han perdido toda vergüenza y son aún más desordenadas y más libres que los hombres. Ya comprenderás que no me refiero ahora a las mujeres honestas, piadosas y santas, sino a las que viven en el mundo perdiendo miserablemente el tiempo en conversaciones frívolas, en culpables diversiones y disipando su corazón y sus sentidos en vanidades fútiles. Son las que tienen su corazón puesto en las criaturas y piensan más en agradar a los hombres que en agradar a Dios.

Son cuevas de ladrones, monstruos del infierno. Dios las mira con horror, aunque por algún tiempo disimule sus pecados y no los castigue. Y ellas, entre tanto, quieren

pasar por señoras honestas, siendo así que son peores que las mismas mujeres pecadoras; porque al fin y al cabo éstas están siempre temerosas de condenarse, mientras que aquellas viven tan seguras y contentas en sus pecados y fealdades, olvidándose de que hay un Dios y de que tienen un alma.

Con sus adornos exquisitos, su andar, sus gestos, sus palabras, con sus miradas casi siempre impúdicas y deshonestas, provocan al pecado a los hombres mucho más que las mismas mujeres públicas, y dan al infierno una ganancia muy grande.

Cada día cometen muchos pecados mortales sin darse cuenta; ellas, con todo, creen lo contrario, y quedan admiradas cuando se les advierte. Pero lo cierto es que los jóvenes mundanos, al verlas hermosas y tan adornadas, arden e deseos malos, por los cuales se hacen culpables delante de Dios, aunque no puedan satisfacerlos. Y estas mujeres son sus cómplices, porque son las que los provocan con sus modales, con su desenvoltura y con sus miradas. Los que las encuentran en las calles, en las reuniones, en las iglesias, fácilmente sienten los ardores de la concupiscencia y fácilmente también caen en pecado; y las culpables de todo son esas desgraciadas, por más que ellas no quieran creerlo.

Cuando les llegue la hora de la muerte, el demonio les hará presente su orgullo, la vana complacencia de sí mismas, sus ligerezas pecaminosas y muchos pecados suyos con los que nunca soñaron, y las hará caer en la desesperación y después en la muerte eterna. ¿De qué les han de servir allá sus comuniones y el mismo Viático, si se acercan a la Santa Mesa sólo para despistar al mundo con apariencias?

En aquella hora no tienen presentes muchos de sus pecados, que jamás han conocido, y así me reciben en un corazón manchado y muerto. ¡Más les valiera en tal caso

recibir en su pecho a toda una legión de demonios que no a un Dios vivo y airado!

¡Desgraciados de los confesores que no advierten ni iluminan a estas desgraciadas!

Los casados

¿En qué errores también no viven los casados? Ellos han convertido la santidad del matrimonio en un verdadero desorden. Se aman como las bestias, sin razón, sin regla, sin objeto como si Dios hubiera instituido el matrimonio para saciar los apetitos desarreglados de la naturaleza corrompida, y no para que los casados vivieran en él con toda santidad y castidad, según las leyes que El mismo estableció.

¡Oh!, si los hombres se atuvieran a estas leyes, el matrimonio sería utilísimo para las almas y para los cuerpos; porque Dios no es enemigo de la naturaleza, toda vez que El la ha creado, y la conserva, y la ha hecho la más perfecta de todas las naturalezas. Pero los casados abusan del matrimonio y se debilitan y enferman.

CAPITULO VIII

La indignación divina

Te he hecho ver, Enrique, los pecados del mundo para que llores y gimas, y para que, inflamado por los ardores de la caridad ardiente y compasiva que atesora tu alma, ruegues al Señor con todo tu corazón por la Iglesia y por tantísimas almas como están en peligro de conde-

narse. Si Dios quisiera castigar al mundo como en tiempo de Noé, sería preciso que cada año repitiese el castigo. Pero quizás no tardes en ver los rayos de la cólera divina y las señales reveladoras de su furor.

Hace muchos años que el Señor, usando de su misericordia, viene avisando al mundo por medio de diversos castigos, guerras, pestilencias, etcétera; pero todo ha sido sin fruto; los hombres lo olvidan todo como si hiciera ya muchos siglos que pasó. La justicia de Dios permitirá que los cristianos se peleen y destruyan mutuamente en guerras sangrientas, porque el mundo está corrompido y no conoce el pecado como pecado.

El castigo se acerca. La muerte los sorprenderá y matará los cuerpos, que serán puestos en los sepulcros, y las almas, que perecerán en la desesperación. Los que se arrepientan a la hora del morir tendrán que sufrir en el Purgatorio, y Dios, a quien ellos ofendieron en tantas maneras, los tendrá abandonados hasta el día del juicio y hará que no se acuerden de ellos ni siquiera sus parientes y amigos, ni llegue a ellos el sufragio y consuelo de las oraciones de los vivos.

El juicio particular que cada alma sufre a la hora de la muerte es mucho más terrible de lo que creen los hombres, pues los demonios tienen mucha fuerza en aquel último instante estribando siempre en los pecados del hombre que muere.

Dios arruinó a los judíos por causa de su avaricia y de sus pecados secretos; y si quiere El también perder para siempre y exterminar a los cristianos por su olvido del Señor, por ingratos a sus beneficios, y sobre todo al gran beneficio de la Pasión de su Salvador, será necesario que derrame contra ellos todo el furor de su venganza, el rayo, el fuego, las guerras y la muerte.

Así está el mundo: corrompido todo, envuelto en un mar de lujuria, de orgullo, de avaricia de ambición, de

envidia, de odio, de pereza, de mala voluntad y de hipocresía. De todos estos pecados están llenos los reinos, las provincias, las ciudades, los castillos, las aldeas, los monasterios, los conventos; a toda clase de personas han alcanzado: a los seglares y a los eclesiásticos, a los sacerdotes y a los legos, a los ricos y a los pobres, a casi toda la Iglesia.

Los cristianos pueden temer mucho, no sea que la Justicia divina triunfe al fin de la misericordia, y Dios mande a sus fieles que cesen en sus oraciones fervorosas, que son las que sostienen el mundo, para poder vengar todos los ultrajes y pecados con que se escarnece a su Hijo unigénito.

Enrique.— Mi corazón va a estallar de dolor; parece que todos mis huesos se quebrantan, y pienso que voy a morir de pena. ¡Jesús misericordiosísimo: tened piedad de vuestra Iglesia!

LIBRO II

LAS NUEVE ROCAS

CAPITULO I

La visión

Cuando la horrorosa visión de los pecados del mundo hubo terminado, Dios regaló al Bienaventurado con otra visión mucho más agradable y consoladora.

Parecióle que estaba donde al principio: al pie de una montaña que se levantaba hasta las nubes del cielo, compuesta de nueve rocas distintas en su figura y en su magnitud.

De repente se encontró sobre la roca primera, que era la inferior, y que estaba, sin embargo, a la suficiente altura para que desde ella se viera todo el mundo. Desde allí pudo ver toda la redondez de la tierra cubierta por una extensísima red; y preguntó al Señor cómo aquella red se extendía sobre toda la tierra pero dejando al descubierto las rocas de la montaña, y el Señor le respondió:

Jesucristo.— Por medio de esta figura he querido representarte la esclavitud del mundo, y cómo el demonio lo tiene prendido en la red del mal. Si te hubiera hecho ver

los pecados en su realidad, sin imagen alguna, seguramente que esta visión te habría horrorizado y no la hubieras podido sufrir.

Has de saber que si la red no cubre también la montaña es porque los moradores de ella son temerosos de Dios y viven sin pecado mortal. Y repara bien en su número; que si los comparas con los cristianos que están debajo de la red del mal, hallarás que por cada cien hombres que viven en pecado mortal apenas hay uno que viva en la montaña exento de error y en gracia de Dios.

CAPITULO II

En la primera roca

Enrique.— ¿Por qué hay menos moradores en la roca inferior que en las rocas superiores?

Jesucristo.— Mira; los de la roca primera son los tibios y muelles, que no trabajan para ser cada día mejores. Se contentan con tener la buena voluntad de no pecar mortalmente, y así pasan la vida, sin ocurrírseles siquiera que pudieran hacer mucho más.

Enrique.— Observo, Señor, que esos están muy próximos a las redes del mundo, y que deben vivir con mucho peligro. ¿Se salvarán o se condenarán?

Jesucristo.— Si aciertan a morir sin pecado mortal, se salvarán pero esto es más difícil de lo que ellos creen, puesto que piensan que se puede a la vez obedecer a Dios y a la naturaleza; y con tales disposiciones difícil, por no decir imposible, es perseverar en la gracia y amistad de Dios. Con todo, si perseveran, se salvarán.

Les espera, sin embargo, un purgatorio horroroso,

para que en él compensen todas las condescendencias, grandes y pequeñas, que han usado con sus caprichos y veleidades, por medio de sufrimientos angustiosos, continuos y prolongados. Y luego que se hayan purificado completamente, volarán al Cielo a recibir su corona, en sí muy grande, pero muy pequeña y muy pobre en comparación de las coronas que recibirán los que han sido más esforzados y no han vivido como ellos, sin trabajos, sin luchas, sin un amor de Dios generoso y magnánimo.

Enrique.— Veo, Señor, que muchos dejan la roca y caen en la red, mientras que otros se escapan de la misma red, esculálidos y macilentos como si salieran del sepulcro. ¿En qué consiste esta diferencia?

Jesucristo.— En esta roca no pueden permanecer los que consientes en pecado mortal. El hastío y la tibieza los hacen desfallecer continuamente y vuelven a sus vicios y malas costumbres, y por eso caen de la roca. Los que salen de la red son los que se arrepienten, dejan de corazón el pecado y huyen de los lazos del demonio. Están pálidos y macilentos porque, aunque están arrepentidos, no se han confesado todavía. Con la confesión de sus pecados recobrarán la mirada tranquila y el rostro colorado que tienen los demás moradores de esta roca.

Enrique.— ¿Y qué hacen Señor, todos estos jóvenes que saltan de la roca riendo y retozando, y que van a caer en la red?

Jesucristo.— Acuérdate de los peces del mar de la montaña. Cuando las aguas caían de las rocas del valle, con ellas caían también los peces, y se dispersaban por los ríos y por el mar. Estos jóvenes son todos los cristianos que al llegar al uso de la razón no se convierten a Dios, sino que pierden la sencillez de su corazón para entregarse al demonio, que desde aquel momento es su señor y su guía que los induce a todos los engañosos placeres del mundo.

A medida que pasan sus años aumenta su esclavitud, y luego les es muy difícil y muy penoso volver a su principio, que es Dios, porque no han conocido en esta vida más bienes que los sensibles y perecederos.

Enrique.— ¿Por qué, Señor, me lleváis a lo más lejano del globo, y qué monstruo es el que veo allí cargado de cadenas? Es tan temible y espantoso, que bien pienso podrá destruir el mundo entero.

Jesucristo.— Aquel monstruo infernal es Lucifer. ¡Oh! si lo vieras como es, no podrías sufrir su aspecto aunque fueras mil veces más valiente de lo que realmente eres.

De buena gana encadenaría él a todos los hombres, si no se lo impidiesen las almas virtuosas y santas, que nunca faltan en mi Iglesia.

Así, ni a los habitantes de la roca primera puede su- byugar, si ellos voluntariamente no se someten y se apartan de Dios y de su gracia.

No obstante, el demonio tiene las grandes ocasiones y facilidades para engañarlos, pues viven absortos en los asuntos e intereses mundanos, aman los honores, buscan los placeres de la naturaleza, del alma y del cuerpo, y, en consecuencia, están muy cerca de caer en la red y en las cadenas del demonio, por más que tenga el propósito de cumplir fielmente la ley evangélica huir siempre del pecado mortal.

La desgracia de estos hombres está en que no quieren domar la naturaleza y someterla al espíritu ni renuncian a su voluntad y a su propio juicio, ni toman nunca a pecho el adelantar en el camino de la vida espiritual.

Enrique.— Tales personas, Señor, no deben conocer la paz verdadera que se encuentra en Vos.

Jesucristo.— La paz y el gozo son frutos del Espíritu Santo y nadie puede disfrutarlos si antes no se abandona en todo su corazón en manos de Dios. Quien desee evitar las penas y desazones interiores de cada día y llegar a la

verdadera paz y alegría, debe empezar por luchar con la naturaleza y domeñarla.

CAPITULO III

En la roca segunda

Luego fue Enrique llevado a la segunda roca, que era mucho más hermosa y agradable que la primera.

Sus moradores tenían el rostro tan resplandeciente y espléndido que apenas se les podía mirar sin deslumbrarse. Su vida era mucho más pura y más espiritual que la de los moradores de la roca primera, pero eran mucho menos numerosos.

De vez en cuando subían algunos de la primera roca a la segunda, y otros descendían de la segunda a la primera. Entonces preguntó el Bienaventurado al Señor.

Enrique.— ¿Qué significan esos tránsitos de una roca a otra, y cuáles son las condiciones de esta nueva estancia?

Jesucristo.— Esta roca es una morada más santa que la anterior. Los que en ella viven son más austeros y practican ejercicios de piedad más elevados.

Siempre hay algunos en la roca primera que caen en la cuenta de lo peligroso de su vida, y obedeciendo al impulso de la gracia, dejan la vida que llevaban y suben a la roca segunda para vivir con más seguridad y más apartados del mundo.

A la vez, hay otros en la roca segunda a quienes el demonio tienta con fuerza, y les hace pensar que no podrán continuar siempre practicando el bien, ni vencerán muchas veces las mismas dificultades; quieren volver a la

roca primera, y el diablo los lleva al lugar en donde estaban al principio.

Enrique.— Estoy encantado con los que permanecen siempre fielmente sobre esta roca: ¿quiénes son?

Jesucristo.— Son los que han dominado su naturaleza, han despreciado generosamente las promesas del siglo, han renunciado a su propia voluntad, y han elegido un confesor docto por cuyos consejos y dirección se han guiado, como si fueran consejos del mismo Dios.

Enrique.— ¿Están éstos muy próximos a la perfección?

Jesucristo.— Viven aún muy lejos de su primer principio, que es Dios. Para unirse a El perfectamente y subir a la cumbre de la montaña, han de escalar primero una por una todas las rocas superiores.

Enrique.— Señor, ¿también a estos puede engañar y atormentar el demonio?

Jesucristo.— También puede hacerles daño con su astucia y artes diabólicas. Teme que todos se le escapen, y cuando ve que algunos adelantan en la vida espiritual, llega a persuadirlos de que son de complexión orgánica débil y que deben moderar sus asperezas, pues Dios no manda imposibles. Poco a poco los va engañando.

Sin que ellos se aperciban, les va enfriando y endureciendo el corazón. Luego los exhorta a confiar y descansar en la misericordia divina, fiados en que ellos han hecho ya lo bastante renunciando al mundo y con él a muchos y prolongados placeres que les hubieran sido ilícitos; y una vez que les ha inculcado esta vana complacencia de sí mismos, llega a convencerlos de que no necesitan dirección y consejos de otros; de este modo llegan a creer y confiar en sus propios méritos hasta la hora de la muerte.

Enrique.— ¿Y cómo sus confesores no les hacen ver los ardides del tentador? ¿O es que tampoco ellos los conocen?

Jesucristo.— Los amigos de Dios y los confesores cono-

cen muy bien estas tentaciones del demonio; pero temen que si los reprende con severidad se les huyan del buen camino, y se precipiten por sí mismos en la red, y sea todo completamente perdido.

Dios quiere a los habitantes de esta roca más que a los de la inferior, porque viven con más santidad, saben dominar la naturaleza, y están más cerca de su origen y principio, que es Dios.

También en el Purgatorio serán sus tormentos más llevaderos, y en el Cielo recibirán una corona mayor y más preciosa. Ya te he dicho, sin embargo, que para ser perfecto es necesario escalar las nueve rocas.

Enrique.— Y Vos, Señor, ya que sois tan bueno, ¿por qué no tomáis a estas almas por vuestra propia mano, y elevándolas de pronto sobre todas las rocas, no las lleváis hasta la cumbre de la montaña de una vida santa y perfecta? Por mi parte estoy seguro de que nunca abandonáis a quien en Vos pone su esperanza y, renunciando a todas las criaturas de la tierra, os elige a Vos como amigo único y querido.

Jesucristo.— Es verdad; con mi gracia levanto siempre a una perfección mayor a todo el que persevera con constancia y con fervor; pero son muy raras las almas constantes y fervorosas.

CAPITULO IV

En la roca tercera

El Bienaventurado fue arrebatado en espíritu hasta la roca tercera, y vió que algunas personas saltaban de la roca primera, y sin detenerse en la segunda llegaban en

seguida a aquellas alturas Y pregunto al Señor:

Enrique.— ¿Quiénes son éstos que tan rápidamente suben las rocas y llegan a la tercera?

Jesucristo.— Son hombres santos, que escasean mucho en estos tiempos. Muchas veces ha habido en la Iglesia muchos siervos de Dios que se entregaban por completo a la Sabiduría Eterna, con mucho celo y con grande ánimo; que se negaban a sí mismos y a todas las criaturas frágiles y efímeras, y que se elevaban a las alturas con tanto ardor que, con la gracia de Dios, en un solo momento atravesaban todas las rocas y llegaban a la cima de la montaña pero ahora, ¿dónde está ésta raza de cristianos?

Enrique.— ¿Quiénes son, Señor, los que viven en esa roca? Parécenme llenos de virtudes, y su sola presencia alegra el alma.

Jesucristo.— Estás en lo cierto, pues éstos viven llenos de Dios, que particularmente los atiende con su gracia, y los prefiere a todos los de las rocas inferiores.

Son austeros, mortificados, dados constantemente a las prácticas interiores con las cuales esperan obtener la gloria y huir el Purgatorio en cuanto les sea posible. Como nada tienen que ver ellos con los intereses y pensamientos mundanos, son también más perfectos; pero aún están lejos de su principio, que es Dios, porque aún no están libres de las sugerencias y engaños del demonio.

Tampoco están totalmente desprendidos de sí mismos en las pocas relaciones que al mundo les unen, ni han ahogado por completo la vana complacencia de sí mismos en sus ejercicios espirituales y en sus austeridades.

Con todo eso, la generosidad con que abrazaron vida tan santa y los esfuerzos que hacen para vencer y dominar la naturaleza les salvarán, y después de un purgatorio menos doloroso, llegarán a obtener una corona de gloria mucho más espléndida.

CAPITULO V

En la roca cuarta

Jesucristo.— Levanta los ojos y mira la cuarta roca.

El Bienaventurado vio que algunos de los moradores de la roca tercera subían a la cuarta, pero que apenas habían puesto pie en ella caían de nuevo hacia abajo con tan mala fortuna, que algunos no se detenían hasta dar consigo en la red del valle, bajo la cual se quedaban. Entonces preguntó al Señor:

Enrique.— ¿Quiénes son aquellos que caen, y qué significa lo que estoy viendo?

Jesucristo.— Hay personas que por medio de una vida austera y penitente han pasado ya de las rocas primeras y han podido llegar hasta la cuarta, aunque a duras penas: y luego en seguida han sido engañados por el demonio y por la carne y vuelven desgraciadamente a sus antiguos vicios y pecados, a los placeres mundanales, a ponerse bajo el dominio del enemigo de sus almas. ¡Si vieras cuán difícil les es luego volver a subir a las alturas de donde han caído...

Enrique.— Señor, ¿quién es aquel hombre que sale de las redes del valle, y atraviesa rápidamente las rocas inferiores, y se posa en la roca cuarta?

Jesucristo.— Es un arrepentido, que ha llegado a conocer su desventura viviendo bajo las redes del demonio. Siente una pena muy honda en su corazón, y en su alma una contrición tan intensa, que de buen grado escribiera sus pecados con su propia sangre para de este modo confesarlos y satisfacer por ellos. Ha domeñado la naturaleza, se ha vencido a sí mismo, ha hecho penitencias durísimas que han debilitado sus fuerzas y mortificado su cuerpo; y Dios, viendo su arrepentimiento y el fervor de su conver-

sión, le concede gracias tan abundantes, que en espacio muy breve de tiempo ha llegado a tener la santidad de los moradores de la roca cuarta.

Enrique.— Veo, Señor, que habéis tenido la gran bondad de colocarme a mí también en esta roca. Estoy admirado del esplendor y santidad de los que en ella moran y desearía conocer su modo de vivir.

Jesucristo.— No hacen otra cosa, día y noche, más que esforzarse por dominar la naturaleza y vencerse a sí mismos.

Enrique.— Debéis Vos amarlos mucho, porque ya parecen perfectos.

Jesucristo.— Los amo mucho, de verdad; pero no son todavía perfectos, puesto que aún están muy lejos de su origen, aunque no tanto como los de las rocas inferiores.

Enrique.— ¿Y cómo es que el demonio puede haberse las con ellos siendo como son tan poderosos?

Jesucristo.— Los engaña induciéndoles a hacer algunas buenas obras con un poquito de amor propio y con una secreta complacencia de sí mismos.

Enrique.— No les falta, según eso, más que el que se nieguen a sí mismos.

Jesucristo.— Es claro. Según las gracias que de Dios han recibido, debieran morir a sí mismos y no dejarse engañar por el demonio; y con todo caen también en los ardidés de Satanás y obran el bien por amor propio y vana complacencia. Por otra parte, ya sabes que nadie puede llegar hasta Dios, que es su origen, mientras permanezca aferrado a su propia voluntad.

Y como el demonio sabe muy bien que los que se ponen en las manos de Dios sin reserva alguna, de todo corazón y con profunda humildad, reciben luego la remuneración de gracias particulares e inefables dulzuras, esfuerzase por que perseveren sirviendo a su naturaleza; y, una vez conseguido esto, fácil le es hacerles caer en impacien-

cias, en cólera y en otras faltas, a pesar de la buena voluntad con que ellos procuran evitarlas.

No puede ser que les vaya del todo bien, porque no han muerto aún a todas las cosas del mundo.

Enrique.— Con todo eso, los de esta roca me parecen los más perfectos y los más próximos a Dios que yo he visto en toda mi vida; decidme, ¡Señor!: ¿quiénes son vuestros amigos más íntimos y más queridos? ¿No se parecen a éstos?

Jesucristo.— No; porque aunque; estos poseen abundantemente mi gracia y mi amistad, el apego que tienen a su voluntad propia les priva de los singularísimos y ocultísimos favores que concedo solamente a los que son mis íntimos de verdad. Y por ese mismo apego a su voluntad tendrán que ser purificados en las llamas del Purgatorio, y su corona de gloria no será tan excelsa como la que recibirán mis amigos íntimos.

Enrique.— ¡Señor!, por favor, mostradme vuestros amigos felices y bienaventurados.

Jesucristo.— Ya los verás cuando hayas subido todas las rocas que te faltan y hayas llegado a la cumbre de la montaña. Entonces también tú te unirás a tu principio.

Enrique.— No pretendo tanto, Señor, pues que soy muy despreciable, desnudo de todo mérito y de toda virtud, e indigno de vuestra gracia. Pero, hágase en todo vuestra santa voluntad.

CAPITULO VI

En la roca quinta

El Bienaventurado tuvo entonces una visión más elevada, que le condujo en espíritu hasta la roca quinta, en

el preciso momento en que acababan de escalarla algunos de los moradores de la cuarta. De éstos, algunos volvieron a bajar en seguida que hubieron llegado, mientras que otros, los menos, permanecieron en su nueva estancia. Al ver esto, preguntó al Señor:

Enrique.— ¿En qué consiste el que no hayan quedado en esta roca todos los que han llegado a ella? ¿Es que no les agrada la nueva morada, o que no les gusta la compañía de los que encuentran aquí?

Jesucristo.— Ya ves que esta montaña es muy alta, y los que quieren subir necesitan hacer muchos y grandes esfuerzos. Todos los que a esta roca llegan y en ella permanecen sin desmayar, comienzan a entrar en el camino que los llevará a su principio y a la unión con Dios.

Enrique.— No me admira que sean tan amables y estén tan contentos; lo que sí me sorprende es que sean tan poquitos. ¿Quiénes son, Señor, y qué vida hacen?

Jesucristo.— Estos son los que han entregado a Dios su voluntad sin reserva y perseveran en la firme resolución de no guiarse en nada por sí mismos, sino dejarse gobernar en todo por Dios y por sus superiores hasta la muerte.

Enrique.— A éstos debéis quererlos mucho, puesto que ya han atinado con el verdadero modo de agradar a Dios. ¿No están ya cerca de su origen y de la perfecta unión con Dios?

Jesucristo.— Aún están lejos, y el demonio les arma lazos y hace cuanto puede por detenerlos en sus progresos, pues ve que están en el verdadero camino de la perfección.

Enrique.— Pero ¿no se han abandonado por entero en manos de Dios?

Jesucristo.— Sí, pero con inconstancia. Por esto hay muchos que no perseveran, y vuelven a su propia voluntad, y a vivir sin negarse a sí mismos en todo y por todo. Luego les pesa, y vuelven a la roca quinta cuando se dan

de nuevo a Dios sin reserva, y de este modo están en un cambio continuo, subiendo y volviendo a bajar, sin tener perseverancia en sus santos propósitos y en su abnegación primera.

Enrique.— ¿Y de dónde les viene esta inconstancia?

Jesucristo.— De que su voluntad no está del todo muerta. Dios les ama, sin embargo, y son más perfectos que cuantos han has visto hasta ahora, porque desde un principio se despojaron de su propia voluntad para entregarse a Dios. Y aunque no siempre perseveren en este estado, viven casi todo el tiempo de su vida en esta quinta roca.

Después de su muerte pagarán en el Purgatorio esta falta de constancia pero luego disfrutarán en el Paraíso de una gloria muy grande.

CAPITULO VII

En la roca sexta

De la roca quinta fue el Bienaventurado trasladado a la sexta que estaba más alta y era más hermosa que las anteriores.

Allí vio hombres de extraordinaria hermosura y deslumbrante esplendor. Pero notó que eran muy poquitos, porque casi todos los que llegaban a aquel lugar, procedentes de la roca quinta, volvían a bajar a ésta; de modo que apenas si quedaba allí uno por cada ciento de los que caían. El Bienaventurado preguntó al Señor, lleno de admiración:

Enrique.— ¡Qué deliciosa es esta morada! ¿Quiénes son los que en ella viven y por qué son tan pocos?

Jesucristo.— Estos que ves son los amigos de Dios, encendidos en su gracia, que valerosamente y para siempre se han negado a sí mismos sólo para agradar a Dios. Son tan pocos como vez, porque aunque son muchos los que trabajan por llegar a estas alturas, son muy pocos los que pueden conseguirlo.

Enrique.— Los felices moradores de esta roca deben haber llegado a su origen, y vivirán ya unidos con su principio.

Jesucristo.— Tampoco, aún están lejos, aún han de subir más arriba para llegar a este estado supremo de la perfección.

Enrique.— ¿Pues qué les falta? ¿Es que aún pueden caer en los lazos del tentador?

Jesucristo.— Hace cuanto puede para engañarlos y detenerlos en sus adelantos, pues ve que están ya dentro del camino que conduce a la unión divina, y por eso rabia y ruge como un león.

Enrique.— ¿Y cómo llega a tentarlos y engañarlos?

Jesucristo.— Los induce muy mañosamente a que pidan al Señor los pensamientos, gracias y consuelos que han concedido a otros santos. Y aunque esta petición nada tiene de malo, los aparta sin embargo de su unión con su principio, porque en ella hay oculto un defecto: el compararse con los otros; y esto impide que el Señor haga en ellos cuanto desearía hacer.

Enrique.— ¿Y cuál es la causa de este error?

Jesucristo.— Pues es sencillamente que sin darse cuenta buscan aún satisfacer en algo a la naturaleza, cuyos malos deseos no tienen muertos ni arrancados. Así es como a pesar de que conocen la tentación del enemigo, con todo eso lo escuchan. Esto, no obstante, viven con gran abundancia de gracias del Cielo, tendrán que purificarse en el Purgatorio mucho menos que todos los ante-

riores y obtendrán en el Paraíso una bienaventuranza sin comparación más perfecta.

CAPITULO VIII

En la roca séptima

En seguida fue levantado hasta la roca séptima, que era más espaciosa y deleitable que todas las anteriores, y cuyos habitantes tenían un resplandor y hermosura incomparablemente mayores. Pero eran muy poquitos, muy poquitos, porque apenas había quien allí perseverase.

Entonces el Bienaventurado pregunto al Señor acerca de ellos, y El le respondió:

Jesucristo.— Estos son los que Dios más ama, los favorecidos con sus gracias singularísimas. Su rostro están tan resplandeciente porque se han entregado de lleno en la voluntad de Dios, perseveran hasta la muerte en esta resolución santa y hacen cuanto pueden por someter la naturaleza a la razón. Su constante anhelo es de agradar a Dios, así en las cosas interiores como en las exteriores, y de cumplir siempre su voluntad.

Enrique.— ¡Qué consuelo y qué dicha poder ver a estos siervos de Dios! Estos sí que deben estar ya en la cumbre.

Jesucristo.— No, te engañas. Aún les falta gran trecho para llegar a la cumbre de la montaña.

Enrique.— ¿Qué es, pues, lo que se opone a su perfección?

Jesucristo.— El demonio sabe usar con ellos una treta muy oculta que los detiene en su camino espiritual.

Enrique.— ¿Qué es lo que puede hacerles?

Jesucristo.— Se vale de su misma santidad. Como quiera que Dios los favorezca con gracias muy singulares, como a amigos suyos íntimos que son, el demonio se ingenia para hacerles desear y amar estas gracias por el deleite que en ellas encuentran, y muchas veces caen en este lazo sin percatarse de su engaño. No tienen su corazón bastantemente vigilado.

Cuando llegan a faltarles los consuelos divinos que con tanto afán desean, procuran recobrarlos acercándose con más frecuencia al Sacramento del altar; y esto es en contra de la perfección, la cual exige renuncia total de todo consuelo humano y divino. Es un defecto el procurar las gracias y favores divinos por el deleite que consigo traen, y aunque parezca defecto de poca importancia, lo cierto es que ha de ser expiado en el Purgatorio.

A pesar de todo, estas personas son muy gratas al Señor, y en el Cielo disfrutarán una recompensa mucho mayor que todos los demás.

CAPITULO IX

En la roca octava

Después de esto, Dios condujo al Bienaventurado a la roca octava, que es aún más elevada.

Los que en ella moran poseen una gracia resplandeciente y santa. Pero son menos todavía que en la anterior, porque la mayor parte de los que allí llegan desfallecen y no perseveran. El Bienaventurado preguntó al Señor por ellos, y El le respondió:

Jesucristo.— Todos estos son carísimos al corazón de Dios y exceden en perfección a todos los otros, porque se

han ofrecido y entregado totalmente a su buen Dueño y Señor, el cual hace de ellos lo que le place en el tiempo y en la eternidad.

Enrique.— ¡Oh Señor! ¡Qué dichosos seríamos si tuviéramos ahora, en estos tiempos, tantos siervos fieles de Dios!

Jesucristo.— ¿Cómo quieres que haya muchos, siendo tan pocos como vemos los que saben y quieren renunciar de corazón a las cosas temporales, y negarse a sí mismos por amor de Dios y para su mayor gloria? Ya sabes que sin esto es imposible llegar a descansar en Aquel que es infinito, eterno e inefable.

Enrique.— ¡Ah!, sí; las riquezas y los bienes temporales son un obstáculo para este santo desprendimiento de sí mismos. Muchos creen que para llegar a la unión con Dios es necesario abandonar por completo el mundo, y ¿no es esto un error?

Jesucristo.— Todo el que quiera llegar a esta roca ha de despojarse de todos los bienes temporales en cuanto impiden la unión con Dios. El alma que aspira a esta perfección, no podrá conseguirla jamás si entre ella y su principio, que es Dios, se interpone algún otro ser. Aunque se posean riquezas, es necesario despreciarlas, no aficionarse a ellas, usarlas como si no se poseyesen, no buscar nunca con ellas el propio bienestar ni las comodidades, sino solamente lo necesario para la vida y usarlas siempre en lo que sea más conducente a la gloria de Dios.

Enrique.— Se necesita una virtud muy grande para poseer las riquezas sin amarlas. Me siento muy feliz, Señor, al contemplar la perfección de los que moran en esta roca, porque al menos éstos sí que estarán ya unidos a su principio.

Jesucristo.— También ahora te equivocas, Enrique. Es verdad que Dios los colma de gracias y favores extraordinarios, que los ángeles les muestran muchas cosas divinas

con imágenes y apariciones sensibles, que sus almas atesoran virtudes muy grandes y que están más cerca de la unión perfecta que no todos los demás. Pero tampoco han llegado aún a la cumbre de la montaña y al último grado de perfección.

Enrique.— ¿En qué consiste el contemplar a Dios sin formas y sin imágenes?

Jesucristo.— Gozan de esta contemplación aquellas almas a quienes Dios concede un rayo, un resplandor, una luz emanada de sí mismo, algo que no se puede expresar con imágenes ni con palabras. Y mira; esta gracia se niega a muchas de las almas de esta roca.

Enrique.— Pero ¿en qué consiste el no tener ellas aún la unión perfecta y el que encuentren tantas dificultades para volar a su principio y llegar a la cima de la montaña?

Jesucristo.— Tienen dos grandes obstáculos, que son los dos más perversos engaños del enemigo. El primer engaño es que cuando reciben la luz divina, abrázanla con tal entusiasmo, que quieren abandonar esta roca y volar más alto. Y esto es una imperfección que los separa de la unión perfecta que ellos ansian. No se dan cuenta de este defecto oculto de su voluntad, y como no han llegado a desarraigar de su corazón hasta el deseo de los consuelos divinos, no pueden pasar adelante.

El segundo obstáculo es que, sin reparar en ello, se complacen en las vías extraordinarias, por las cuales los conduce Dios, y en los celestiales arcanos que les revela en sus visiones y éxtasis. Dios conoce perfectamente este defecto; pero como conoce también lo difícil que es destruir la naturaleza, los perdona y los conserva en el mismo grado de santidad y de gracia.

Enrique.— Pero ¿cómo no pueden librarse de estas ilusiones y llegar a su principio estas almas tan privilegiadas?

Jesucristo.— Llegarán si se renuncian a sí mismas totalmente, mortificando por completo la naturaleza, descubriendo sus más ocultos defectos a la luz de la divina gracia y muriendo a sí mismos para abandonarse totalmente en Dios, lo mismo en lo que se refiere al alma que en lo que se refiere al cuerpo.

Enrique.— Verdaderamente que es muy triste pensar que estas almas, tan favorecidas de Dios y tan santas, empañen de esta manera su belleza y se vean forzadas a purificarse en las llamas del Purgatorio.

Jesucristo.— Su pena será muy breve y llevadera, y en el Cielo estarán encumbrados por encima de todos los de las rocas anteriores. Si la Iglesia tuviese muchos de estos siervos de Dios, en verdad que los asuntos de la Cristianidad irían todos por mejor camino.

CAPITULO X

En la roca novena

Sus habitantes

Jesucristo.— Levanta ahora los ojos de tu espíritu y contempla lo más encumbrado de la montaña.

Levantó el Bienaventurado los ojos y vio la roca última, que estaba tan alta que apenas podía descubrirse; y luego, repentinamente, se sintió arrebatado hasta aquella encantadora mansión y colocado entre sus divinos moradores. Observó que muchos de la roca octava hacían esfuerzos desesperados para subir a ésta pero los más de ellos desistían, de modo que sólo dos o tres llegaron a escalar la roca última.

Enrique.— ¿Cómo es tan dificultoso, Señor, el acceso a esta roca? Veo que casi nadie puede llegar a ella.

Jesucristo.— Siempre es difícil llegar a los lugares muy altos y escarpados. Son poquísimos los que hasta la muerte persisten en la perfecta renuncia de sí mismos, y por consiguiente los que llegan a las alturas que ahora descubres. La mayor parte de los hombres que a ellas se acercan, al ver la vida de estos santos, tan distinta de la vida de los demás hombres, tan austera tan mortificada, se asustan y retroceden.

Enrique.— Esta morada es deliciosísima, elevada casi hasta el Cielo. Sus habitantes están revestidos de grande gloria. Al ver uno sólo de ellos siento una felicidad tan grande como no la he sentido al contemplar todos los moradores de las rocas inferiores.

Pero me extraña, Señor, que tengáis tan desierta una mansión tan deliciosa.

Jesucristo.— Has de saber que no son éstos solamente, sino muchos más los que Dios ha destinado para vivir en esta roca, toda vez que en ella está la entrada que lleva al origen de donde han salido todas las criaturas del Cielo y de la tierra, y todos los hombres son llamados a la felicidad que se encuentra en Dios.

Enrique.— ¿Y cómo están estos hombres tan débiles y fatigados, siendo así que por otra parte son interiormente tan hermosos y resplandecientes como los espíritus angélicos?

Jesucristo.— Nada tiene de extraño que sus fuerzas corporales hayan quedado tan agotadas después de los esfuerzos y penalidades que les ha costado subir a esta roca. Apenas si tienen ya en sus venas una sola gota de sangre. Sus carnes están curtidas y consumidas.

Enrique.— ¿Y cómo pueden vivir en estado tan deplorable?

Jesucristo.— Es que el Espíritu Divino derrama sobre

ellos un raudal de sangre inocente y vivificadora que los fortalece misteriosamente. Se han consumido de esta manera a fuerza de amar, y las llamas ardientes de la caridad no han llegado a destruir otra cosa que la porción rastrera y baja de la naturaleza.

Enrique.— ¿De qué les viene ese resplandor interior que los convierte en ángeles de luz?

Jesucristo.— Es que tienen una gracia de Dios tan grande que no puede manifestarse toda de por fuera; ni ellos la conocen, y lo que es más, que no desean conocerla. Ya puedes ver que son muy pocos en número, pero muy excelentes en méritos. Sobre ellos se sostiene la Iglesia como sobre columnas solidísimas, y si no fuera por ellos el Cristianismo moriría y el demonio tendría prendidos en sus redes a todos los hombres del mundo. En otros tiempos ha sido mucho más crecido el número de estos siervos de Dios.

Enrique.— ¿Por qué, Señor, no los conserváis para que sirvan de sostén a la Religión?

Jesucristo.— Porque no quiero que vivan con los cristianos de ahora, tan decaídos y tan enemigos de la religión: a estas almas tan santas, Dios las lleva pronto a Sí, para que no tengan el dolor de ver en la Iglesia tantas y tan lamentables defecciones.

Su vida espiritual

Enrique.— ¿Y cómo viven los moradores de esta roca? ¿Saben que están ya unidos a Dios, su principio?

Jesucristo.— No lo saben de cierto, si bien a algunos llega un reflejo, un resplandor, que de Dios les viene, y por aquí pueden colegir que esta luz es la luz de la gracia. Sospechan sentir la presencia de Dios en sus almas; pero se han entregado a El con tanta sinceridad y con tanta

pureza de miras, están tan afianzados en la fe católica, que al verse favorecidos con estos solaces interiores temen por sí mismos muchísimo más que cuando no los poseen. De ese modo en el mundo no ansían otra cosa que imitar fielmente los ejemplos que yo he dado.

Enrique.— ¿Cómo se explica que no deseen ni amen otras cosas, ni siquiera los consuelos y favores divinos?

Jesucristo.— Están tan firmes en la fe, que no quieren saber más que a Jesús crucificado; y por otra parte, es tan grande su humildad que se reputan indignos de todas las mercedes de Dios y de todos los consuelos del Cielo. Por eso no los desean ni los piden nunca.

Enrique.— ¿Qué piden, pues, en sus oraciones, si es que no desean nada en la tierra ni en el Cielo?

Jesucristo.— Lo que ellos piden es que todas las criaturas del universo glorifiquen a Dios, porque esto es lo que siempre desean y lo que por todos los medios procuran. De tal modo se han resignado en El, que todo cuanto sucede en el mundo, lo mismo a ellos que a las demás criaturas, lo estiman como dádiva del Cielo. Si Dios les da su gracia, le bendicen; si se la retira, le bendicen también.

No ambicionan nada, absolutamente nada, en este mundo; únicamente prefieren siempre el sufrimiento a la alegría, porque son locos amantes de la Cruz.

Enrique.— Ya que nada aman, ¿al menos ya temerán alguna cosa?

Jesucristo.— No temen ni el infierno, ni el purgatorio, ni al demonio, ni la vida, ni la muerte; están exentos de todo temor servil. Lo único que temen es no poder imitar, según sus deseos, los ejemplos de Cristo.

Son humildísimos, hasta el extremo de despreciarse siempre en todo cuanto hacen, de considerarse inferiores a todas las criaturas y de no atreverse a presentarse delante de gente. Ven por igual a todos los hombres en Dios,

pero se aficianan con mayor cariño a los que son más gratos a El.

Están muertos para el mundo y el mundo está muerto para ellos.

Tienen completamente dominados y aun casi aniquilados aquellos actos del espíritu en los cuales es más difícil renunciar a la propia voluntad. Nunca hacen cosa por sí; no buscan los placeres ni los honores.

Han renunciado a todas las criaturas en el tiempo y en la eternidad, y viven en una ignorancia sublime, pues no saben más que a Jesucristo crucificado.

No contemplan ni quieren contemplar su origen, porque se juzgan indignos de todo lo que sea alegría en esta vida.

Enrique.— ¿Los tienta aún el demonio, o se da ya por vencido?

Jesucristo.— El demonio agota contra ellos todos los recursos del infierno, y recurre a todas las tentaciones imaginables, y no cesa nunca en atormentarlos; pero ellos están siempre tan inquebrantables como la roca en que viven y ni siquiera se dan cuenta de las tentaciones porque están siempre decididos y preparados para sufrir con alegría las pruebas y las cruces que Dios les envía o permite, aun cuando a las que sufren y sufrirán se añadiesen de nuevo las muchas que ya han padecido.

Su mirada está siempre fija en Jesús herido, chorreando sangre, cargado con la cruz que le ha dado su Padre, y ellos no quisieran extraviarse por otros caminos.

Viven ignorados del mundo, pero el mundo no les es desconocido, porque han llegado a descubrir todas sus vanidades y todas sus perfidias.

Por último, son los niños mimados de Dios, sus amigos predilectos, los verdaderos adoradores que adoran al Padre en espíritu y en verdad.

Su valimiento

Enrique.— Mucho agradezco, Señor, las verdades que me habéis revelado; pero temo que nadie entenderá este libro y que servirá de muy poco consuelo a los que lo leyeren. Quizás sea perjudicial a muchos, porque los asustará y los hará volver atrás. ¿No será, en cambio, para otros una margarita preciosa que no debe arrojarse a inmundos animales?

Jesucristo.— Todo eso incumbe a Dios. Tú sólo has de saber que lo que has escrito de los moradores de la última roca será mucho más útil a la sociedad que mil de los demás hombres, que obran movidos siempre por sus miras e intereses particulares.

Por otra parte, te engañas si crees que todo esto no puede ser entendido al menos por muchas personas que hay en la Iglesia que viven como te he explicado, y que, por consiguiente, son muy capaces de comprender estas verdades, pues continuamente las observan de muy buen grado.

Si te hubiese mandado escribir acerca de los nueve coros angélicos, entonces tendrías razón para sospechar que nadie lo entendería, porque los espíritus angélicos están muy por encima de la inteligencia humana.

No te extrañe el que te haya hablado por medio de figuras y de imágenes; la inteligencia humana con mucha dificultad puede entender las cosas de Dios en toda su pureza, puesto caso que Dios es el bien supremo, infinito, que por nadie puede ser comprendido y que sobrepuja a todos los sentidos.

Enrique.— ¿Se ha concedido alguna vez a alguno el que se uniera a su principio fuera de esta roca?

Jesucristo.— Este favor se concedió a San Pablo cuando fue arrobado hasta el tercer Cielo; en cambio tuvo que sufrir grandes trabajos y morir por mi amor. El camino

seguro para la generalidad de los hombres es el de escalar sucesivamente todas las rocas, ejercitando todas las virtudes y dejándose siempre en las manos de Dios hasta que puedan llegar a gozar la paz profunda de que en esta morada se disfruta.

Enrique.— Pero, Señor, ¿no hay muchos que aspiran a venir aquí?

Jesucristo.— Sí, pero no quieren desprenderse de su propia voluntad, y en esa condición es imposible que puedan subir tan arriba.

Enrique.— Señor, ¿y los de esta roca, al morir, van al Cielo o al Purgatorio?

Jesucristo.— Si perseveran hasta la muerte, salen ya de aquí purificados y, como nada tienen que expiar, van directamente al Cielo.

Enrique.— ¿Los que están en esta roca pueden aún volver atrás y caer en pecado?

Jesucristo.— Ya lo creo; y a las veces no falta quien desde estas alturas se precipita en las redes del demonio y se haga peor aún que los demás hombres.

Siempre que caen es porque se miran a sí mismos con complacencia, como Lucifer, o porque no han utilizado bien el tesoro de la divina gracia, o porque han abusado de las luces que en esta morada reciben para sembrar el error o la herejía y han sido verdaderos azotes de la Iglesia. Entonces todos deben huir de ellos como de un demonio.

Enrique.— ¿Y qué relaciones tienen, Señor, con Vos los que perseveran en esta roca?

Jesucristo.— Dios los quiere tanto, y de tan gran favor gozan cerca de El, que si uno solo de ellos le pidiese una cosa, aunque todos los cristianos juntos le pidiesen lo contrario, Dios a él sólo escucharía prefiriéndolo a todos los otros.

Enrique.— ¡Ay!, Señor, ¡qué necesario es a vuestra Igle-

sia el tener siempre aquí muchos moradores, sobre todo en los tiempos que corremos. Estoy seguro de que Vos los atenderíais, y al menos por amor a ellos tendríais piedad de vuestra Iglesia.

Jesucristo.—Cuando Dios no quiere tolerar por más tiempo las maldades de los hombres, porque son tantas y tan grandes que llegan ya a irritar su justicia a las oraciones de sus siervos fieles y aun les impide el orar por la Iglesia.

Enrique.— ¡Ay! Señor: tened compasión del género humano, que no ha llegado aún el día del juicio y aún está sin completar el número de vuestros elegidos que con Vos han de morar en el Cielo.

Jesucristo.— Es cierto. En tiempo de Noé, Dios, irritado por los pecados del mundo, permitió el Diluvio para purificarle, y conservó sólo ocho personas para renovarlo. Ya no puede perdonar más. Las iniquidades de ahora han llegado a vencer a su misericordia, y tiene que castigar las ingratitudes del pueblo.

CAPITULO XI

Mirando hacia abajo

Jesucristo.— Contempla desde esta altura las rocas inferiores que tienes a tus pies y extiende tu mirada hasta lo profundo del valle, hasta las redes del demonio.

Obedeció el Bienaventurado, y pudo ver debajo de las redes dos hombres: el uno era negro como el diablo, el otro hermoso y resplandeciente como un ángel. Lleno de admiración preguntó al Señor qué significaban aquellos hombres, y El le respondió:

Jesucristo.—El hombre que ves tan negro, que parece un demonio, era un habitante de la roca novena. Pero comenzó a pagarse de sí mismo y de su ciencia, buscó hombres ante quienes hacer alarde de sus méritos y de su superioridad, y luego cayó como Lucifer. Ahora es esclavo del demonio y enseña doctrinas plagadas de errores y herejías.

Enrique.— ¿Y cómo se conoce la falsedad y perfidia de tales hombres?

Jesucristo.— Pues en que enseñan y predicán la vida holgada y regalona que tanto agrada a la naturaleza, sobre todo en estos tiempos.

Enrique.— ¿Y aquél tan hermoso y resplandeciente? ¿Quién es?

Jesucristo.— Es uno de los que han permanecido constantes en la roca novena. Contempla su origen y goza de la intimidad de Dios ... Movido por la caridad y abrasado por el celo de la salvación del prójimo, se ha lanzado a las redes para aproximarse a los pecadores, ayudarlos y convertirlos.

Tiene toda su confianza puesta en Dios y en su divina gracia, y como conoce perfectamente los peligros que corren los cristianos en las redes del demonio y el juicio terrible que le espera después de la muerte por las injurias que han hecho al Señor, está lleno de una compasión santa hacia los pobres pecadores y querría sufrir él todos los tormentos y penas del infierno con tal de libertarlos de sus pecados y de la esclavitud del enemigo.

Enrique.— ¿Y no hay en la Iglesia muchos hombres tan elevados y perfectos como éste?

Jesucristo.— Son tan pocos que me da pena sólo pensarlo.

Enrique.— Pero dado que ellos permanezcan en el mundo y frecuenten el trato de los pecadores, ¿no temen los errores del siglo y las persecuciones de los impíos?

Jesucristo.— No, porque sus grandes virtudes los tienen ya libres de todo temor servil y no temen los trabajos, ni la muerte, ni las persecuciones del mundo; únicamente sienten el temor filial de no agradar a Dios cuanto quisieran, de no servirle según su voluntad, de no imitar sus ejemplos como desearían hacerlo.

Conocen tan perfectamente a Dios y la felicidad del Paraíso, que lloran amargamente la desgracia de los hombres que se dejan seducir por los sentidos, la carne y el pecado, y compadecen tiernamente a la Iglesia. Esta es la mayor de las angustias, la más penosa de las cruces que sufren en esta vida; que les despedaza el corazón, consume sus energías, y a las veces los pone a punto de morir, sin que puedan encontrar en este mundo quien les consuele fuera de Dios.

Enrique.— ¿Están ya ciertos de su eterna felicidad?

Jesucristo.— No pueden dudarlo, toda vez que están ya de tal modo hechos una cosa con Dios que nada habrá que pueda separarlos de El, pues el Señor jamás permitirá que sus amadísimos, sus íntimos, vengán a dar en manos del enemigo. En el momento mismo en que mueren entran ya en el Cielo.

¡Cuánto mejor no andarían todos los asuntos en mi Iglesia si los hombres en todas sus dificultades y tentaciones y negocios se aconsejasen siempre de estos siervos de Dios, a los cuales El colma de amor y de luces! Pero el mundo es tan ciego y tan indiferente para la verdad y para el bien, que aún persigue, maltrata, burla y desprecia a estas almas en quienes reside el Espíritu Santo, y las considera como estropajos del mundo.

Enrique.— ¡Oh mundo miserable, cristianos ciegos! ¡Cómo tenéis completamente abandonada la virtud! ¡Con cuánto motivo puede la Iglesia derramar lágrimas de dolor! ¡Misericordiosísimo Jesús, tened compasión de vuestra Iglesia!

Jesucristo.— ¿Cómo quieres que tenga compasión, cuando los cristianos están despreciando y pisoteando todo lo santo?

No hace muchos años que el Señor les ha advertido cariñosamente enviándoles pestes y grandes desgracias. Ha agotado todos los recursos para convertirlos, la desgracia y la prosperidad, y todo ha sido sin fruto. Ellos continúan viviendo sin temor de Dios, cometiendo los mayores pecados que jamás se han cometido y rebajándose más que las bestias con su ignorancia y sus vicios.

Mira, no obstante, que aún no se han acabado los azotes. También ahora, como en la Ley Antigua y la Nueva, Dios revela sus secretos a sus fieles servidores; pero cuando ellos hablan el mundo no les cree. ¡Cuánto más dichosa y hermosa sería mi Iglesia si en lugar de tratarlos de esta manera, los hombres todos acudiesen a ellos como a representantes de Dios, los consultasen y les obedeciesen humildemente!

Enrique.— ¡Señor! Aplicad a vuestra Iglesia y a los pecadores los méritos de vuestra sangre, de vuestra cruz y de vuestra muerte. ¡Señor misericordiosísimo, tened compasión de vuestra Iglesia

CAPITULO XII

La unión con Dios

Durante esta visión, el Bienaventurado no podía apartar la vista de los moradores de la roca novena, y admiraba su gran unión con Dios y dijo:

Enrique.— ¡Señor! Todos estos ya han debido llegar a su origen y ya estarán viendo a Dios cara a cara.

Jesucristo.— A veces, por un favor muy singular, Dios se les deja ver al descubierto; pero este favor es muy raro y sólo dura algunos instantes, como sucedió en el rapto que tuvo San Pablo. Generalmente tienen que contemplar la incomprensibilidad de Dios en una obscuridad rara y divina; pero se unen a El sin intermedio alguno, de espíritu a espíritu, con la mayor intimidad y el mayor amor.

Enrique.— ¿Y en qué estima podrán tener la vida temporal, una vez que ya son dignos de ver a Dios, de contemplarlo, abrazarlo y poseerlo?

Jesucristo.— Disfrutan de alegrías y dulzuras inefables, que así y todo son tan pequeñas en comparación con las dulzuras de la eternidad como es pequeño el tiempo comparado con la eternidad.

Prepárate ahora, que también tú vas a sentir en ti espiritualmente un adelanto de la gloria de los santos.

Enrique.— ¡Señor!, no; soy del todo indigno de esta merced. Esta gracia no cabe en un pequeño y miserable gusanillo de la tierra como yo. Ya me contentaría con ser un criado y servidor de los habitantes de esta roca.

Jesucristo.— Déjate guiar y abandónate a mi cuidado, que soy muy quien para levantar a un alma a la gracia que yo quisiere.

Enrique.— No toméis a mal, Señor, que interponga mis ruegos. ¿Cómo habéis de descubrirme a mí los secretos que tenéis ocultos a vuestros mejores amigos, los cuales desde muchos años practican las virtudes más penosas? Yo soy manifiestamente indigno de honra tan grande.

Jesucristo.— Obedece. En cambio de este favor ya llegará el tiempo en que tendrás que sufrir los tormentos sumamente angustiosos y crueles.

Enrique.— Los sufriré con gran caridad y no resistiré a vuestra voluntad. ¡Señor!, haced cuanto os plazca de este vuestro esclavo en el tiempo y en la eternidad.

Luego que el Bienaventurado se hubo resignado humildemente en las manos de Dios, repentinamente se abrió de par en par la puerta que lo conducía a su origen, y por algunos instantes vio a Dios, su principio, cara a cara, o al menos de una manera muy perfecta.

Y después de esta visión y de este éxtasis unitivo, su alma se sitió inundada de una alegría tan intensa y de una luz tan resplandeciente, que perdió el conocimiento del tiempo.

Vuelto en sí, le entró una gran turbación al recordar donde había estado y lo que había visto; y cuanto más lo pensaba menos podía acertar a explicárselo. No podía representárselo por imágenes ni por palabras, porque todo aquello había sido superior a los sentidos y aun superior al entendimiento. Y preguntó al Señor:

Enrique.— ¿Dónde he estado?, ¿qué he visto?, Señor; la merced inexplicable que me habéis hecho sobrepuja a mi entendimiento y a mis sentidos. Yo sólo sé que experimento en mi alma una satisfacción tan grande que no sé cómo no me hace morir.

Jesucristo.— La satisfacción que se encuentra y se gusta en Dios está muy por encima de todas las alegrías del mundo juntas. Has visto a tu principio y no te admires de no poder comprenderlo ni hablar de él, porque no podrías conseguirlo aunque tuvieras unidos en uno todos los entendimientos de todos los hombres.

Bástete saber que Dios ha venido a ti como esposo querido de tu alma, que has estado en la escuela del Espíritu Santo, y que este divino maestro ha puesto en tu alma una luz y un amor tan grandes que han llegado a embriagar tu corazón y a tus sentidos.

Enrique.— En estos momentos me siento, Señor, tan deseoso de sufrimientos y tan lleno de amor por Vos, por vuestra gloria, que gustoso sufriría todos los padecimientos de todos los hombres, vuestra cruz, vuestra pasión las

llamas del Purgatorio, los tormentos del infierno, todo cuanto de triste y angustioso pudiese crear vuestra omnipotencia y todo había de ser en obsequio vuestro, por la salvación de los hombres y la libertad de las almas que arden en el Purgatorio. ¡Señor! Me será gratísimo sufrir toda clase de trabajos con tal que sea para daros gusto y cumplir vuestra voluntad.

Jesucristo.— Cuidado, no te suceda a ti lo que sucedió a San Pedro: se creyó que era muy fuerte y que estaba muy asentado; mas cuando llegó el momento de la prueba cayó miserablemente.

Enrique.— Conozco, Señor, mi debilidad; pero me fuerza a hablar el ímpetu de vuestro amor recibidme, Señor, en el seno de vuestra misericordia.

Jesucristo.— Cese ya esta conversación y vete preparando a una cruz interior muy pesada.

Luego que cesaron los éxtasis y estuvo escrito este libro, Dios retiró al Bienaventurado todas sus luces y todas sus gracias, dejándolo en una sequedad y abandono tan grandes como si nunca hubiese recibido ninguna comunicación divina. Dios permitió también que sintiese una tentación interior tan cruel que excede a cuanto se puede pensar; pero el Bienaventurado Enrique se humillaba siempre y no deseaba ni pedía otra cosa que la cruz.

Todo esto sucedió en la Cuaresma del año 1352.

MEDITACIONES SOBRE LA PASION DEL SALVADOR

Meditación primera

Amantísimo Jesús: acordaos de aquel sudor de sangre que os obligó a derramar tan copiosamente la inefable angustia de vuestro purísimo corazón, estando orando en el Huerto después de la última cena.

Acordaos de la crueldad con que os prendieron; con cuánta inhumanidad os ataron, y el miserable modo con que os llevaron preso.

Acordaos, piísimo Jesús, de los duros golpes con que os maltrataron aquella noche cómo fuisteis escupido con aquellas salivas inmundas y cuán afrentosa e indignamente os trataron cuando os vendaron los ojos.

Como por la mañana, delante de Caifás, fuisteis condenado y sentenciado a muerte como reo.

Cómo vuestra sacratísima Madre, tristísima, con inmenso dolor de su corazón, os estuvo mirando.

Cómo, presentado ignominiosamente a Pilatos, y acu-

sado falsamente delante de él, fuisteis inicuaamente condenado con sentencia de muerte.

De la suerte que Herodes con los suyos haciendo burla de Vos, os mandó vestir como loco con una vestidura blanca siendo Vos la eterna sabiduría del Padre.

Acordaos de los horribles golpes de los azotes y varas con que vuestro cuerpo sacratísimo, y de tan singular hermosura, quedó todo surcado y abierto.

De las espinas y abrojos que traspasaron vuestra delicadísima cabeza, corriendo copiosamente los arroyos de vuestra sangre preciosa y bañando vuestro divino rostro.

Y cómo al fin, tan miserablemente tratado, recibisteis por nuestro amor la sentencia de muerte; y llevando sobre vuestros hombros la cruz en que habíais de ser enclavado fuisteis sacado con la mayor ignominia al lugar del suplicio, que era el monte Calvario.

Señor mío Jesucristo, única esperanza y confianza mía: yo os suplico con todo mi afecto que con benignidad de padre, y acordándoos de todo lo que os he representado, os acordéis de socorrerme, pues sabéis cuán miserable soy en todos los casos adversos y angustias. Absolvedme de las duras y graves ataduras de mis pecados. Libradme de los vicios ocultos. Defendedme de las engañosas persuasiones del demonio y de las ocasiones e incentivos de los vicios. Dadme a sentir, con una íntima compasión de mi alma, vuestros dolores y de vuestra piísima Madre. Y en la hora de mi muerte y últimos alientos de mi vida mostraos conmigo Juez misericordioso. Enseñadme a menospreciar cuantas honras me puede dar el mundo y a serviros sabiamente, ajustándome a la razón y a vuestra voluntad. Sanadme, Señor, y borrarad mis culpas con la sangre de vuestras llagas. La razón y sentir mío quede confirmado y armado con los intensísimos dolores de vuestra sacratísima cabeza contra todas las tentaciones.

Finalmente, concededme que en cuanto pudiere, ame y procure imitar todas vuestras cruces y trabajos.

Meditación segunda

Acordaos, dulcísimo Jesús, cómo estando ya pendiente en el árbol de la cruz se oscureció la vista de vuestros ojos lucidísimos.

Vuestros oídos divinos percibieron tantas burlas, afrentas y blasfemias.

Y el sentido del olfato quedó ofendido con el molestísimo olor de aquel lugar.

Vuestra boca sacratísima aheleada con aquel brebaje de suma amargura.

Y, finalmente, el sentido del tacto de todo vuestro cuerpo, de tan delicada complexión atormentado con tantos golpes y heridas.

ORACION

Señor: yo os ruego con todo afecto apartéis mis ojos de cualquier aspecto torpe y vano, y mis oídos de fábulas y conversaciones inútiles. Dadme un gran desprecio de todas estas cosas corporales y visibles y que de todo lo temporal tenga un grande fastidio, y quitadme todo el cuidado delicado y superfluo del regalo de mi cuerpo.

Meditación tercera

Acordaos, dulcísimo Jesús, cómo a vuestra sacratísima cabeza la grandeza de los dolores obligó a caerse e inclinarse.

Y el cuello delicado vuestro estaba con tanta crueldad lastimado.

Cómo vuestro divino rostro, siendo el mismo agrado y belleza, quedó tan desconocido y afeado con las salivas impuras y la sangre que le bañaba.

Y los vivos colores vuestros se convirtieron en mortal amarillez.

Y toda la hermosura corporal quedó marchita y deslucida.

ORACION

Señor: en memoria de todas estas penas vuestras, dadme que yo ame siempre y abrace las incomodidades del cuerpo, y que sólo en Vos tenga mi descanso, que sufra con grande igualdad de ánimo cuantas aflicciones me vinieren, que desee ser menospreciado de todos, y que se apaguen en mí los incendios de mis gustos y deseos, de suerte que queden todos los deleites oprimidos y mortificados.

Meditación cuarta

Acordaos, Señor, cómo os enclavaron en el madero de la cruz vuestra mano derecha.

Y luego la mano izquierda.

Con qué crueldad estiraron vuestro brazo derecho.

Y asimismo el siniestro.

Cómo os clavaron el pie derecho.

Y con la misma crueldad el siniestro.

Cómo quedasteis imposibilitado para moveros, debilitado y sin fuerza.

Cuán flacas y fatigadas teníais las piernas y rodillas.

Con cuánta apretura estuvieron atados a la cruz todos vuestros delicadísimos miembros.

Y cómo quedó teñido todo vuestro cuerpo sacrosanto con la sangre hirviendo que manaba por tantas heridas.

ORACION

En la misma conformidad os pido, Señor mío, que así en lo adverso como en lo próspero esté yo crucificado con Vos con toda inmovilidad y firmeza. Que todas las potencias de mi alma y cuerpo se extiendan en vuestra cruz. Que mi entendimiento y afecto estén enclavados con Vos. Dadme que no vaya buscando los regalos del cuerpo, sino sólo vuestra voluntad, alabanza y gloria. No se halle parte alguna en mí que en su modo no medite vuestra muerte, y con grande gusto represente en sí una memoria y semejanza de vuestra sacratísima Pasión.

Meditación quinta

Suavísimo Jesús: acordaos cómo vuestro cuerpo santísimo, en lo más floreciente de la edad y fuerzas, quedó en la cruz con tanta necesidad y desamparao, extenuado y exhausto.

De la suerte que la áspera corteza de la cruz atormentó vuestras sagradas espaldas, tan lastimadas con los azotes.

Y cómo todo el cuerpo con el propio peso estuvo inclinado y caído.

Cuán lastimado se hallaba con tantos golpes y heridas, que le causaban sumo dolor.

Y que todo esto padecisteis por los pecadores con un corazón lleno de suma caridad.

ORACION

Clementísimo Señor: vuestra pobreza y necesidad extrema sean mi eterna restauración, y obren en mí una perpetua resurrección y mejora de vida. La áspera reclinación de vuestras espaldas doloridas sea para mí descanso espiritual. La inclinación de vuestro cuerpo poderoso sustente mi flaqueza. Vuestros inmensos dolores sanen los míos, y vuestro airoso corazón encienda en el mío una ardentísima caridad.

Meditación sexta

Acordaos, benignísimo Jesús, que estando ya entre las angustias de la muerte y tan fatigado de los tormentos, los impíos enemigos vuestros os escarnecían y decían contra Vos tantas afrentas y blasfemias.

Cómo se burlaban de Vos con gestos y movimientos de risa.

Cómo en sus corazones os vilipendiaron y tuvieron en menos que nada.

Con cuánta benignidad rogasteis a vuestro Padre por ellos.

Cómo perseverasteis hasta el fin constantísimamente padeciendo.

Cómo siendo el Cordero inocentísimo que quita los pecados del mundo, fuisteis contado entre los malhechores.

Cómo el ladrón que estaba a la mano izquierda os menospreció y blasfemó.

Y el otro de la mano derecha se arrepintió de veras e imploró vuestra misericordia.

Cómo le perdonasteis al mismo punto todos sus pecados.

Y le abristeis la puerta del celestial paraíso.

ORACION

Señor: enseñadme a llevar con paciencia por vuestro amor cuantos agravios, burlas, oprobios y menosprecios se me ofrecieren, y a excusar con vuestra Majestad piadosamente todos mis contrarios. ¡Oh fuente perenne de benignidad, Jesús amantísimo! Desde este punto ofrezco a vuestro Padre celestial vuestra inocentísima muerte en satisfacción de mi culpada vida, sujeta a tantos vicios. Vuestra misericordia imploro como buen ladrón. Acordaos, acordaos, os suplico, de mí en vuestro reino. No me condenéis por mis pecados. Perdonadme, Señor, por vuestra misericordia infinita todas mis culpas y abridme el paraíso celestial Amén.

Meditación séptima

Dulcísimo Jesús: acordaos cómo en esta hora, por causa mía, fuisteis desamparado de todos.

Y cómo vuestros amigos os desconocieron como a la persona más extraña.

Y estuvisteis pendiente de la cruz, desnudo y privado de todo honor, como de los vestidos.

Y vuestra omnipotente virtud pareció que no tenía poder alguno.

Cómo os trataron sin piedad y humanidad alguna, y pasasteis por todo con el mayor silencio y mansedumbre.

Cuán grande fue el dolor que os traspasaba el corazón, viendo las angustias inefables de vuestra Madre piísima, sólo por Vos perfectamente conocidas y ponderadas.

Viendo las significaciones exteriores de su tristeza, dignas de la mayor compasión.

Oyendo sus lamentables gemidos.

Y cómo estando ya para expirar, y al punto de apartaros de vuestra Madre santísima, la encomendasteis a vuestro discípulo querido para que la asistiese como a madre con toda piedad y fidelidad.

Y a la Madre le señalasteis por hijo al mismo discípulo, para que le amase con afecto de madre en lugar vuestro.

ORACION

¡Oh excelentísimo ejemplar de todas las virtudes, sapientísimo Jesús! Apartad de mí el pernicioso amor de todos los mortales, y el desordenado afecto y cuidado para todos mis parientes. Libradme y desembarazadme de toda ocupación inútil. Dadme firmeza y constancia contra todos los espíritus malignos, y mansedumbre con todas las personas importunas e inquietas. Piísimo Jesús, imprimid vuestra acerbísima muerte en lo más íntimo de mi corazón, y conózcase en mis palabras y obras. Suavísimo Señor: todo me encomiendo y entrego a la perpetua custodia y patrocinio de vuestra sacratísima Madre y de vuestro amantísimo discípulo Juan.

Dígase una Salve o Ave María

Meditación octava

Soberana Virgen María: yo os hago memoria de aquel inmenso dolor que sentisteis en vuestro maternal pecho, viendo a vuestro amantísimo Hijo crucificado y entre las agonías de la muerte.

Y cómo no podíais darle socorro alguno.

Con cuánta tristeza le estuvisteis contemplando las tres horas que estuvo en la cruz.

Acordaos de vuestros llantos.

¡Y cómo vuestro Hijo precioso desde la cruz benignísimamente os consolaba!

Y sus palabras también os traspasaban el corazón de dolor.

Acordaos de vuestras lágrimas, bastantes a enternecer los corazones de los circunstantes, aunque fueran de piedra.

¡Cómo levantasteis las manos y brazos con la fuerza del sentimiento!

Y el cuerpo sacrosanto de vuestro Hijo, con el peso del dolor y falta de las fuerzas, se iba inclinando.

¡Cómo adorasteis la preciosísima sangre que bajaba por la cruz, y teñisteis con ella vuestros labios santísimos!

ORACION

Ea, pues, Madre de toda la gracia y Madre de misericordia: defendedme y guardadme todos los días de mi vida con benignidad de madre, y amparadme misericordiosamente en la hora de mi muerte. Esta es la hora ¡oh Abogada de los pecadores! por cuya causa especialmente he deseado ser muy siervo y devoto vuestro. Esta es aquella hora terrible a cuya memoria el corazón y el alma están temblando con grande terror. Allí apenas hay lugar para oraciones y ruegos, y no se me ofrece otro amparo de quien en aquel trance pueda con mayor razón valerme para alcanzar el perdón.

Ea, pues, abismo inexhausto de misericordia: arrojado a vuestras divinas plantas y con profundos suspiros nacidos de lo más íntimo de mi corazón, os ruego y suplico que en aquella hora merezca yo vuestra asistencia, en quien está toda la alegría. ¡Cómo podrá desconfiar, y qué

daño podrá temer, si tiene de su parte entonces mi alma vuestro amparo? Defendedme, pues, en esta hora, único consuelo mío, de la espantosa y horrible vista del demonio; socorred a este miserable y libradle de sus manos sangrientas. Hallen consuelo en Vos los tristes gemidos míos. Mirad con vuestros ojos de misericordia compasiva y benigne la imbecilidad de mis flacas fuerzas cuando se irá acercando mi última despedida. Extiende entonces vuestras manos piadosísimas y recibid en ellas mi alma pobre y necesitada, y con el rostro risueño presentadla delante el acatamiento del supremo Juez, confir-mándola y certificándola de la eterna bienaventuranza, que por vuestra intercesión alcance.

Meditación novena

Dulcísimo Jesús, sumamente amado de vuestro Eterno Padre: acordaos, os ruego, que estando enclavado en la cruz, además de los gravísimos dolores del cuerpo y angustias de la muerte, también en el alma y en lo interior quedasteis destituido de toda suavidad y consuelo.

Cómo viéndoos tan desamparado invocasteis con voz lamentable a vuestro Eterno padre.

Pero confirmasteis vuestra voluntad y la unisteis con la suya con suma obediencia.

Acordaos, Señor, de aquella sed corporal vehementísima que padecisteis estando tan desangrado.

Y que mayor fue la sed de vuestro espíritu, que procedía de vuestro inmenso amor y deseo de nuestra salvación.

Cómo estando tan fatigado con el intolerable tormento de la sed, os dieron a beber hiel y vinagre.

Y cómo después de tantos trabajos, y cumplidas tantas profecías dijisteis: *Consummatum est.*

Y obedecisteis a vuestro Eterno Padre hasta la muerte de cruz.

Cómo encomendasteis vuestra alma santísima en sus manos.

Y, finalmente, cómo ella se apartó del cuerpo sacrosanto.

Suavísimo y piísimo Jesús: en la unión de tan inmensa caridad os ruego que en todas mis aflicciones me ayudéis por vuestra bondad. Que no cerréis jamás los oídos a mis clamores y ruegos, y me concedáis una voluntad siempre y en todo conforme y unida con la vuestra. Que apaguéis en mí la sed de todas las cosas temporales y perecederas, dándome una sed intensísima de las espirituales y divinas. La bebida de suma amargura que os dieron me convierta en dulzura todas mis adversidades y trabajos. Dadme que persevere hasta la muerte en mi acuerdo, en buenas obras y en vuestra gracia. Desde esta hora ¡oh clementísimo Jesús! encomiendo mi alma en vuestras manos para que cuando se despidiera del cuerpo la recibáis con alegría. Concededme una vida que os sea agradable y acepta, y una muerte muy premeditada, prevenida y dichosa, y tenga mi vida un fin cierto y seguro, por vuestra gracia, de la bienaventuranza eterna. Vuestra amarga pasión y muerte supla y perfeccione todo lo que falta a mis pequeños y pobres méritos para que mi alma salga de esta vida, por vuestra infinita misericordia, absuelta de toda culpa y pena. Amén.

Meditación décima

Señor mío Jesucristo: acordaos cómo vuestro costado sacrosanto fue traspasado con el cruel y agudo hierro de la lanza.

Del cual manó una fuente de preciosa y purpúrea sangre.

Y con ella salió otra fuente de agua de vida.

Cuánto trabajo y dolor os costó el redimirme.

Y con cuánta liberalidad y gusto me restituisteis a la libertad perdida.

ORACION

Piadosísimo Jesús: esta profunda y penetrante herida de vuestro pecho me sirva siempre de refugio y defensa contra todos los enemigos. Y el agua de vida que salió por ella me lave y limpie de todas las manchas de mis pecados, y la preciosa y purpúrea sangre vuestra me adorne de todas las virtudes y gracias. Tantos trabajos y dolores padecidos por redimirme os muevan a tenerme siempre por muy vuestro y a serme siempre propicio. Y el haberme tan copiosamente y con tanto amor redimido, me tenga siempre unido con Vos con una unión indisoluble.

Meditación undécima

¡Oh única y singular consolación, después de Dios, de todos los pecadores; Reina de los cielos, Madre de Dios y siempre Virgen María! Acordaos, Señora de la suerte que tuvisteis al pie de la cruz, viendo a vuestro querido Hijo ya difunto, y de las veces que levantasteis los ojos llenos de lágrimas a contemplarle ya muerto por los pecadores.

Con cuánta piedad y ternura de Madre verdadera recibisteis en vuestras manos sus santísimos brazos.

Con qué fe y caridad les juntasteis con vuestro rostro, bañado con la misma sangre.

Con cuánta devoción imprimisteis vuestros hermosos labios en llagas, heridas y rostro de vuestro Hijo precioso.

Y cuán penetrantes heridas fueron entonces las de vuestro corazón.

Cuántas y cuán amargas lágrimas derramasteis en este paso.

Cuán profundos eran y repetidos los gemidos.

Y las palabras cuán sentidas y dolorosas.

Cuán funesta tristeza cubrió vuestro rostro, siendo la misma alegría y serenidad.

Y, finalmente, acordaos que fueron tan grandes vuestros dolores que ni todos los mortales pudieran consoláros.

ORACION

Clementísima Señora: teniendo en la memoria todas estas angustias, os suplico seáis perpetua custodia y gobernadora de toda mi vida. Volved a mí esos ojos de misericordia Madre benignamente. Amparadme con toda seguridad de todos mis enemigos a la sombra de las alas de vuestro Hijo querido, y el amor y devoción con que adorasteis sus preciosas llagas sean el medio para que me admita a su amistad y me reconcilien con El. Las mortales heridas y dolores de vuestro corazón me alcance un gran dolor y verdadera contrición de mis pecados. Vuestros profundísimos suspiros despierten en mí un perpetuo deseo de mi Dios. Vuestras palabras, de tan grande sentimiento, aparten de mí todas las pláticas ociosas, y las tristes significaciones de vuestras angustias no permitan en mí disolución alguna, y vuestro corazón desamparado cause en el mío un grande desprecio de todo el bien temporal y caduco a que puede aficionarse.

Meditación duodécima

¡Oh resplandor y candor de la luz eterna: cuán eclips-

sado os contempla mi alma cuando os considera ya difunto en el seno de vuestra tristísima madre, y os abraza a la sombra de la cruz con poderosos lamentos y agradecidas alabanzas de vuestra misericordia! Apagad en mí del todo el ardiente apetito y deseo de todos los vicios.

¡Oh espejo sin mancha de la divina Majestad y cómo por amarme tanto, y por causa de mi salud quedasteis tan deslucido! Purificad las grandes e impurísimas manchas de mis culpas.

¡Oh imagen lucidísima de la bondad del Eterno Padre: qué diferente y afeado os miro!! Reformad y reparad la imagen de mi alma tan depravada y perdida.

¡Oh inocentísimo Cordero, con cuánta crueldad fuisteis tratado! Satisfaced por mí, y limpiad con el sacrificio de vuestra sangre esta mi vida tan culpada y toda empleada en ofenderos.

¡Oh Rey de los reyes y Señor de los señores! Yo os suplico con todo mi afecto me concedáis que así como mi alma con dolor y lamentos, en esta ocasión en que os halla tan desechado, os abraza y recoge, así Vos por vuestra misericordia la abracéis con alegría cuando se despidiere del cuerpo, dándole la eterna claridad de la gloria. Amén.

Meditación decimotercia

Sacratísima Virgen: acordaos, os ruego, de aquel dolor superior a toda ponderación que padecisteis cuando, para depositar en el sepulcro el cuerpo sacrosanto de vuestro Hijo, le apartaron como si le arrancaran de vuestro corazón.

De cuando os despedisteis con tanta tristeza del santo sepulcro.

De los pasos que disteis, en este camino, tan lamentables.

De los suspiros de vuestro corazón tristísimo por vuestro Hijo sepultado.

De la constantísima fidelidad y fidelísima constancia con que Vos sola acompañásteis a vuestro Hijo en todas sus angustias y desamparo, hasta dejarle sepultado en el monumento.

ORACION

Alcanzadme, piísima Madre, de vuestro Hijo querido, que, por los méritos de su Pasión santísima y vuestros inmensos dolores, venza yo todas mis aflicciones y penas, y que merezca vivir escondido y retirado en su glorioso sepulcro de todos los cuidados y ocupaciones temporales; que todo este mundo sea para mí un destierro, de tal suerte que sólo respire y suspire por mi Dios y Redentor, y constantemente persevere en sus alabanzas y servicio vuestro hasta el último aliento de mi vida. Amén Jesús.

INDICE

"Tratado de la Eterna Sabiduría"

Prólogo	5
I Descúbrese la Eterna Sabiduría	6
II A la Divinidad por la Humanidad	9
III El por qué de la Encarnación y de la Pasión .	11
IV Jesús quiere ser imitado en sus sufrimientos .	13
V El llanto del alma	17
VI Los consuelos de la Sabiduría	20
VII De la tibieza espiritual	23
VIII Dios o las criaturas	25
IX El engaño de los mundanos	26
X Amores y dulzuras de la Eterna Sabiduría ...	29
XI Amor singular de Dios a las almas	32
XII Del amor y temor de la Eterna Sabiduría	33
XIII Los indicios de la presencia de Dios	37
XIV La presencia del Señor no puede durar siem- pre	38
XV Las quejas de los hombres	40
XVI Miserias de los mundanos	42
XVII La gloria de los santos	43
XVIII Las cruces que agradan a Dios	46
XIX Las ventajas del sufrimiento	49
XX Utilidad de meditar la Pasión de Cristo	51
XXI La muerte con Jesucristo	54
XXII Propósitos de Cristo en la Cruz	58
XXIII Normas de vida interior	60
XXIV Una muerte insperada	63
XXV Del Santísimo Sacramento	72
XXVI La preparación para comulgar	76
XXVII La Comunión frecuente	78
XXVIII Las alabanzas divinas	80
XXIX Dios es una esencia simplicísima	89
XXX El hombre debe volver a Dios	92
XXXI La verdadera renuncia de sí mismo	95
XXXII La unión del alma con Dios	97
XXXIII La vida del que se abandona en Dios	102

TRATADO DE LA UNION DEL ALMA CON DIOS

Prólogo	109
I La vida interior	110
II Reglas de la vida interior	113
III La abnegación de la vida interior	116
IV Del alma que se abandona en Dios	118
V De la perseverancia en el abandono en Dios .	121
VI Las alegrías del alma que medita en Dios	124
VII De la Inmensidad de Dios	127
VIII De la Santísima Trinidad	129
IX El último grado de unión con Dios	132
X Elevación y transformación del alma en Dios	134

COLOQUIO ESPIRITUAL DE LAS NUEVE ROCAS

LIBRO PRIMERO: VISION DEL MUNDO 139

Introducción	141
I Visiones misteriosas	141
II Promesa de inteligencia	142
III Mandato riguroso de escribirlas	144
IV Visión de la montaña	145
V Explicación de la visión	147
VI Allá abajo en el valle	148
VII Visión de los pecados del mundo	149
VIII La indignación divina	155

LIBRO II: LAS NUEVE ROCAS

I La visión	159
II En la primera roca	160
III En la segunda roca	163
IV En la roca tercera	165
V En la roca cuarta	167
VI En la roca quinta	169
VII En la roca sexta	171
VIII En la roca séptima	173
IX En la roca octava	174
X En la roca novena	177
XI Mirando hacia abajo	184
XII La unión con Dios	187

MEDITACIONES SOBRE LA PASION DEL SALVADOR	191
--	-----